

EL LIBRO DE LOS MÁRTIRES  
MICHAEL MOORCOCK

Traducción: Alvarez Flores y Angela Pérez

Título original: Book of Martyrs

©Michael Moorcock, 1976

©Producciones Editoriales, 1980

El Libro de los mártires de Moorcock es una nueva colección preparada por el propio Michael Moorcock de algunos de sus relatos favoritos. Su campo de acción abarca eras y universos y el único tema común, si es que lo hay, es el del martirio. (¿Cómo podría ligar sino relatos sobre Jesucristo, Alejandro Magno y Jimi Hendrix?) De la epopeya espacial al rock-and-roll alucinado, del 29 después de Cristo al día del Juicio Final, de los contenidos claustrofóbicos de la mente de un loco a la infinitud agorafóbica del universo, Moorcock halla ideas que a nadie más que a él podrían habersele ocurrido, pero que harán gozar a todo el mundo.

# INTRODUCCIÓN

Podría alegarse que uno de los temas principales de la literatura del siglo XIX se relacionaba con el intento del individuo de hallar libertad personal en lo que hoy llamaríamos una sociedad represiva, mientras que, en las democracias de Occidente, el problema de muchos individuos contemporáneos, herederos de los grandes movimientos radicales y libertarios de principios de este siglo, es el de cómo deberíamos usar nuestra libertad. Como escritores que inventasen represiones alternativas para seguir escribiendo de un modo tradicional, algunos prefieren prescindir de esa libertad en vez de enfrentar el problema, identificándose con cualquier tipo de ortodoxia, sea política, religiosa o semirreligiosa, para imponer una negación de su individualidad. Irónicamente, otros pierden su libertad consintiendo que les utilicen como imágenes totémicas los que les ven como personificaciones del espíritu libre que ellos mismos anhelan ser: ése es el destino de muchos artistas que se convierten en imágenes públicas, con el único resultado de que acaban destruidos de modos diferentes por el mismo público que les adora. La timidez, que nos convierte a todos en actores, convierte al Bufón inocente en el Demonio autodestructor.

Cuanta más atención recibe uno del público, más difícil resulta conservar una imagen clara de la propia identidad. Aunque Glogauer en "He aquí el hombre" tiene una necesidad profundamente enraizada de ver afirmadas las verdades del Evangelio, pasa a estar manipulado desde el momento en que se encuentra con Juan el Bautista, convirtiéndose en el Mesías que el pueblo necesita.

Mis relatos de Cornelio tratan, entre otras cosas, de la búsqueda del espíritu libre a través de una moral individual que no choca con las exigencias de la sociedad, pues hacer una virtud del distanciamiento {al modo byroniano) es perder perspectiva tan fácilmente como convertir en virtud la ortodoxia (a la manera de Kipling). La ortodoxia, por supuesto, empuja al individuo a una pose byroniana; los hombres agresivos pueden crear mujeres "duras"; autoridades histéricas pueden convertir manifestaciones pacíficas en motines. La autoridad represiva crea violencia. Caos frente a Norma: ha de lograrse un equilibrio entre ambos. Mis relatos tratan en general de individuos que buscan ese equilibrio. Desde Elric, a lo largo de las pocas novelas de ciencia ficción concreta, y del ciclo completo del Paladín Eterno, a Jerry Cornelius, los héroes y heroínas (Bufones todos) intentan hallar un equilibrio entre lo que creen y lo que el mundo desea que acepten; y los que fracasan (al menos en mis primeras obras) suelen morir como resultado de su fracaso. La familia Cornelius sobrevive para seguir buscando porque, como yo, es básicamente optimista. Yo creo que al final todos hallaremos un medio de ser nosotros mismos sirviendo al mismo tiempo a la sociedad: llegará un tiempo en que la ortodoxia aprenderá a tolerar a la heterodoxia, y viceversa, en lo que no sería más, creo yo, que la democracia liberal ideal.

Algunos de los "mártires" de estos relatos son, ante todo, individuos que pretenden imponer una visión personal al mundo y que, en consecuencia, padecen. Algunos de ellos (hay por lo menos un ejemplo obvio) acaban creando una ortodoxia tan extremada como la que pudiesen haber intentado derrocar. Tanto Karl Glogaeur como Max File pretenden crear una realidad nueva. Ambos lo logran (aunque en el caso de "Flujo", que reescribí cuando era joven a petición de un director de revista, el tema está un tanto simplificado) y ambos pagan un precio por ese éxito. Otro tema más simple que puede hallarse en varios de estos relatos es el del individuo sin muchas tendencias agresivas innatas, que se ve aplastado por un mundo intolerante. El único relato claramente fantástico, "El gran conquistador", utiliza casi plenamente la metáfora y el simbolismo para transmitir su mensaje (está en la naturaleza de la forma) pero, no obstante, Alejandro puede considerarse un individuo manipulado y destruido por las exigencias de una poderosa voluntad pública.

Al individuo moderno, inevitablemente desorientado entre el yo y la sociedad, el yo y el entorno, le resulta cada vez más difícil hallar la frontera satisfactoria entre las exigencias de la sociedad y las exigencias del instinto. No hay males fácilmente aislables. En lo que respecta a sus conclusiones concretas, los grandes radicales de los siglos XVIII y XIX han resultado ser como mínimo toscos. Han muerto en este siglo demasiados idealistas visionarios porque sus visiones personales se consideraron incompatibles con las aterradoras ortodoxias que ellos mismos ayudaron a imponer. Hay demasiada gente que parece incapaz de ofrecer otra respuesta a los sufrimientos y brutalidades de este mundo que la de la acción política violenta o el refugiarse en máximas estilo "Sé fiel a ti mismo". Mi solución, por supuesto, es escribir libros, y, mientras los escribo, esperar hallar algunas claves que ayuden al menos a resolver el dilema; fomentar un poco más la tolerancia entre quienes mantienen una actitud ortodoxa y los que no, pues la sociedad, según mi opinión, puede hacer buen uso de ambos tipos de individuos. Probablemente el mundo necesite santos y pecadores: pero yo anhelo el día en que ya no necesite mártires de ningún género.

*Michael Moorcock*  
*Ladbroke Grove*  
*Enero 1976*

# UN CANTANTE MUERTO

*En memoria, entre otros, de Smiling Míke y John the Bog*

## CAPITULO UNO

—No es la velocidad, Jimi —dijo Shakey Mo—, es la H que saliste a buscar.

Jimi no estaba animado.

—Sí, desde luego, no me hizo mucho bien.

—Ni mucho mal, en realidad, a la larga —dijo Shakey Mo riéndose. Apenas podía sujetar el volante.

La gran ranchera Mercedes con remolque enfiló otra curva mal iluminada. La lluvia caía abundante sobre el parabrisas. Encendió los faros. Con la mano izquierda sacó un cartucho de la caja que había en el suelo, a su lado, y lo metió en el estéreo. El tamborileo enérgico y firme y los caprichosos sintetizadores del último álbum de Hawkwind, le hicieron sentirse mucho mejor.

—Esto sí da energía —dijo Mo.

Jimi se retrepó en su asiento. Cabeceó, relajado. La música llenó el vehículo.

Shakey Mo seguía teniendo alucinaciones anfetamínicas que se formaban ante él en la carretera. La cruzaban ejércitos desfilando; había nazis instalando puestos de control; de pronto aparecían niños persiguiendo pelotas; y se alzaban grandes fuegos y aparecían y desaparecían vampiros y espectros. Le costaba trabajo controlarse lo suficiente para seguir conduciendo entre todo aquello. Eran imágenes familiares ya para él y no iba a desmoronarse por ellas. Se sentía, además, muy satisfecho de estar con Jimi. Desde su vuelta (o resurrección, como Mo la llamaba en privado) Jimi no había tocado una guitarra ni cantado una nota, prefiriendo escuchar la música de otros. Le estaba costando mucho superar lo que le había pasado en Ladbroke Grove. Hacía poco que había empezado a recuperar el color y aún llevaba la camisa de seda blanca y los vaqueros de cuando Shakey Mo le vio por vez primera, apoyado en la capota de aquel hidroavión de Imperial Airways que iba camino del campo de aterrizaje de Derwentwater. Qué verano aquel, pensaba Mo. Maravilloso.

La cinta empezó a girar por segunda vez. Mo se dispuso a cambiar de música, pero luego lo pensó y apagó el estéreo.

—Estupendo —Jimi estaba caviloso de nuevo. Parecía casi dormido, allí tumbado sobre el asiento, fijos los ojos en aquella sombría carretera.

—Tiene que empezar a moverse pronto el asunto otra vez —dijo Mo—. No puede durar, ¿verdad? Quiero decir, está todo tan muerto. ¿De dónde va a llegar la marcha, Jimi?

—Lo que a mí me preocupa, amigo, es de dónde sigue llegando. ¿Entiendes?

—Supongo que tienes razón —Mo no entendía.

Pero Jimi tenía que tener razón.

Jimi había sabido muy bien siempre lo que hacía, incluso cuando murió. Eric Burdon había ido a la televisión a decirlo. "Jimi sabía que era el momento de irse", dijo; lo mismo pasaba con los discos y las actuaciones. Algunos no parecían tan integrados como otros. Algunos eran incluso algo dispersos. Resulta difícil conectar. Pero Jimi sabía muy bien lo que se hacía. Había que tener fe en él.

Mo sentía el peso de sus responsabilidades. Era un buen pipa, pero los había mejores. Gente más equilibrada a la que se podía confiar un gran secreto. Aunque Jimi no lo había dicho era

evidente que pensaba que aún no estaba el mundo preparado para su regreso. Pero, ¿por qué no habría elegido a un roadie de primera fila? Había que prepararlo todo para la gran actuación. Quizás en el Estadio Shea o en el Albert Hall o en el Olympia de París... de cualquier modo, un lugar clásico. ¿O en un festival? Un festival especial celebrando la resurrección. Woodstock o Glastonbury. Algo completamente nuevo, un nuevo lugar sagrado. ¿La India, acaso? Ya lo diría Jimi cuando llegase el momento. Cuando Jimi se había puesto en contacto con él y le había dicho donde recogerlo, Mo había dejado muy pronto de hacer preguntas. Con toda su antigua suavidad, Jimi había dejado a un lado las preguntas. Había sido amable, pero era evidente que no quería contestar.

Mo respetaba su silencio.

La única petición realmente dolorosa que Jimi le había hecho había sido la de que Mo dejase de poner sus viejos discos, incluido *Hey Joe!*, el primer sencillo

Hasta entonces Mo había oído todos los días algo de Jimi. En su habitación de Lancaster Road, en el camión cuando trabajaba para Light y más tarde para The Deep Fix, incluso cuando se fue a la Residencia durante su breve conversión a la cientología, había conseguido enchufar los auriculares al cassette una hora o así. Aunque la presencia física de Jimi significaba mucho y eliminaba los peores síntomas del síndrome de abstinencia, resultaba difícil. No existía cantidad de mandrax, anfetás o alcohol capaz de contrarrestar la necesidad que tenía de música y, en consecuencia, los temblores eran cada día peores. Mo a veces pensaba que era como si pagase un precio por la confianza que Jimi depositaba en él. Era buen karma, así que no le importaba. De todos modos, estaba acostumbrado a los temblores. Uno podía acostumbrarse a cualquier cosa. Contempló los nervudos y tatuados brazos que se extendían ante él, las manos que sujetaban el volante. La serpiente del mundo se agitaba de nuevo. Negra, roja y verde, serpeaba lentamente por su piel abajo, rodeaba su muñeca y empezaba a subir lentamente otra vez hacia el codo. Fijó de nuevo los ojos en la carretera.

## **CAPITULO DOS**

Jimi había caído en un sueño profundo. Estaba tumbado en el asiento, detrás de Mo, la cabeza apoyada en el estuche vacío de la guitarra. Respiraba despacio, casi como si algo le presionase el pecho.

Arriba, el cielo amplio y rosado, a lo lejos, una hilera de azules colinas. Mo estaba cansado. Sentía alzarse la vieja paranoia. Cogió otro porro de la guantera y lo encendió, pero sabía que la yerba no le ayudaría gran cosa. Necesitaba dormir un par de horas.

Sin despertar a Jimi, desvió el vehículo a un lado de la carretera, junto a un río ancho de poco fondo lleno de piedras arcillosas, lisas y blancas. Abrió la puerta y bajó despacio hasta la yerba. No estaba seguro de dónde se encontraba; quizás en algún punto del Yorkshire. Había colinas a todo alrededor. Era una tibia mañana de otoño, pero Mo tenía frío. Bajó hasta la orilla y se arrodilló allí; cogió con las manos agua clara y bebió. Luego se tumbó y se tapó la cara con el raído sombrero de paja. La situación era muy difícil en aquel momento. Quizás por eso tardase Jimi tanto en recuperarse.

Mo se sentía mucho mejor cuando despertó. Debía ser cerca de mediodía. Notaba el calor del sol en la piel. Aspiró una buena bocanada de aire fresco y se quitó cautelosamente el sombrero de la cara. El vehículo con sus accesorios de cromo aún seguía allí sobre la yerba, junto a la carretera. Mo sentía la boca seca. Bebió otro trago de agua y se levantó, sacudiendo las gotas plateadas de sus dedos marrones. Se acercó lentamente hasta el vehículo, abrió la puerta y miró por el borde del asiento del conductor. Jimi no estaba allí, pero llegaron sonidos de detrás de la mampara de separación. Mo cruzó los dos asientos y corrió la puerta. Jimi estaba sentado en una de las camas. Había colocado la mesa y dibujaba en un gran cuaderno rojo. Cuando

entró Mo, sonreía remoto.

—¿Dormiste bien? —le preguntó.

Mo asintió.

—Lo necesitaba —dijo.

—Claro —dijo Jimi—. Debía conducir un poco yo.

—No te preocupes, salvo que quieras mejorar la velocidad.

—No.

—Voy a preparar algo de desayuno —dijo Mo—. ¿Tienes hambre?

Jimi negó con un gesto. No había comido nada en todo el trayecto desde que había dejado el hidroavión y había pasado a aquel vehículo junto a Mo. Mo se preparó unas salchichas con judías en el pequeño hornillo, abriendo la puerta de atrás para que el remolque no se llenara de olor a comida.

—Quizá vaya a darme un baño —dijo mientras llevaba el plato a la mesa y se sentaba lo más lejos posible de Jimi para no molestarle.

—Bueno —dijo Jimi, absorto en su dibujo.

—¿Qué haces? Parece una historieta. Yo estoy muy metido en el rollo de los comics.

Jimi se encogió de hombros.

—Son sólo garabatos.

Mo terminó de comer.

—Cuando volvamos a parar en la autopista, compraré unos tebeos. Hay algunos de esos nuevos que son demasiado, sabes.

—¿De veras? —la sonrisa de Jimi era sardónica.

—Fantásticos de veras. Guerras cósmicas, cambios temporales. Todo el rollo de siempre pero distinto, sabes. Mejor, más grande, más espectacular. Algo sensacional, amigo. Tengo ganas de que los veas. Compraré algunos.

—Muy bien —dijo Jimi, distante; pero era evidente que no había escuchado.

Cerró el cuaderno y se retrepó en los almohadones, cruzando los brazos sobre el peto de la camisa de seda blanca. Como si pensara de pronto que podría haber herido los sentimientos de Mo, añadió:

—Sí, a mí también me enrollaban mucho los tebeos. ¿Conoces los japoneses? Esos libros gordos. Amigo, eso si que es demasiado. Chavales ardiendo. Violaciones, todo el rollo —se echó a reír de pronto, moviendo la cabeza—. ¡Oh, amigo!

—¿Sí? —Mo se rió también, vacilante.

— ¡De veras! —Jimi se acercó a la puerta, puso una mano en ella y contempló el día—. ¿Dónde estamos, Mo? Esto se parece a Pennsylvania. El valle Delaware. ¿Lo conoces?

—No he estado nunca en Estados Unidos.

—¿Dónde estamos exactamente?

—Creo que en algún sitio de Yorkshire. Probablemente al norte de Leeds. Eso de allá podría ser el Lake District.

—¿Es de allí de donde vine yo?

—De Derwentwater.

—Bien, bien —dijo Jimi.

Jimi parecía más animado aquel día. Quizá le llevase tiempo almacenar toda la energía que necesitaba para cuando decidiese por fin mostrarse al mundo. Habían viajado de forma completamente errática. Jimi había dejado que Mo decidiese la ruta. Habían cruzado Gales, los



Picos, el Territorio Oeste, la mayor parte de los Home Counties, habían estado en todas partes salvo en Londres. Jimi había mostrado cierta resistencia a ir a Londres. El motivo era claro: malos recuerdos. Mo había ido varias veces a la ciudad, dejando el vehículo con Jimi a las afueras y yendo hasta Londres caminando y en auto-stop para conseguir anfetaminas. Cuando podía compraba algo de coca. Le gustaba echar una esnifada o dos de vez en cuando. Había tenido ganas de explicar a sus viejos camaradas lo de Jimi en casa de Finch, en la esquina de Portobello Road, pero Jimi le había dicho que no contase nada, así que cuando la gente le preguntaba qué andaba haciendo, dónde vivía últimamente, tenía que dar respuestas vagas. Por el dinero no había problema. Jimi no tenía, pero Mo había conseguido mucho con la venta del descapotable Dodge blanco. Se lo habían dado los de The Deep Fix al poner punto final a sus giras. Y había una gran bolsa de droga en el vehículo, además, era suficiente para dos personas durante varios meses, aunque a Jimi tampoco parecía atraerle aquel rollo.

Jimi volvió a la oscuridad del interior del vehículo.

—¿Qué te parece si nos ponemos otra vez en marcha?

Mo cogió el plato, el cuchillo y el tenedor, bajó al río, los lavó y volvió a guardarlos en el armario. Luego se colocó al volante y puso en marcha el vehículo. El motor encendió de inmediato. El vehículo se puso en marcha suavemente, hacia el norte, saltando sobre la yerba hasta volver al asfalto. Estaban en una carretera estrecha que sólo permitía el tráfico en una dirección, pero no apareció nadie detrás de ellos, ni delante, hasta que la dejaron y entraron en la A-65, en dirección a Kendal.

—¿No te importa que vayamos al Lake District? —preguntó Mo.

—Me parece estupendo —dijo Jimi—. Yo soy el Guerrero Gaviota Loco, hombre —sonrió—. ¿Por qué no vamos hacia el mar?

—No está lejos de aquí —Mo señaló hacia el oeste—. ¿La Bahía de Morecambe?

## CAPITULO TRES

Las cimas del acantilado estaban cubiertas de una yerba tan suave como la de una pista de golf. Bajo ellos suspiraba el mar. Jimi y Mo estaban muy animados y cabrioleaban por allí como crios.

A lo lejos, bordeando la curva de la Bahía, se veían las torres metálicas y las atracciones y los puestos de fuegos de Morecambe, pero allí estaba desierto y silencioso, salvo por los esporádicos gritos de las gaviotas.

Mo se echó a reír, luego lanzó gritos nerviosos mientras Jimi bailaba tan cerca del borde del acantilado que parecía que iba a caerse.

—Calma, Jimi.

—No te preocupes, hombre. Ya no pueden matarme.

Sonreía, una sonrisa amplia, eufórica; daba la sensación de notable salud.

— ¡No pueden matar a Jimi, hombre!

Mo le recordó en escena. Control absoluto. Moviéndose entre las luces estroboscópicas, la gran guitarra adelantada, señalando a todos y cada uno de los miembros del público, haciendo que todos se sintiesen en contacto personal con Jimi.

—¡Sí señor! —Mo empezó a reír.

Jimi seguía corriendo por el borde del acantilado, moviendo los brazos extendidos.

—Están en bote. ¡Sí, amigo! No pueden hacernos nada!

—¡Sí señor!

Jimi se acercó con los brazos abiertos, planeando, y se dejó caer en la yerba junto a Mo. Jadeaba. Sonreía.

—La cosa vuelve a ponerse en marcha, Mo, fresca y nueva.

Mo asintió, riendo aún entre dientes.

—Sé muy bien que ya está ahí, amigo.

Mo alzó la vista. Había gaviotas por todas partes. Chillaban. Parecían un público. Sintió que las odiaba. Había tantas en el cielo.

—No dejes que esos avechuchos de mierda se te metan en la garganta —dijo Mo, ceñudo de pronto. Se levantó, volvió al vehículo.

—Mo. ¿Qué pasa, hombre?

Jimi se mostraba solícito, como siempre, pero a Mo cada vez le deprimía más. La bondad de Jimi había sido la causa de su muerte. Había estado cortés con todo el mundo, no podía evitarlo. Y se le habían echado encima. Le habían dejado seco.

—Volverán a engancharte, hombre —dijo Mo—. Sé que lo harán. Siempre. Y no podrás hacer nada. Por mucha energía que acumules, sabes, te la chuparán toda y pedirán más. Quieren tu sangre, amigo. Quieren tu esperma y tus huesos y tu carne, amigo. Volverán a agarrarte. Volverán a devorarte.

—No. Esta vez... esta vez no.

—Veremos —dijo burlón Mo.

—¿Es qué quieres hundirme, hombre?

Mo empezaba a crisparse.

—No, pero...

—No te preocupes, hombre, ¿vale? —la voz de Jimi tenía un tono suave y seguro.

—No puedo expresarlo con palabras, Jimi. Es una especie de premonición, sabes.

—¿Es qué crees que las palabras han servido alguna vez para algo? —dijo Jimi soltando su vieja risa, su risa profunda—. Estás loco, Mo. Vamos, pongámonos en marcha. ¿Adonde quieres ir?

Pero Mo no contestó. Sentado al volante, contempló a través del parabrisas el mar y las gaviotas.

Jimi estaba conciliador.

—Mira, Mo —dijo—. Procuraré tener cuidado, ¿de acuerdo? Me lo tomaré con mucha calma, ¿o crees quizá que no te necesito?

Mo no sabía por qué pero se sentía de pronto muy deprimido.

—Mo, tú estarás conmigo vaya adonde vaya —dijo Jimi.

## **CAPITULO CUATRO**

Al salir de Carlisle vieron a un autoestopista. Un chaval joven flaco y demacrado. Se apoyaba en un cartel de tráfico. Tuvo energía suficiente para alzar la mano. Mo pensó que debían recogerle. Jimi dijo "Como quieras" y pasó a la parte de atrás, cerrando la puerta, mientras Mo paraba para recoger al chaval.

—¿Adonde vas? —dijo Mo.

—¿Vale Fort William? —dijo el autoestopista.

—Sube —dijo Mo.

El chaval dijo llamarse Chris.

—¿Eres de un grupo musical? —preguntó. Echó un vistazo a la cabina y vio las viejas etiquetas y el estéreo y los tatuajes de Mo y las huellas de la pintura en la cara, su camiseta Cawthorn, la chaqueta de cuentas, los gastados vaqueros con remiendos descoloridos, las botas vaqueras de cuero que Mo había comprado el año anterior en el Emperador de Wyoming, en Notting Huí Gate.

—Estuve con The Deep Fix —dijo Mo.

El autoestopista tenía los ojos enrojecidos y hundidos en las cuencas. El pelo, negro, largo y tupido, le caía a los lados del pálido rostro. Llevaba una raída camisa de dril, una cazadora vaquera blanca bastante sucia y las dos perneras de los vaqueros estaban agujereadas en las rodillas. Calzaba mocasines. Estaba nervioso e inquieto.

—¿Sí?

—Sí —dijo Mo.

—¿Qué hay detrás? —dijo Chris, volviéndose para mirar la puerta corredera—. ¿Equipo?

—Podríamos decir que sí.

—Llevo tres años haciendo auto-stop, noche y día —dijo Chris. Llevaba sobre las piernas una bolsa caqui gastada y manchada de aceite.

—¿Te importa que dé una cabezada de vez en cuando?

—No —dijo Mo.

Llegaron a una gasolinera. Mo decidió parar allí y llenar el depósito. Cuando volvió a subir, Chris estaba dormido.

Mientras esperaba para volver a incorporarse al tráfico, Mo tomó un puñado de pildoras. Algunas se le cayeron de la mano. No se molestó en cogerlas. Tenía una sensación lúgubre y depresiva.

Chris despertó cuando atravesaban Glasgow.

—¿Esto es Glasgow?

Mo asintió. No podía calmar su paranoia. Miraba irritado los coches que iban delante mientras avanzaban despacio por las calles. Todos los escaparates de todas las tiendas tenían un enrejado metálico de protección. Los bares eran como casamatas. Se sentía muy irritado, sin saber por qué.

—¿Adonde vas tú? —preguntó Chris.

—Fort William.

—Es una suerte para mí. ¿Sabes dónde puedo conseguir yerba en Fort William?

Mo estiró el brazo y empujó hacia el autoestopista una lata de tabaco.

—Quédate con eso.

Chris cogió la lata y la abrió.

— ¡Magnífico! ¿De veras puedo? ¿Todo?

—Claro —dijo Mo. Le resultaba odioso Chris, le resultaba odioso todo el mundo. Sabía que aquel estado de ánimo se disiparía.

—Caramba, muchas gracias, hombre —Chris metió la lata en su bolsa.

—Liaré uno cuando salgamos de la ciudad, ¿vale?

—Vale.

—¿Para quien estás trabajando ahora? —dijo Chris—. ¿Para una banda?

—No.

—¿Estás de vacaciones?

El chaval parecía un poco acelerado. Probablemente fuese sólo la falta de sueño.

—Más o menos —dijo.

—Yo también. Bueno, la cosa empezó así, estoy en la universidad, en Exeter. O estaba, decidí dejarlo. No voy a volver a ese saco de mierda. Me bastó con un curso. Pensaba ir hasta las Hébridas. Conozco a uno que vive allí en una comuna, en una de las islas. Tienen ganado propio, ovejas, cabras, una vaca, no tienen que aguantar a nadie. Ya sabes. Libertad auténtica. A mí me parece estupendo.

Mo asintió.

Chris se echó hacia atrás el pelo negro y grasiento.

—Quiero decir, compara algo como eso con un sitio como éste. ¿Cómo lo soportará la gente? Es un infierno.

Mo no contestó. Se inclinó hacia adelante, cambiando de marcha al cambiar las luces.

—Es terrible, sí —dijo Chris; luego vio la caja de cartuchos a sus pies—. ¿Puedo poner algo de música?

—Adelante —dijo Mo.

Chris cogió un álbum viejo, Who's Next. Intentó meterlo en la ranura al revés. Mo se lo quitó de la mano y lo metió bien. La música le hizo sentirse mejor. Por el rabillo del ojo advirtió que Chris intentaba hablar hasta que se dio cuenta de que no podía hacerse oír.

Mo dejó que la cinta se repitiese una y otra vez mientras salían de Glasgow. Chris lió unos porros y Mo fumó un poco; empezaba a superar la paranoia. Hacia las cuatro de la tarde se sentía mejor y apagó el estéreo. Iban ya por Loch Lomond. El helechal se volvía marrón y brillaba como bronce donde daba el sol. Chris se había quedado otra vez dormido, pero despertó al cesar la música.

—Demasiado —dijo contemplando el paisaje—. Increíble.

Bajó el cristal de la ventanilla.

—Es la primera vez que vengo a Escocia —dijo.

—¿De veras? —dijo Mo.

—¿Cuánto falta para que lleguemos a Fort William?

—Unas horas. ¿Por qué vas a Fort William?

—Conozco a una chica. Es de allí. Su padre es químico o algo parecido.

Mo dijo entonces suavemente, casi sin darse cuenta:

—Adivina a quién tengo ahí detrás.

—¿Una chica?

—No.

—¿Quién?

—Jimi Hendrix.

Chris abrió la boca. Miró a Mo, resopló queriendo incorporarse al juego.

—¿De veras? ¿No me digas? Así que Hendrix, ¿eh? ¿Qué es, un vehículo refrigerado?

La fantasía parecía animarle.

—¿Crees que si le descongeláramos nos tocaría algo? —añadió, moviendo la cabeza y sonriendo.

—Está sentado ahí detrás. Vivo. Soy su chófer.

—¿De veras?

—Sí.

—Fantástico.

Chris estaba ya medio convencido. Mo soltó una carcajada. Chris miró la puerta. Después guardó un rato de silencio.

Como una media hora después, dijo: —Hendrix fue el mejor, sabes. Era el rey, amigo. No sólo la música, sino también el estilo. Todo. Cuando me dijeron que había muerto, no podía creerlo. Aún no puedo creerlo, sabes.

—Claro —dijo Mo—. Bueno, está ahí detrás.

—¿Sí? —Chris volvió a reírse, inseguro—. ¿Ahí dentro? ¿Puedo verle?

—Aún no esta preparado.

—Claro —dijo Chris.

Era ya de noche cuando llegaron a Fort William. Chris bajó tambaleante del vehículo.

—Gracias, hombre. Esto está muy bien, sabes. ¿Tú dónde paras?

—Yo sigo ruta —dijo Mo—. Ya nos veremos.

—Sí. Ya nos veremos.

Chris aún tenía aquella expresión de desconcierto. Mo sonrió para sí mientras arrancaba, en dirección a Odan. En cuanto el vehículo se puso en marcha se abrió la puerta y Jimi saltó sobre los asientos para sentarse al lado.

—¿Le hablaste a ese chico de mí?

—No me creyó —dijo Mo.

Jimi se encogió de hombros.

Empezaba a llover otra vez.

## CAPITULO CINCO

Estaban tumbados, allí, entre el brezo húmedo, mirando hacia las colinas. No había nadie en kilómetros a la redonda, ni caminos ni pueblos ni caseríos. El aire estaba quieto y vacío salvo por un halcón que planeaba tan arriba, tan alto, que casi se perdía de vista.

—Esto está bien, ¿eh? —dijo Mo—. Es fantástico.

Jimi sonrió levemente.

—Es magnífico —dijo.

Mo sacó del bolsillo una barrita de caramelo y le ofreció a Jimi, que rehusó. Mo se puso a comer la barrita de caramelo.

—¿Qué crees tú que soy? —dijo Jimi.

—¿Qué quieres decir?

—Si soy un demonio o un ángel, comprendes...

—Tú eres Jimi —dijo Mo—. Para mí eso basta.

—O sólo un espectro —dijo Jimi—. Quizá sea sólo un espectro.

Mo empezó a temblar.

—No —dijo.

—¿O un asesino? —Jimi se incorporó e hizo una pose—: El Asesino Sónico. O el Mesías, quizás —soltó una carcajada—. ¿Quieres escuchar mis sabias palabras?

—Ese no es el asunto —dijo Mo, ceñudo—. Palabras. Tú donde tienes que estar, Jimi, es en el escenario. Con tu guitarra. Tú estás por encima de toda esa mierda... De todo ese rollo. Hagas lo que hagas, está bien hecho, sabes.

—Si tú lo dices, Mo.

Jimi estaba en una especie de bajada. Se agachó y se sentó con las piernas cruzadas entre los heléchos, y se alisó los blancos vaqueros y se sacudió el barro de las botas negras de charol.

—¿Qué es todo este rollo *Easy Rider* en realidad? ¿Qué coño hacemos aquí?

—¿No te gustó *Easy Rider*? —dijo Mo, asombrado.

—Lo mejor desde *Lassie viene a casa* —dijo Jimi encogiéndose de hombros—. Lo único que demostró fue que Hollywood aún podía desconectarlos, sabes. Cogieron a un par de friquis de mentira y ganaron un montón de pasta. Un auténtico robo. Y los chavales se lo tragaron. ¿En qué me convierte a mí eso?

—Tú nunca engañaste a nadie, Jimi.

—¿No? ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, nunca lo hiciste.

—La misma mierda insulsa en todas partes. Están muy mal las cosas.

Jimi había cambiado de tema, dando un salto que Mo no podía seguir.

—No tocan más que mierda falsa de los años cincuenta, Simón and Garfunkel. ¡Dios mío! Eso nunca valió nada.

—Las cosas van en olas. No puedes estar arriba siempre.

—Claro —dijo Jimi zumbón—. Este para todos los soldados que luchan en Chicago. Y Milwaukee. Y Nueva York... Y Vietnam. Abajo la guerra y la contaminación. ¿Qué significó todo eso?

—Bueno... —Mo tragó los restos de la barrita de caramelo—. Bueno... es importante, hombre. Quiero decir, tantos chavales que murieron...

—Mientras nosotros hacíamos una fortuna. Y soltábamos mucha mierda sentimental. Ahí fue donde nos equivocamos. O estás en el asunto de la conciencia social o en el negocio del espectáculo. Es una estupidez pensar que se pueden combinar ambas cosas.

—No, hombre, puedes decir cosas que la gente las oiga.

—Dices siempre lo que quiere el público. El público de Frank Sinatra lo único que recibe es su propia mierda transmitida por Frank Sinatra. Jimi Hendrix da a su público lo que ese público quiere oír. ¿Y es a eso a lo que quiero volver yo?

Pero Mo se había perdido. Mo observaba cómo subían culebreando por sus brazos los tatuajes. Dijo vagamente:

—Necesitas una música para cada momento. Los New Riders no tienen nada de malo, por ejemplo, si quieres salir de un viaje paranoico. Y con Hendrix subes. Ese es el asunto. Como los estimulantes y los calmantes, sabes.

—Vale —dijo Jimi—. Tienes razón. Pero lo estúpido es lo otro. ¿Por qué quieren que digas cosas continuamente? Si eres sólo un músico, basta con que lo seas cuando estás actuando o grabando un disco. Todo lo demás debería eliminarse. Si quieres hacer sesiones benéficas, conciertos gratuitos, muy bien, allá tú. Pero tus opiniones deberían ser privadas. Quieren convertirnos en políticos.

—Yo creo que no —dijo Mo, mirando fijamente sus brazos—, que nadie pide eso. Que haces lo que quieres hacer.

—Nadie lo pide, pero tú siempre tienes la sensación de que has de dárselo —Jimi dio vuelta, se quedó boca arriba, se rascó la cabeza—. Y luego les culpas de ello.

—No todos piensan que le deben algo a alguien —dijo suavemente Mo mientras la piel de sus brazos se ondulaba sobre la carne.

—Quizá sea eso —dijo Jimi—. Quizá sea eso lo que te mata. Dios mío, sí, y psicológicamente eso significa que te ves metido en un lío espantoso. Dios, es como suicidarse, amigo. Horrible.

—Te mataron ellos —dijo Mo.

—No, hombre, no. Fue suicidio.

Mo veía culebrear brazos arriba a la serpiente del mundo. ¿Podía ser aquel Hendrix un impostor?

## CAPITULO SEIS

—¿Qué vas a hacer entonces? —dijo Mo.

Estaban en la carretera, camino de Skye y se les estaba acabando la gasolina.

—Fue una pijada volver —dijo Jimi—. Pensé que, en cierto modo, era mi deber.

Mo se encogió de hombros.

—Quizá lo sea, sabes.

—Y quizá no.

—Sí, claro.

Mo vio que se acercaban a una gasolinera. La aguja señalaba Vacío y parpadeaba en el panel una luz roja. Siempre pasaba aquello. Pero nunca se había quedado varado. Miró al espejo y vio sus propios ojos demenciales mirándose. Por un instante se preguntó si debería girar un poco el espejo para ver si reflejaba también la imagen de Jimi. Apartó el pensamiento. Más paranoia. Tenía que superarla.

Mientras el encargado llenaba el depósito, Mo fue al lavabo. Entre otras pintadas más comunes que había en la pared, leyó: "Hawkwind es el As". Quizá Jimi tuviese razón. Quizá su tiempo hubiese terminado, quizá debiera haber seguido muerto. Mo se sentía muy mal. Hendrix había sido su único héroe. Se subió la cremallera de la bragueta y el esfuerzo agotó la poca energía que le quedaba. Se derrumbó contra la puerta y empezó a deslizarse hacia el suelo encharcado. Tenía la boca seca. Le palpitaba el corazón muy deprisa. Intentó recordar cuántas pastillas había tomado últimamente. Quizá estuviese al borde de la sobredosis.

Alzó las manos hasta el picaporte de la puerta y consiguió ponerse de pie. Se inclinó sobre el inodoro y metió los dedos hasta la garganta. Todo giraba. El inodoro estaba vivo. Una boca ávida que intentaba tragarle. Las paredes se movían aprisionándole. Oyó un ruido silbante. No pasó nada. Dejó de intentar vomitar. Se volvió, se serenó lo más que pudo, apartó a un lado al hombrecillo blanco que intentaba agarrarle, abrió la puerta, salió de allí. Fuera, el ayudante estaba cerrando ya el depósito de gasolina. Luego se limpió las manos con un trapo y volvió a guardarse el trapo en el mono, diciendo algo. Mo encontró algo de dinero en el bolsillo de atrás y se lo dio. Oyó una voz.

—¿Se encuentra bien, amigo?

El hombre le había dirigido una mirada de auténtico interés.

Mo murmuró algo y entró torpemente en el vehículo.

El hombre corrió al arrancar Mo agitando monedas y billetes verdes.

—¿Qué? —dijo Mo.

Consiguió bajar el cristal de la ventanilla. La cara del encargado de la gasolinera se convirtió en una máscara diabólica y perversa. Mo sabía lo suficiente como para no preocuparse por ello.

—¿Qué?

Creyó oír al encargado decir: "Ya ha pagado tu amigo".

—Sí, pagué yo —dijo Jimi a su lado.

—Quédese de todos modos —dijo Mo.

Tenía que llegar pronto a la carretera. En cuanto empezase a conducir recuperaría el control de sí mismo. Cogió un cartucho al azar de la caja. Lo metió en la ranura. La cinta empezaba hacia la mitad de un álbum de los Stones. Jagger cantando *Let it bleed* ejerció sobre Mo un efecto calmante. Las culebras dejaron de subir y bajar por sus brazos y la carretera se hizo ante él más firme y clara. Nunca le habían gustado demasiado los Stones. Eran unos mierdas, en realidad, aunque había que admitir que Jagger tenía un estilo propio que nadie podía copiar. Pero, en el fondo, mierdas como los demás malos viajeros actuales, como Morrison y Alice Cooper. De pronto pensó que estaba perdiendo el tiempo con aquello de no pensar más que en grupos musicales, pero ¿en qué otra cosa podía pensar? ¿cómo, si no, podías ver tu vida? Para él el rollo místico no significaba gran cosa. La cientología era un cuento. O al menos él no podía ver nada interesante allí. Los tipos que andaban en aquel rollo parecían más colgados que la gente a la que teóricamente querían ayudar. Esto era muy corriente. Casi todos los que te decían que querían ayudarte querían comerte el coco de una u otra forma. Había conocido ya a muchos tipos de friquis. Sufíes, Haré Krishnas, niños de Jesús, meditadores, los de la Luz Divina. Todos sabían hablar mejor que él, pero todos parecían necesitar más de él de lo que podían darle. Llegabas a la gente cuando viajabas. El ácido le había ayudado mucho en ese sentido. Gracias a él, podía desenmascarar fácilmente a los farsantes. Y precisamente por esa prueba, Jimi no podía ser un farsante. Jimi era un tipo legal. Tal vez estuviera ya jodido, pero era legal, sí.

La carretera, larga y blanca, se convirtió de pronto en una piedra enorme. Mo no podía saber si la piedra era o no real. Siguió hacia ella, luego cambió de idea y frenó bruscamente. Un coche rojo que iba detrás hizo un viraje brusco y pasó aullando a través de la piedra, que desapareció. Mo se estremeció de pies a cabeza. Sacó la cinta de los Stones y la cambió por *American Beauty* de los Grateful Dead. La puso muy baja.

—¿Te encuentras bien? —dijo Hendrix.

—Claro. Un poco nervioso —Mo volvió a poner en marcha el vehículo.

—¿Quieres parar y dormir un poco?

—Ya veremos, más tarde.

Anochece cuando Jimi dijo:

—Parece que nos dirigimos hacia el sur.

—Sí —dijo Mo—. Necesito volver a Londres.

—¿Tienes que comprar?

—Sí.

—A lo mejor esta vez voy contigo.

—¿Sí?

—Bueno, puede que no.

## CAPITULO SIETE

Cuando llegó a Ladbroke Grove, después de ir en autoestop hasta la estación de metro más próxima, Mo estaba totalmente agotado. Tenía la cabeza llena de imágenes: imágenes de Jimi, de la primera vez que le había visto en televisión interpretando *Hey, Joe* (Mo aún estaba estudiando entonces), imágenes de Jimi actuando en Woodstock, en festivales y conciertos por todo el país. Jimi, con grandes sombreros de plumas, extrañas camisas multicolores, varios anillos en cada dedo, con la Strat blanca, lanzando la guitarra sobre la cabeza, pulsando las



cuerdas con los dientes, metiéndola por debajo de las piernas abiertas, haciéndola gemir y aullar y palpar, haciendo lo que nadie había logrado hacer con la guitarra. Sólo Jimi podía hacer que una guitarra cobrase vida de aquel modo, convertir la máquina en una criatura orgánica, polla y mujer al mismo tiempo, serpiente deslizante. Mo se miró los brazos, pero estaban quietos. El sol empezaba a ponerse cuando enfiló Lancaster Road, arrastrado más por una mezcla de costumbre e impulso que por cualquier energía o sentido de la finalidad. Ahora tenía otra imagen en su cabeza, la imagen de Jimi como un ladrón espiritual, Jimi sorbiendo la energía del público. En vez de un mártir, pasaba a ser un vampiro. Mo sabía que la paranoia no se había asentado aún del todo y que cuanto antes consiguiese unos estimulantes mejor. No podía culpar a Jimi de sentirse como se sentía. Llevaba dos días sin dormir. No era más que eso. Jimi se lo había dado todo al público, incluso la propia vida. ¿Cuántos habían muerto por Jimi en cambio?

Subió penosamente las escaleras de la casa de Lancaster Road y tocó el tercer timbre de abajo. No hubo respuesta. Mo temblaba mucho. Se afirmó en las escaleras de hormigón e intentó calmarse, pero empeoraba. Le pareció que iba a desmayarse.

Se abrió tras él la puerta.

—¿Mo?

Era la chica de David, Jenny, llevaba un vestido de brocado púrpura. Tenía el pelo embadurnado con aleña húmeda.

—¿Mo? ¿Te encuentras bien?

Mo tragó saliva y dijo:

—Hola, Jenny. ¿Dónde está Dave?

—Bajó al Mountain Grill a comer algo. Se fue hace una media hora. ¿Te encuentras bien, Mo?

—Cansado. ¿Dave tiene estimulantes?

—Tenía un montón de mandis.

Mo asimiló la noticia.

—¿Puedes darme un par de libras de ellos tú misma?

—Sería mejor que se los pidieras tú, Mo. No sé los compromisos que tiene.

Mo asintió, se irguió lentamente.

—¿Quieres entrar y esperar, Mo? —dijo Jenny.

Mo negó con un gesto.

—Bajaré hasta el Mountain. Hasta luego, Jenny.

—Adiós, Mo. Ten cuidado.

Mo subió penosamente Lancaster Road y dobló por Portobello. Creyó ver la ranchera Mercedes con remolque, negra y cromada, cruzar al fondo de la calle. Los edificios parecían echársele encima. Los veía sonreír y mirarse burlones. Les oía hablar de él. Todo estaba desdibujado y confuso. Una mujer le tiró algo. Siguió caminando hasta que llegó al Mountain Grill y cruzó vacilante la puerta. El café estaba lleno de friquis pero no conocía a nadie. Todos tenían expresiones malévolas, recelosas; cuchicheaban.

—Cabrones —murmuró, pero ellos fingieron no oír. Vio a Dave.

— ¡Dave! ¡Dave, amigo!

Dave alzó la vista, sonriendo burlón.

—¿Qué hay, Mo? ¿Cuándo volviste a la ciudad?

Llevaba unos pantalones de dril nuevos y limpios con remiendos nuevos. Uno de ellos decía: "Star Rider".

—Acabo de llegar.

Mo se inclinó sobre la mesa, sin hacer caso de los que estaban por medio y murmuró en el oído de Dave:

—Creo que tienes mandis.

Dave se puso serio.

—Sí. ¿Quieres ahora?

Mo asintió.

Dave se levantó muy despacio y pagó la cuenta a la mujer gorda y morena de la caja.

—Gracias, María.

Dave cogió a Mo por el hombro y le sacó del café. Mo se preguntaba si Dave se propondría entregarle. Recordaba que habían corrido rumores sobre él más de una vez.

Mientras caminaban, Dave dijo suavemente:

—¿Cuántas necesitas, Mo?

—¿A cuánto?

—Puedo dártelas a diez peniques pieza —dijo Dave.

—Me llevaré cinco libras. ¿Cien, no?

—Cincuenta.

Volvieron a enfilar Lancaster Road y Dave abrió la puerta con dos llaves, una yale y otra de cerradura embutida. Subieron por una escalera peligrosa y oscura. La habitación de Dave era sombría, había un intenso olor a incienso, las contras que cerraba la ventana estaban pintadas. Jenny, sentada en un colchón en el rincón, oía a los Ases en el estéreo. Estaba cosiendo.

—Hola, Mo —dijo—. Veo que le encontraste.

Mo se sentó en el colchón del rincón opuesto.

—¿Cómo van las cosas, Jenny? —dijo.

No le gustaba Dave, pero Jenny le agradaba. Se esforzaba mucho por ser educado. Dave sacó de un mueble de cajones una caja, de debajo de un montón de cortinas de borlas. Mo miró más allá de él y vio a Jimi allí de pie. Vestía una camisa de seda pintada a mano toda llena de rosas. Llevaba al cuello un talismán de jade con cadena de plata. Tenía la Strat blanca en la mano. La tocaba, con los ojos cerrados. Mo dedujo casi inmediatamente que estaba mirando un cartel.

Dave contó cincuenta mandis y los metió en un tubo de aspirinas. Mo sacó dinero del bolsillo de los vaqueros. Le dio un billete de cinco libras a Dave y Dave le dio el tubo. Mo abrió el tubo y sacó un puñado de pastillas y se las tragó enseguida. El efecto no era demasiado, pero en cuanto las tomó se sintió mejor. Se levantó.

—Ya nos veremos, Dave.

—Hasta cuando quieras, hombre —dijo Dave—. Puede que nos veamos en casa de Finch esta noche.

—Sí.

## **CAPITULO OCHO**

Mo no podía recordar como empezó la pelea. El estaba sentado tranquilamente en un rincón del bar bebiéndose su bitter, cuando aquel mierda grande y gordo que andaba siempre armando líos decidió meterse con él. Recordaba que se había levantado y le había pegado al

mierda aquel. Luego se organizó un gran follón y él tiró al gordo por encima de la barra, aunque no recordaba cómo. Y unos cuantos conocidos le sacaron de allí y le llevaron a un sótano de Oxford Carden, donde escuchó un poco de música.

Fue *Band of Gypsies* lo que le despertó. Oyendo *Machine Gun* comprendió de pronto que no le gustaba. Fue adonde estaban los discos y buscó otros álbumes de Hendrix. Puso *Are You Experienced*, el primer álbum, y *Electric Ladyland* y le gustaron mucho más. Luego puso otra vez *Band of Gypsies*.

Examinó la habitación a oscuras. Todos parecían absolutamente pirados.

—Murió en el momento justo —se dijo—. Su tiempo había acabado, sí. No debería haber vuelto.

Buscó en el bolsillo el tubo de pastillas. No parecían quedar ya muchas. Quizás alguien le hubiese birlado algunas en el bar. Tomó unas cuantas más y cogió la botella de vino de la mesa y bebió un trago para pasarlas. Puso *Are You Experienced* otra vez y volvió a tumbarse.

—Eso era bueno, sí —dijo, y se quedó dormido.

Tembló un poco. Su respiración se hizo más y más lenta. Cuando empezó a vomitar dormido nadie se dio cuenta. Por entonces, todos estaban idos ya. Tosió quedamente y luego quedó inmóvil.

## CAPITULO NUEVE

Más o menos una hora después, entró en la habitación un negro. Alto, elegante. Irradiaba energía. Vestía camisa blanca de seda y vaqueros blancos. Calzaba brillantes botas de charol. Una chica empezaba a incorporarse cuando él entró en la habitación. Pareció sorprenderse.

—Hola —dijo el recién llegado—. Busco a Shakey Mo. Teníamos que irnos.

Miró los cuerpos dormidos y luego examinó más detenidamente uno que estaba algo apartado de los otros. Tenía la cara y la camisa vomitadas. La piel de un verde sucio y espectral. El negro pasó por encima de los otros y se arrodilló junto a Mo, le puso una mano en el corazón, le tomó el pulso.

La chica le miraba con expresión estúpida.

—¿Está bien?

—Sobredosis —dijo quedamente el recién llegado—. Está muerto. ¿Quieres un médico o algo, querida?

—Oh, Dios mío —dijo ella.

El negro se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—Eh —dijo ella—. Eres igual que Jimi Hendrix, ¿lo sabías?

—Claro.

—No puedes ser... no lo eres, ¿verdad? Quiero decir, Jimi está muerto.

Jimi movió la cabeza y esbozó su vieja sonrisa.

—Cuentos, nena. No pueden matar a Jimi —y se fue, con una carcajada.

La chica bajó la vista hacia aquel cuerpo pequeño y destrozado cubierto de su propio vómito. Se tambaleó un poco, frotándose los muslos. Frunció el ceño. Luego, salió de la habitación todo lo deprisa que le permitía el vestido largo de algodón y se lanzó a la calle. Estaba casi amaneciendo y hacía frío. El hombre alto de la camisa y los vaqueros blancos no parecía notar el frío. Subió a una ranchera Mercedes grande con remolque que estaba aparcada en la esquina.

La chica echó a correr tras la ranchera cuando ésta arrancó y rodó un poco, hasta que tuvo

que parar en la luz roja del cruce de Ladbroke Grove.

—Espera —gritó—. ¡Jimi!

Pero el vehículo se puso en marcha antes de que pudiera alcanzarlo.

Vio que se dirigía hacia el norte, hacia Kilburn.

Se enjugó el sudor frío de la cara. Tenía que ser una pasada. Ojalá aquel tipo no estuviese muerto cuando volviera al piso.

No le hacía ninguna falta un muerto.

# EL GRAN CONQUISTADOR

## CAPITULO UNO

Sentía que era mucho más que un hombre. No era un dios, siquiera, sino muchos... Parecía haber un centenar de entidades distintas retorciéndose en su interior, agitándose para liberarse. Cada miembro, cada proyección de hueso parecía ser parte de otro ser.

Estaba tendido sobre el lecho cubierto de pieles, sudando, dominado por una actividad mental y corporal que era incapaz de controlar. Alejandro el Grande gemía atormentado.

La rolliza corintia escupió en los juncos del suelo de la taberna.

— ¡Esto para el rey-dios!

Pero el silencio que la rodeó le hizo desistir de ampliar el tema. El tracio llamado Simón de Bizancio alzó la copa de bronce, la manga de su camisa de seda bordada se deslizó brazo abajo mostrando la atezada piel, mientras tomaba un sorbo de dulce vino persa. Percibió la inquietud que se reflejaba en los otros juerguistas por lo que había dicho la mujer y, como era hombre cauto, retiró el brazo de la rolliza cintura de la corintia y la apartó de sí.

Bajó la vista. Volvió el rostro lleno de cicatrices y sonrió dirigiéndose a un viejo soldado persa.

—¿Dices que estuviste en el ejército que Darío lanzó contra Alejandro?

—Así es... conducía un carro. Su caballería nos rodeó.

—¿Y qué piensas de él?

—¿De Alejandro? No sé. En determinado momento, estuve muy cerca de él y vi que un lancero le asestaba un golpe. Le alcanzó en el muslo. Alejandro lanzó un grito... no por el dolor sino cuando vio manar su propia sangre. No podía creerlo. Por unos breves instantes fue un blanco fácil, mientras estaba allí mirándose fijamente el muslo, tocando la sangre con el dedo e inspeccionándola. Luego, gritó algo (no entendí en qué lengua) y otra vez recuperó el control de sí mismo. Dijeron que la herida había sanado con rapidez sobrenatural.

—Afirma ser hijo de Zeus —dijo desde las sombras la corintia—, pero hay muchos persas que dicen que es un engendro del malvado Ariman.

Simón frunció los labios y cogió la copa de vino.

—Quizá sea sólo un mortal —sugirió—. Un mortal de vitalidad extraordinaria.

—Quizá —dijo el soldado persa—. Yo sólo sé que ha conquistado el mundo.

—Me dijeron que había interrumpido su campaña india en el río Indo... ¿por qué lo hizo? —dijo Simón.

—Sus macedonios dicen que ellos le obligaron a hacerlo, pero yo no lo creo. Hasta Alejandro debe cansarse... ésa es mi teoría. Creo que necesitaba descansar y recuperarse. Apenas si ha dormido durante su campaña; debemos movernos continuamente, arrastrados por la conquista. Quién sabe lo que le impulsa a conquistar... o lo que le fuerza a hacer un alto temporal y a no proseguir con sus victorias...

—Los indios tienen una religión muy antigua y muy profunda de la que sabemos muy poco —dijo un comerciante cartaginés de mediana edad, enjuto y huesudo—. ¿No será que sus dioses son más poderosos que los nuestros? ¿Más poderosos que Alejandro?

Se acarició la barba vetada de gris. Sus varios anillos relampaguearon en la penumbra del local.

—Esta conversación es herejía en los tiempos que corren —previno el persa, pero se veía claramente que estaba considerando la idea.

—La gente no habla más que del macedonio —dijo el enjuto comerciante—. Le alaban o le

maldicen desde el Bósforo al Nilo. Pero ¿qué es sino un hombre que ha tenido suerte? Los acontecimientos le han moldeado, no él a ellos. Debe mucho al rey Filipo, que fue un padre previsor y a su extraña madre, la reina Olimpia, pues los dos, cada uno a su modo, prepararon el mundo para sus conquistas. ¿Qué motivo tenía, por ejemplo, para sus vagabundeos por Persia de hace unos años? ¿Por qué, en vez de seguir avanzando, se embarcó en una persecución inútil de Darío? La única razón posible era que las circunstancias aún no le eran propicias.

—Me gusta pensar también eso de los grandes hombres —dijo Simón, sonriendo—. Pero me incorporaría a su ejército por mi propio interés.

—Así que para eso estás en Babilonia... me preguntaba qué harías tú aquí, amigo. ¿De dónde eres? —el cartaginés se sirvió más vino de un pellejo.

—Nací en Tracia, pero soy bizantino de adopción. Allí estuve siete años de capitán de infantería. Pero luego me entró el deseo de conocer Oriente y como Alejandro va hacia Oriente, decidí unirme a su ejército. Tengo entendido que ahora está en Babilonia...

—Así es. Pero puede que te resulte difícil verle... lógicamente él no se encarga en persona de la contratación de mercenarios.

El tono del persa era amistoso.

—He oído hablar tanto de ese hombre, o ese dios, que me he hecho el propósito de conocerle, si eso es posible.

—Que tengas buena suerte, amigo. Puede matarte o ascenderte. Es hombre de actitudes extremas.

—¿No lo son acaso todos los grandes conquistadores?

—Eres muy culto para ser mercenario —dijo el cartaginés, sonriendo.

Simón recogió del banco la espada corta enfundada.

—Y tú muy curioso, amigo. Has de saber que en Bizancio se fomentan todas las artes, igual que se hacía en la antigua Grecia... incluidas las de la cultura y la filosofía.

El persa soltó una carcajada.

—Eso es lo que dicen en Bizancio. Yo por mi parte no creo que ninguna ciudad pueda ser tan ilustrada. Vosotros los occidentales soñáis con una Grecia que no existió nunca... toda vuestra filosofía se basa en una necesidad de perfección. Una perfección que nunca se puede alcanzar porque no existió nunca. ¡Créeme, los albañales de Bizancio apestan!

—No tanto como la envidia persa —dijo Simón, y se fue antes de que la discusión llegase a su término.

Pero el persa a quien dejó atrás, allá en la taberna, no estaba enfadado. Se reía a carcajadas limpiándose la boca con el muñón del brazo.

Simón oyó la risa cuando cruzaba la sombreada plaza del bar en la que apenas se veían mercaderes y público. Era ya casi de noche. Algunos mercaderes que empaquetaban sus mercancías alzaron la vista cuando pasó él, alto, delgado, un luchador, vestido de cuero viejo y gastado, hacia la calle de los artesanos del bronce, donde tenía un amigo.

La dorada Babilonia se acucillaba a su alrededor como un monstruo muy viejo, contenía todos los conocimientos, todos los secretos. Sus calles, las altas casas, los palacios y templos, sorbían los últimos rayos de sol por sus paredes bruñidas. Subió Simón la empinada escalera y llegó hasta una pequeña casa blanca sin ventanas. Llamó.

Esperó pacientemente un rato mientras iba extendiéndose la noche. Por fin alguien corrió la aldaba, al otro lado, y se abrió la puerta. Brilló un ojo. La puerta se abrió más.

El enjuto Hano sonrió, dándole la bienvenida.

—Entra, Simón. ¡Así que llegaste a nuestra espléndida Babilonia!

Simón entró. Estaba muy oscuro, hacía mucho calor; en la casa flotaba el olor desagradablemente acre del metal. El viejo fenicio le cogió del brazo y le condujo por aquel oscuro pasillo.

—¿Piensas quedarte en Babilonia, hijo? —dijo Hano, y luego, antes de que Simón pudiera responder a su pregunta, añadió—: ¿Qué tal la espada?

—Quiero ver a Alejandro —dijo Simón; le desagradaba que el viejo le cogiese del brazo, pese a estimarle mucho—. Y la espada es magnífica, conserva el filo después de una docena de combates... Mi propósito es ponerla al servicio de Alejandro.

Hano le apretó el brazo con más fuerza cuando entraron en una estancia oscura llena de humo. En el centro brillaba un rojo brasero. En las paredes, tiznadas por el humo, había armas (espadas, escudos, lanzas) y repartidos por la estancia varios lechos y mesas pequeñas. A Simón le entró el humo en los pulmones y se puso a toser. Hano señaló un lecho.

—Siéntate, Simón —dijo.

Y se fue arrastrando los pies a otro lecho, al otro lado del brasero. Se estiró en él, se rascó la huesuda nariz y luego dijo:

—Alejandro tiene muchas espadas.

—Lo sé... pero quiero que me hagas el favor de facilitarme una entrevista con él.

—Te debo amistad y más aún —dijo Hano—, pues me salvaste de una muerte terrible aquella vez, en Tebas hace nueve años. Pero aunque supongo lo que pretendes de mí me siento reacio a ayudarte.

—¿Por qué?

—Quizá sean sólo recelos de viejo, pero las cosas que he oído últimamente son muy inquietantes. Alejandro se proclama hijo de Zeus, Júpiter, Amón. Otros dicen que el demonio persa Ariman le posee. Todo lo cual puede ser o no ser cierto... pero todos los oráculos, de aquí a Pela, profetizan tribulaciones y conflictos para el mundo y el rey que lo rige. Quizá fuera más prudente que te unieses a una caravana cualquiera de las que van a Oriente...

Y dicho esto, Hano apartó la túnica de lana, mostrando una pierna pálida y repugnante. Luego alzó una mano arrugada y casi la lanzó contra la pierna y empezó a rascar allí con uñas como garras.

—Estoy harto de esta chachara de dioses y demonios. ¿Es que nadie puede contentarse simplemente con creer en los hombres y en lo que los hombres podrían ser si no atribuyesen sus desdichas a dioses invisibles en vez de a su propia ineficacia? La vida no es fácil, vivirla bien y con gracia es ardua tarea... pero, ¡por Hades!, no permitamos que se complique aún más con deidades y ninfas acuáticas.

Simón escupió en el brasero, que llameó y chisporroteó.

Hano se rascó el muslo, abriendo aún más la túnica para poder hacerlo, mostrando una extensión mayor de carne repugnante.

—He visto manifestaciones sobrenaturales del mal, hijo mío.

—Tú has visto lo que deseaba que vieses un cerebro aturdido.

—¿Qué pasa? Vamos, pongamos fin a esta conversación antes de que digas más herejías y nos detengan a los dos.

—Herejía y traición, si es cierto lo que se dice de Alejandro.

Simón apartó la vista de las piernas del viejo, la fijó en el brasero.

Hano cambió de tema.

—En Utopía —le dijo a Simón—, aún tendrías que seguir buscando mayor perfección. Y te llamas realista, Simón... la perfección no es una realidad.

—Las realidades pueden crearse —dijo Simón.

—Cierto —aceptó Hano—. Pero, por el mismo principio, pueden hacerse irreales las realidades... y reales las irrealidades. ¿Y si hubiese seres sobrenaturales? ¿Cómo los encuadrarías dentro de tu teoría?

—Nunca se planteará ese problema.

—Esperémoslo.

El fenicio volvió hacia Simón su viejo y arrugado rostro. La luz del brasero le teñía de un marrón rojizo, mostrando unos rasgos que mezclaban cinismo, fatalismo y buen carácter. Por fin, Hano dijo:

—Está bien.

Y se levantó y recorrió la atestada estancia cogiendo una jarra de una estantería, un tarro de otra y un pellejo de vino de otra de más allá.

Pronto le llegó a Simón el aroma de las yerbas de la cazuela que estaba en el brasero, en la que Hano preparaba vino para su huésped.

—Me ayudarás —dijo Simón.

—Alejandro me debe un favor. Pero tiene extrañas formas de pagar sus deudas y en circunstancias normales no sería tan tonto como para recordárselo.

—¿Qué hiciste por él?

—Cubrir de ópalos negros la empuñadura de una espada hecha con metal de las estrellas.

— ¡Menudo favor! —dijo Simón riéndose.

Hano frunció el ceño, pero afablemente.

—¿No te das cuenta de lo que eso significa? Significa que no podías tocar directamente el hierro ni cualquier cosa que pudiese transmitir su fuerza hasta su cuerpo. El ópalo negro es una de las pocas gemas que sirven para cortar el flujo.

—¿De veras?

—De veras. Alejandro tiene un punto débil. El hierro le hace daño.

—Si yo tuviese un secreto así, mataría al hombre que lo guardase —dijo Simón caviloso.

—No si fueses Alejandro y el hombre fuese muy caro a Olimpia.

— ¡Conoces tú a la reina Olimpia!

—Olimpia quiere mantenerme vivo para que pueda transmitirle secretos.

—Oscuros secretos, han de ser sin duda, si tienen algo de cierto las historias que cuentan de ella.

—Ni siquiera rozan la verdadera realidad de lo que es ella.

—¿De verdad utiliza serpientes en esos ritos?

—Claro... y también cabras negras.

Simón lanzó un juramento.

Hano le entregó una copa de vino. Después de beber, dijo:

—Estoy impaciente por conocer al rey-dios... ¿cómo puedes ayudarme?

—Te daré una carta y una señal que has de llevar a Alejandro. Pero sé prudente, hijo mío, sé prudente.

## **CAPITULO DOS**



Aunque raras veces lo admitía, a Simón le inquietaba la idea de un mundo sobrenatural de dioses y de espíritus. De haber sido factible, se habría hecho sin duda ateo militante, pero mantenía en secreto sus opiniones y hacía lo posible por no analizarlas e incluso por no pensar en ellas.

Cuando llegó al gran palacio dorado de Alejandro, se detuvo y lo contempló muy admirado. Le iluminaban cientos de antorchas, muchas de las cuales rodeaban sobre largos postes el palacio; otras llameaban en sus muchos bastiones.

Salieron a su encuentro dos guardianes. Eran babilonios de altos yelmos y pelo y barba aceitados. Le amenazaron con las jabalinas.

Simón dijo en torpe babilonio:

—Vengo a ver al rey Alejandro... traigo una señal y una carta para él!

Le trataron con cierto respeto aunque le despojaron de la espada y le condujeron a la puerta principal, donde, tras interrogarle, fue admitido.

Le hicieron esperar varias veces, mientras le examinaban atentamente e interrogaban una serie de visires y esbirros del rey, pero al final le pasaron a una gran cámara.

Las grandes ventanas dejaban entrar la vacilante luz de las antorchas. En el centro había un gran lecho de bronce, plata y oro cubierto de sedas y pieles.

Alejandro estaba reclinado en aquel lecho. Había estado sudando. Simón se dio cuenta. Su nariz le contaba además la misma historia.

Olía muy mal aquello. Mucho peor que la transpiración ordinaria. Simón no era capaz de identificar aquel olor.

Se acercó al inmenso lecho con cierto nerviosismo.

Y de pronto, el rey Alejandro sonrió y extendió una mano perfecta.

—Tengo entendido que tienes una carta para mí... y una señal.

—Así es, aquí están —Simón le dio la carta y el pequeño talismán a Alejandro, estudiando el extraño rostro del rey. Era en parte infantil y en parte viejo y sensual. Tenía la nariz larga y anchos los labios, ojos de gruesos párpados y el pelo castaño y rizado. A Simón le turbaba un poco la falta de ceremonial, la cordial sonrisa del rey. ¿Era aquél el rey-dios? ¿El engendro del mal?

Alejandro leyó la carta enseguida, cabeceando para sí.

—¿Te habló Hano de mi deuda con él?

—No, señor —dijo Simón prudentemente.

—Hano tiene muchos secretos... pero es un viejo y es generoso y se reserva pocos, según tengo entendido.

—Me pareció extrañamente reservado, señor —contestó Simón, preocupado por la vida de su amigo—. Ni siquiera yo, que le salvé la vida una vez en Tebas, puedo conseguir que me responda claramente a las preguntas que le hago.

Alejandro alzó los ojos curioso, mirando fijamente a Simón a la cara.

—Así que deseas incorporarte a mi ejército. Hano te recomienda como soldado... sugiere que te incorpore a mi estado mayor. Yo elijo a mis oficiales con mucho cuidado, Simón de Bizancio.

—Sólo quiero una prueba, señor.

—La tendrás.

Alejandro examinó de nuevo la carta.

—Eres de Bizancio, según veo. Mi padre Filippo fue rechazado por esa ciudad hace unos años... Pero eso no significa que yo no pueda estimar a esa ciudad... quizá lo contrario. Es bien sabido que la detestaba y puedo admirar a una ciudad que resistiese su ataque —Alejandro

volvió a sonreír—. Aunque no resistió mucho contra el hijo de Filipo, ¿verdad?

—No, señor.

Alejandro tenía una vitalidad casi tangible, pero evidentemente no estaba bien. Aquella enfermedad no se limitaba sólo a su cuerpo, según pudo apreciar Simón.

Alejandro meditaba, acariciando un pequeño amuleto.

—Necesito un heraldo... un hombre que pueda viajar entre el sitio donde yo esté de campaña y la capital de Macedonia.

—Creí que ahora vuestra base era Persia, señor.

—Has oído sin duda las críticas de los griegos y de los macedonios. Dicen que he olvidado mis propias tierras por los lujos y placeres del Oriente. Es mentira. No puedo regresar continuamente a Pela, queda demasiado lejos. Persia es una base de operaciones mucho mejor. Aún me faltan por conquistar algunos acres del mundo, Simón... y todos están en Oriente.

Alejandro se hundió en sus sedas, contemplando al tracio.

—Nos servirás como mensajero a mi madre y a mí.

Simón se llevó la mano a los labios y dijo cortesmente:

—Yo esperaba más bien incorporarme al ejército.

Alejandro frunció ligeramente el ceño.

—Y eso harás, por supuesto. No te preocupes, tendrás que luchar... y que aprender cosas nuevas. Me satisface que seas hombre ilustrado. La mayoría de mis capitanes son elegidos por varias cualidades: valor, lealtad... y conocimientos. Tú parece reunir valor y conocimiento... pero tengo que comprobar tu lealtad, ¿me entiendes?

Simón cabeceó, asintiendo.

—Es natural, señor.

—Bueno, entonces... —Alejandro se interrumpió al abrirse las puertas de la cámara detrás de Simón. El tracio se volvió a mirar a la puerta.

Entró un visir que vestía una larga túnica dorada.

Se postró ante el lecho del rey.

—Hijo de Zeus —murmuró—, un mensaje.

—¿Es secreto?

—No, señor... dicen que es ya del dominio público.

—Habla entonces... ¿de qué se trata? —Alejandro se incorporó de nuevo en el lecho.

—Una matanza, señor... en Lonarten... una unidad de vuestra caballería macedonia perdió el control... mataron a varios centenares de mujeres y niños. Hay rumores de canibalismo, de ritos repugnantes...

El visir se detuvo al ver dibujarse una sonrisa en los labios sensuales de Alejandro.

—La gente —continuó el visir— pide que intervengáis... una compensación.

Alejandro volvió a sonreír. A Simón le repugnaba aquello. Advirtió que el rey apretaba las ropas de la cama como si intentase controlarse. Gruñó una vez, levemente.

Luego, con gran esfuerzo, dijo:

—Debemos poner fin a... debemos parar...

Luego echó hacia atrás la hermosa cabeza y lanzó una carcajada. Era una risa maligna, una alegría malévol y horrible que llenó la estancia, resonando y atronando en los horrorizados oídos de Simón.

—No dejes escapar a los que han venido a quejarse —gritó Alejandro—. Les venderemos como eunucos a los harenes de Turquía. Hay que enseñarles que un dios no actúa como un

simple rey... ¡Tienen que aprender a no poner en entredicho la palabra o las acciones del Hijo de Zeus!

El visir volvió a salir apresuradamente de la habitación.

Simón, olvidando su propia seguridad, se inclinó hacia Alejandro y le gritó en la cara crispada:

—Estás loco... por tu propia seguridad, no permitas que continúen esas matanzas. Tus soldados pueden provocar una revolución... Perderás tu imperio.

Alejandro abrió aún más los ojos. De entre las sedas y las pieles brotó una mano que asió la oreja de Simón. Crispó la boca Alejandro e incluso se le movieron los dientes cuando masculló:

— ¡Inventaré una muerte para ti!

Simón asió la muñeca intentando librarse de la mano de Alejandro. Estaba atónito, temblaba, le estremecía ver la fuerza en alguien claramente enfermo. Sentía la presencia de algo más que la locura. ¿Qué había convertido al cordial y eficaz soldado en aquella manifestación de mal? ¿Cómo podían coexistir en un cuerpo cualidades tan distintas? El terror nubló su mente.

Con un tirón brusco, se libró de la presa del rey y retrocedió jadeante.

—Dicen que eres un engendro de Ariman... y yo no lo creía —balbució.

Alejandro frunció el ceño, apartó las ropas del lecho y saltó al suelo, avanzando hacia Simón con las manos extendidas.

—Soy Hijo de Zeus... nací de un dios y de una mortal para regir el mundo. Humíllate, hereje, pues tengo poder para enviarte al Hades.

—Todos los hombres tienen ese poder —dijo Simón, y se volvió y corrió hacia las grandes puertas, las abrió y antes de que pudieran detenerle, huyó por los pasillos, ciego a todo salvo a la necesidad de escapar de aquel aullante loco que le seguía.

Recordaba poco la huida, de las dos luchas (en la primera había obtenido, no sabía muy bien cómo, un arma), de su agotadora carrera por las calles de Babilonia, seguido por hordas de soldados.

Corría.

Había corrido prácticamente hacia la muerte, pues varios guerreros le acorralaron en un callejón sin salida. Se volvió, resollando como un animal para defenderse. Acuciado, la espada dispuesta, esperó mientras avanzaban hacia él cautelosos.

No habían previsto tanta ferocidad. Al primero lo derribó en un abrir y cerrar de ojos. Tajó el brazo de otro.

Frente a él, como flotando sobre la escena real, delante veía la gran cabeza sensual de Alejandro atronando aún con una risa demencial.

Simón había visto locos muchas veces. Pero lo de Alejandro era algo más que locura. Dio un mandoble y erró, cayó hacia adelante, dio una voltereta, cruzó la espada en la cara para rechazar un golpe que brotó de la confusa noche. Se hizo a un lado, lanzó otro tajo, se irguió y el borde de su espada seccionó la yugular de un hombre.

Luego, corría de nuevo. Le dolían todos los miembros, pero un miedo terrible, miedo a algo más que la muerte o la tortura, le empujaba y le empujaba hacia adelante, hacia la huida.

Cuando aquellos hombres silenciosos de oscuros ropajes surgieron de la noche y le rodearon, hirió a uno, pero su espada pareció chocar con metal, su mano quedó inerte. Cayó la espada sobre las piedras de la calle.

Ante él se alzó la cara de Alejandro, riendo, riendo. Aquel gozo estruendoso y maligno le llenó la cabeza. Luego todo el cuerpo. Hasta que le pareció que él, Simón, era Alejandro, que disfrutaba de aquel chiste sangriento, de aquella alegría malévola y perversa que fluía incontrolable del temblor de su cuerpo.

Luego, una especie de paz y nebulosos y misteriosos sueños en que vio extrañas formas que se movían entre el humo de un millón de braseros rojos y fulgurantes.

Sintió una superficie dura y lisa bajo la espalda.

Abrió los ojos receloso.

Un rostro flaco, blanco y de labios muy finos le miraba solícito.

—Soy Abaris —dijo.

—Yo Simón de Bizancio —dijo el tracio.

—¿Has visto las tinieblas? —era una pregunta sólo a medias.

—Sí —contestó Simón, intrigado.

—Nosotros somos seres de la luz. Los magos te dan la bienvenida. Aquí estamos seguros.

—¿Magos? Son sacerdotes de Persia... pero tú no eres persa.

—Así es.

—¿Abaris? Hay un Abaris legendario... un hechicero, según creo... un sacerdote de Apolo que cabalgaba en una flecha...

El mago no respondió a esto, se limitó simplemente a sonreír.

—Has incurrido en la cólera de Alejandro. ¿Cuánto dirías que te quedaba de vida?

—Una extraña pregunta. Diría, que el tiempo que mi ingenio y mi habilidad me permitiesen eludir la persecución de sus soldados.

—Te equivocas.

Simón se incorporó en el amplio banco y miró a su alrededor. Había otros dos sacerdotes sentados mirándole al otro lado de la desnuda habitación. Por un agujero del techo se filtraba la luz.

—¿Te debo de veras la vida?

—Creemos que sí... pero nada nos debes. Nos gustaría ayudar del mismo modo a todos los enemigos de Alejandro.

—Yo no soy enemigo suyo... él lo es mío.

—Has podido ver lo que él es... ¿Aún puedes decir eso?

Cabeceó Simón.

—Soy enemigo suyo —aceptó, y luego corrigió—: O al menos enemigo de lo que él representa.

—Exacto... también nosotros somos enemigos de lo que Alejandro representa.

Simón ladeó la cabeza, sonrió levemente.

—Bueno... hemos de tener cuidado. Está loco, eso es todo. Representa un mal material, no sobrenatural.

Por unos instantes, Abaris apartó la vista impaciente y ceñudo. Luego, sus rasgos volvieron a asumir la expresión anterior.

—Es una audacia ser incrédulo en estos tiempos.

—Audacia o no, es lo que soy —Simón bajó las piernas del banco. Se sentía increíblemente débil.

—Nosotros los magos adoramos a Ormus —dijo Abaris—. Y Alejandro representa simplemente a Ariman.

—Esas son las facetas gemelas de vuestra deidad única, ¿no es cierto? —dijo Simón; luego añadió, con un cabeceo—: sé algunas cosas de vuestro culto... es más limpio que la mayoría. Adoráis al Fuego, al Sol y a la Luz... con un mínimo de ritual.

—Cierto. Poco ritual necesita el que confía en su alma.

A Simón le satisfizo esto.

—Nos gustaría que te aliases con nosotros, los magos —dijo quedamente Abaris—. A cambio, te protegeremos de los esbirros de Alejandro.

—Ya te dije, y no es que quiera parecer ingrato, que mi ingenio y mi habilidad serán los que me salven de los guerreros del macedonio.

—Nos referimos a sus servidores sobrenaturales.

Simón movió la cabeza.

—Respeto vuestras creencias... pero personalmente no puedo aceptarlas.

Abaris se inclinó hacia delante y dijo, suave pero firme:

—Tienes que ayudarnos. Alejandro y su madre son dos posesos. Hace años que lo sabemos. Hace años que intentamos combatir a las fuerzas que les poseen... y estamos perdiendo. Ya has visto que Ariman controla a Alejandro. ¡Tienes que ayudarnos!

Simón dijo entonces:

—Habéis envuelto el simple hecho de la locura de Alejandro en un sudario de especulación sobrenatural.

Abaris movió la cabeza y no dijo nada. Simón continuó:

—He visto a muchos hombres volverse locos por las riquezas y el poder... Alejandro es distinto. Cuando muera sobrevivirán sus buenas obras, pero el tiempo eliminará las malas.

—Eres ingenuo, joven. Sí, también Aquiles creía que... —Abaris se mordió los labios y guardó silencio.

—¿Aquiles? Murió hace mil años. ¿Cómo sabes lo que creía?

Abaris apartó la vista.

—No puedo saberlo, por supuesto —dijo, con los ojos bajos.

—Me das motivos para pensar que eres realmente el Abaris de la leyenda —dijo Simón, sonriendo. Bromeaba. Pero la broma sonó a veras incluso a sus oídos.

—¿Puede un hombre vivir más de mil años? —dijo Abaris.

—No —dijo Simón—. Imposible.

Lo dijo con ferocidad casi, porque era lo que deseaba creer.

Allí fuera, en un palacio de Babilonia, estaba el mal, pensaba. Pero no era, no podía ser... no debía ser sobrenatural.

Abaris dijo entonces:

—Alejandro ha reinado casi trece años: un número místico. Nuestros oráculos profetizaron que el momento decisivo sería a los trece años de reinado. Ahora, según tememos, Alejandro y las fuerzas que actúan a través de él, impondrán el dominio incontrolado en el mundo del mal... si alguien no se lo impide, y las posibilidades son muy remotas.

—Queréis que os ayude en esto. He de contestaros que no. Para ayudaros, tendría que creer... y no puedo creer.

Abaris pareció aceptarlo. Cuando volvió a hablar lo hizo con voz remota, como en un trance.

—Ariman... la multiplicidad de Ariman a los que designamos por ese nombre único, eligieron a Olimpia hace muchos años. Ariman necesitaba un canal a través del cual actuar y, por entonces, no había nacido ningún mortal que mejor sirviese para sus propósitos. Así que tomó posesión de Olimpia. Filipo, aquel gran hombre, grande y equivocado, iba habitualmente a la isla de Samotracia en peregrinaje y un año, Olimpia procuró estar allí. A Olimpia le bastó con una poción amorosa. Filipo se enamoró de ella. Tuvieron un hijo: Alejandro.

—Eso es pura murmuración —dijo cansinamente Simón—. Es como las charlas de las viejas en los mercados.

—Ormuz te proteja si alguna vez descubres la verdad —fue todo lo que le dijo Abaris.

Simón se incorporó tembloroso.

—Si puedo hacer algo para pagar lo que habéis hecho por mí, un acto cualquiera... estoy dispuesto.

Abaris meditó un instante. Luego sacó de la túnica un pergamino. Lo desplegó y examinó la extraña escritura. No era persa, según apreció Simón, que no pudo determinar qué era.

Abaris le entregó el pergamino.

—Te proporcionaremos un caballo y un disfraz. ¿Podrás llevar esto hasta Pela? ¿Entregarás este mensaje a nuestros hermanos?

—Contad con ello —dijo Simón, aunque se daba cuenta de que el viaje hasta la ciudad de Macedonia sería muy peligroso.

—Viven ocultos —explicó Abaris—, pero te explicaremos cómo encontrarlos. También te proporcionaremos armas, un caballo, y un disfraz especial.

—Os lo agradezco mucho —dijo Simón, sonriendo.

—Te concederemos un día para descansar y para que las yerbas que te demos a beber cumplan su función... luego podrás partir. No tendrás problema, nuestra magia te protegerá y conoceremos un camino secreto para salir de la ciudad.

Simón volvió a echarse en el banco.

—Las yerbas medicinales serán bien recibidas —dijo—, y algo que me ayude a dormir sin soñar.

Fuera, los cortesanos se miraban sin atreverse a entrar en la sala donde un hombre gruñía.

Un individuo bajo, de aire inteligente, que llevaba atuendo militar, se volvió a otro de rostro tranquilo.

—¿Por qué estaba tan deseoso de atrapar al tracio, Anaxarco?

El otro cabeceó y dijo:

—No tengo ni idea. Tengo entendido que era de mi ciudad natal, de Abdera, aunque después ese fue a Bizancio. Mi gente dice que los de Abdera son estúpidos, pero han nacido allí hombres muy ilustres.

—Y tú, por supuesto, eres uno de ellos —dijo el soldado, sonriendo irónicamente.

—He de serlo por fuerza, siendo como soy un filósofo del séquito de Alejandro —dijo Anaxarco.

El guerrero dio varios pasos nerviosos pasillo arriba, se irguió, luego soltó una maldición.

—Por el aliento de la salamandra, ¿es que nunca vamos a acabar nuestras conquistas? ¿Qué le pasa a Alejandro, Anaxarco? ¿Cuánto tiempo lleva así? Llegaron rumores a Egipto, y yo los deseché.

—Está enfermo, Ptolomeo, eso es todo —dijo Anaxarco, pero no creía en sus propias palabras.

— ¡Eso es todo!

—Aunque no hubiese oído al oráculo de Libia hablar de los terribles conflictos de este mundo y los otros, estaría inquieto. Están pasando muchas cosas, Anaxarco... cubren el mundo nubes de tragedia.

—La situación es difícil, Ptolomeo... pero sólo está enfermo. Es una fiebre.

De detrás de las puertas llegó otro espantoso gruñido, un gruñido terrible, aterrador, de

aflicción espantosa. No parecía deberse a dolor físico, sino a un calvario del espíritu mucho más profundo.

—Una fiebre insólita —dijo Ptolomeo. Se dirigió hacia las puertas, pero Anaxarco le impidió el paso.

—No, Ptolomeo... no saldrías de ahí con la razón intacta, te lo advierto.

Ptolomeo miró un instante al filósofo, luego se volvió y se alejó casi corriendo pasillo abajo.

En la estancia cerrada, el hombre (o el dios) gruñía espantosamente. Era como si los huesos de su rostro estuviesen fragmentándose para formar seres individuales. ¿Qué era él? Ni él podía estar seguro. Había tenido certeza muchos años de su propio poder, seguridad de que su grandeza era suya propia. Pero ahora, al pobre y atormentado Alejandro se le hacía patente que no era nada, sólo un instrumento, un agente a través del cual actuaban muchas fuerzas, e incluso aquellas fuerzas estaban unidas bajo un nombre común. Supo luego también que aquellas fuerzas habían penetrado en muchos otros en el pasado y que, si fallaban sus fuerzas, penetrarían en muchos más hasta realizar del todo su misión.

Parte de él suplicaba la muerte.

Parte de él intentaba combatir lo que estaba en él.

Parte de él planeaba... crimen.

Simón, envuelto en una capa y armado, picó espuelas a su caballo y se lanzó al galope por las resacas llanuras de Babilonia, los pliegues de la capa flotando como las alas de un halcón que se abatiese sobre su presa.

Bufaba el caballo, relumbraban sus firmes patas, sus grandes ojos, le palpitaba el corazón.

Simón llevaba dos horas cabalgando sin novedad.

Pero de pronto el aire frío de la noche se pobló de espantosos sonidos.

Desvainó la espada y siguió cabalgando, diciéndose que aquel ruido eran los buitres batiendo las alas.

Luego se dibujó frente a él una forma. Simón tuvo el vislumbre de un rostro humano demacrado y pálido. Pero no era totalmente humano. Se agitaban culebras sobre su cabeza, goteaba sangre de sus ojos. El caballo se detuvo de pronto y retrocedió relinchando. Simón cerró los ojos ante aquella visión.

—Las yerbas que me dieron los magos me provocan visiones —dijo con voz sonora y temblorosa.

Pero no era capaz de creerlo. Las había visto.

Las Euménides: ¡Las Furias de la leyenda!

Porque la cara que había visto era un rostro de mujer.

Los sonidos parecían aproximarse más, parecían más amenazadores. Simón espoleó al aterrado caballo. Afilados rostros femeninos con serpientes por pelo, manando sangre de unos ojos malignos, las manos como garras, volaban y chillaban alrededor suyo. Era una pesadilla.

Luego, de pronto, se oyó a lo lejos un sordo retumbar, como rumor lejano de oleaje. Y fue acercándose cada vez más, hasta que la noche se abrió a la claridad, una extraña luz dorada que parecía atravesar el negro, partiéndolo en fragmentos. Los seres alados, atrapados en la claridad, giraron vagamente, chillando y gimiendo. Desaparecieron.

La luz se apagó.

Simón siguió cabalgando. Y siguió insistiendo para sí que lo que había presenciado era una alucinación. Algo que provocaba en su cerebro exhausto la poción de los magos.

El resto de la noche estuvo lleno de asquerosos sonidos, de vislumbres de cosas que volaban o se retorcían. Pero, convencido de que soñaba, horrorizado pero aferrándose a la razón y a la

cordura, Simón siguió espoleando su caballo camino de Pela.

Corcel y jinete descansaban sólo unas horas de vez en cuando.

El viaje duró días hasta que, al fin, con los ojos hundidos en las cuencas por el cansancio, demacrado y pálido, embotado el pensamiento, llegó a la capital de Macedonia y buscó al mago en los barrios pobres de casas de adobe de la ciudad.

Masiva, jefe de la orden secreta en Pela, era un nómada alto y apuesto. Recibió cordial a Simón.

—Nos informaron de tu llegada e hicimos todo lo posible, cuando estabas ya lo bastante cerca, por guardarte de los peligros que enviaron contra ti los servidores de Alejandro.

Simón no contestó. Le entregó el pergamino en silencio.

Masiva lo abrió, lo leyó, frunció el ceño.

—Esto no lo sabíamos —dijo—. Olimpia ha enviado ayuda a Alejandro a Babilonia.

El sacerdote no dio ninguna explicación, así que Simón tampoco la pidió.

Masiva cabeceó pensativo.

—No comprendo como un ser humano puede soportar tanto —dijo—. Pero en fin, ella dispone de ayuda que no es humana...

—¿Qué hay de las historias que se cuentan de ella? —preguntó Simón, pensando que al fin podría hallar cierta verdad donde antes no había oído más que rumores y alusiones.

—Los simples hechos relacionados con sus actividades son aquí conocidos de todos —le explicó Masiva—. Una ardiente iniciada en una serie de cultos misteriosos, en todos los cuales se adoran a las fuerzas de las tinieblas. Son los ritos nefandos habituales, las iniciaciones secretas, las fiestas orgiásticas. Tres de las principales, teóricamente, no tienen ninguna relación entre sí, son los cultos de Orfeo, Dionisios y Demeter. Se dice que Alejandro fue concebido en uno de esos ritos. En cierto modo es verdad, pues Olimpia fue elegida por el Señor de las Tinieblas cuando era muchacha y participaba en los ritos de un culto similar.

Simón movió la cabeza impaciente al oír esto.

—Te pedí hechos, no suposiciones.

Masiva pareció sorprendido.

—No me he permitido ninguna suposición, amigo mío. Toda la ciudad vive aterrada por Olimpia y sus amigos y servidores. El mal es tan denso aquí que la gente normal apenas si puede respirar debido a su hedor.

—Bueno —dijo cortante Simón—, espero que la información te sea útil. Yo cumplí mi deber. ¿Puedes recomendarme ahora algún lugar para hospedarme?

—No hay ninguno que sea absolutamente recomendable en esta maldita ciudad. Puedes probar en *La Torre de Cimbria*. Tengo entendido que es buen sitio. Pero no te fíes, duerme con la espada en la mano.

—Lo haría de cualquier modo —dijo Simón sonriendo—. Con Alejandro persiguiéndome y estando aquí en su ciudad natal.

—Eres valiente, tracio... no seas estúpido.

—Por mí no te preocupes, amigo mío.

Simón salió de la casa, volvió a montar en su caballo y se encaminó al barrio de las tabernas, donde acabó localizando *La Torre de Cimbria*.

Estaba a punto de entrar, cuando oyó rumor de gente corriendo en una calleja, a un lado del edificio. Luego gritó una chica. Simón sacó la espada y se lanzó por la calleja y, como se había endurecido tanto con sus espantosas visiones, apenas se fijó en los deformes seres que amenazaban a una asustadísima muchacha; sólo advirtió que iban armados y que eran



evidentemente poderosos. La chica estaba aterrada y al borde del desmayo. Uno de aquellos seres deformes sacó una tosca manaza para sujetarla, pero lanzó un grito de dolor cuando la espada de Simón se clavó en su omoplato.

Los otros se volvieron, empuñaron sus armas. Simón puso a dos fuera de combate antes de que pudieran desenvainarlas. El cuarto le lanzó una estocada, pero torpemente. Murió al instante, con el cuello tajado.

En vez de darle las gracias, la chica contempló aterrada los cadáveres.

—Eres un necio —murmuró.

—¿Un necio? —dijo Simón asombrado.

—Has matado a cuatro servidores de la reina Olímpia. ¿Es que no les reconociste, o no reconociste su uniforme?

—Acabo de llegar a Pela.

—Entonces huye de inmediato... si quieres seguir vivo.

—No sin dejarte en un lugar seguro. De prisa... tengo un caballo esperando en la calle.

La sostuvo con un brazo, aunque ella protestase, y la ayudó a acomodarse en la silla.

Luego se colocó detrás.

—¿Dónde vives?

—Junto a la muralla oeste... pero date prisa, por Hera, pues de lo contrario descubrirán los cadáveres y nos darán caza.

Siguiendo las instrucciones de la muchacha, Simón guió el caballo a la luz difusa del anochecer.

Llegaron a una casa grande y acogedora, rodeada de un jardín de altos muros. Cruzaron la entrada y ella desmontó y cerró. Apareció un viejo a la entrada del patio.

—¿Camila? ¿Qué pasa?

—Ya te explicaré luego, padre. Que los criados lleven el caballo a la cuadra y asegúrate de que todas las puertas están cerradas: los servidores de Olimpia intentaron raptarme. Este hombre me libró de ellos... pero murieron cuatro.

—¿Muertos? ¡Dios mío!

El viejo frunció los labios. Llevaba una toga suelta y tenía un firme y duro rostro de patricio. Era evidente que se trataba de un noble. Su hija no se parecía a él.

Pasaron enseguida a Simón a la casa. Pidieron a los sirvientes que llevaran pan, queso y fruta. Simón comió a satisfacción. Mientras comía, contó lo que quiso divulgar de su historia. Merates, el patricio, escuchaba sin hacer comentarios.

Cuando acabó Simón, Merates no hizo tampoco ningún comentario directo, sino que dijo, medio para sí:

—Si el rey Filipo no hubiese seguido su plan, habría paz y progreso en este mundo asolado por la guerra. Maldigo el nombre de Alejandro... y a la serpiente que lo engendró. Si hubiese quedado Alejandro en manos de su padre como educador, es probable que hubiese sido capaz de llevar a la práctica el gran plan de Filipo. Pero su tortuosa madre introdujo en su mente otras ideas, le volvió contra su padre. Ahora sopla el mal en todos los vientos, sopla en el este y el oeste, y en el sur y en el norte... y los perros de las tinieblas babean y muerden y aullan tras la estela sangrienta de Alejandro.

Camila se estremeció. Había cambiado su ropa de calle por un vestido de seda azul, holgado y diáfano, llevaba su negro y largo pelo suelto y le caía por la espalda y brillaba como vino oscuro.

—Aunque Alejandro esté fuera, en sus conquistas —dijo—, Olimpia aterroriza Pela más que

nunca. Busca a todos los jóvenes que le parecen adecuados para que participen en sus lúgubres rituales. Lleva diez meses o más que intenta que yo me una también, y hoy perdió la paciencia e intentó raptarme. Se enterará de que alguien mató a sus servidores... pero no tiene por qué saber que fuiste tú, Simón.

Simón asintió con un gesto. Le resultaba difícil hablar en presencia de la oscura belleza de aquella muchacha, nada le había embriagado nunca tanto como aquella belleza.

Eran tiempos de tribulaciones. Eran tiempos de grandes hazañas y logros científicos. Tiempos de obscuro mal y desmesurada osadía. Alejandro reflejaba su época. Ordenaba una matanza y acto seguido honraba a una ciudad conquistada por el valor que había desplegado combatiéndole. El soberbio caballo Bucéfalo había llevado a su dueño con su resplandeciente armadura por todo el mundo conocido. El fuego destruía antiguos emporios y civilizaciones, perecían degollados los sabios y se ahogaban los inocentes en la oleada arrasadora de aquellas conquistas. Hizo, sin embargo, que se edificasen nuevas ciudades y que se construyesen bibliotecas. Hubo sabios que le siguieron (él era discípulo de Aristóteles) y constituyó un enigma para todos. Grecia, Persia, Babilonia, Asiría, Egipto, cayeron a sus pies. Cuatro razas poderosas, cuatro antiguas civilizaciones perecieron bajo el yugo de Alejandro. La gente especulaba sobre si sería fuerza de tinieblas o de luz, si destrozaría el mundo o lo uniría en una paz perdurable. Un enigma.

Pero corría ya el año 323 antes de Cristo y Alejandro tenía treinta y dos años y llevaba doce reinando. Pronto habría reinado los trece...

En las oscuras cavernas de la creación, habitando en una multitud de dimensiones, el mal prosperaba, incubando y planeando... crimen.

Las fuerzas de la luz y las de las tinieblas habían combatido durante trece años en el alma y el cuerpo del pobre Alejandro, sin que el orgulloso, grandioso y arrogante conquistador del mundo lo supiera. Pero ya proclamaban las estrellas llegado el momento.

Y Alejandro sufría...

Galopaban jinetes hacia los confines del orbe. Brillantes pendones ondeaban al viento, mientras los ejércitos cruzaban las tierras ribereñas del Mediterráneo. Gemían las naves con el peso de guerreros armados. Corría la sangre como vino y el vino como agua. Se pudrían los cadáveres en las ruinas de fortalezas calcinadas y la tierra se estremecía al paso de Alejandro.

Y ahora cabalgaban mensajeros a los campamentos de sus capitanes, para convocarlos. Era preciso hacerlo. La conquista final debía iniciarse. Pero no sería el triunfo de Alejandro. El triunfo pertenecería a un conquistador más grande. Algunos le llamaban Ariman. Los capitanes de Alejandro montaron enseguida en sus carros y partieron hacia Babilonia. Muchos hubieron de cruzar océanos, continentes.

Los oráculos todos, profetizaban desastre... unos decían que para Alejandro, otros que para el mundo. Jamás, decían, había nublado el mal al mundo tanto como entonces.

Ariman había preparado el mundo por medio de Alejandro. Pronto Las Fuerzas de la Luz serían destruidas definitivamente, y, aunque pudiese llevar varios siglos más concluir su obra, Ariman podría iniciar sus planes de conquista y luego de destrucción.

Disponía de más instrumentos para sus planes.

## **CAPITULO CUATRO**

Simón se retrepó en un banco y acarició los cálidos hombros de Camila.

—¿Acaso no reclaman siempre los héroes legendarios esa recompensa a las doncellas que

salvan? —le preguntó burlón.

Ella le sonrió con afecto.

—No sé si recuerdas que la legendaria Camila nunca quiso nada con los hombres. Tengo el propósito de emularla.

—Una verdadera lástima.

—Quizá para ti, pero no para mí...

Simón simuló suspirar.

—Muy bien —dijo—. Ya veo que tendré que esperar hasta que acabes sucumbiendo a mi indudable encanto.

Sonrió ella de nuevo.

—Llevas una semana aquí y aún no he sucumbido.

—Fue bueno que tu padre me diese el puesto de capitán de su cuerpo de guardia, sobre todo considerando que se arriesga a que le detengan si Olimpia descubre alguna vez que maté a sus sirvientes.

—Merates es un hombre bueno y sabio —dijo seria Camila—. Uno de los pocos que quedan en Pela. Fue íntimo de Filipo, que le admiraba mucho. Pero el hijo de Filipo no quiso saber nada de los consejeros de su padre, así que ahora Merates vive en tranquilo apartamento.

Simón se había enterado ya de que Camila era hija adoptiva de Merates, que había sido engendrada por una esclava peoniana muy amada y querida de sus amos que había muerto siendo ella niña.

Simón sentía un profundo respeto por el anciano noble y aunque resultase peligroso, pensaba quedarse en Pela y quizás establecerse allí. Ya se había enamorado de Camila.

Y, en fin, la cortejaba y si bien ella no le daba razón alguna para que dejara de hacerlo, tampoco le alentaba demasiado, por otra parte. Le consideraba un soldado de fortuna y un aventurero. Quizá quisiese llegar a estar segura de él.

Pero eran tiempos sombríos y Simón, pese a su racionalismo, no podía por menos de advertirlo. Sentía que se arremolinaba la tormenta y estaba inquieto.

Un día que estaba instruyendo a un grupo de esclavos en el arte de usar el escudo, entró Merates precipitadamente en el patio.

—Simón... quiero hablar un momento contigo.

El tracio apoyó la espada en la pared y entró con Merates en la casa.

Y con lágrimas en los ojos Merates le dijo:

—Camila ha desaparecido. Tenía que ir al mercado... es una visita que hace todos los meses para liquidar nuestras cuentas con los mercaderes con quienes comerciamos. Hace cuatro horas que se fue y aún no ha vuelto... nunca suele tardar más de una...

Simón se puso tenso.

—¿Olimpia? ¿Tú crees que...?

Merates asintió.

Simón se volvió, fue rápidamente a su aposento, donde se puso el cinturón de cuero en que llevaba la espada que le habían dado los magos.

Echó una manta sobre la grupa del caballo, salió montado en él del establo agachando la cabeza en el umbral, cruzó el portón de la casa y enfiló las calles de Pela camino del centro.

En el mercado preguntó por ella. Hacía unas dos horas que había salido de allí. Meditó unos instantes y se dirigió luego hacia los barrios pobres de la ciudad, desmontó delante de una puerta y llamó.

Masiva, el negro sacerdote nmida, abrió personalmente. Llevaba ropas de esclavo... era un disfraz.

—Entra, Simón. Es una alegría verte.

—Necesito ayuda, Masiva. Y a cambio, quizá pueda ayudarte en algo.

Masiva le hizo pasar.

—De qué se trata?

—Estoy seguro de que la reina Olimpia ha raptado a Camila, la hija de Merates.

Masiva le mir imperturbable.

—Es posible... Camila tiene fama de ser virgen y de ser muy hermosa. Olimpia busca esas cualidades. Corromper a Camila o la obligará a participar activamente en los ritos... o si no, le har desempeñar un papel pasivo.

—Pasivo? Qu quieres decir?

—La sangre de las vírgenes es necesaria para ciertos hechizos.

Simón se estremeció.

—Puedes ayudarme? Dime dónde puedo encontrarla!

—Esta noche empiezan los Ritos de Coticia. Ahí has de buscarla.

—Dnde se celebran?

—Ven, te trazar un plano. Es muy probable que perezcas en el intento, Simón. Pero te convencers de que lo que te dijimos era cierto.

Simón mir fijamente al negro. Masiva le mir a su vez, imperturbable.

La llamaban Cotis y se la adoraba como a una diosa en Tracia, Macedonia, Atenas y Corinto. Su nombre había estado ligado durante siglos a fiestas licenciosas... pero jamás se le había rendido tanto culto como entonces, en Pela, donde la reina Olimpia danzaba con serpientes en su honor. Aunque sólo era parte de un Poder Maligno mayor, florecía y se desplegaba en las almas atormentadas de sus acólitos y de sus víctimas.

La casa se alzaba aislada en la cima de un cerro.

Simón la identificó gracias a la descripción de Masiva. Era de noche, una noche plateada por la escarcha y la luz de la luna, pero había actividad entre las sombras y había formas de malignos augurios. Simón, el aliento blanco en la oscuridad, siguió subiendo la ladera camino de la casa.

A la puerta le recibí un esclavo.

—Bien venido. Eres Bapte o hereje?

Bapte, según Simón había sabido por Masiva, era el nombre que a sí mismos se daban los adoradores de Cotis.

—Vine a participar en la coticia de esta noche, esa es la verdad —dijo Simón, y liquid al esclavo.

Dentro ya de la casa, alumbrado por una sola lámpara el aceite, Simón localizó la puerta que dio acceso a una negrura fétida. Se inclinó y entró all abajo deslizándose hacia las entrañas del cerro. Las paredes del túnel estaban resbaladizas de pegajoso musgo, el aire era espeso y resultaba difícil respirar. El agudo silbar de la espada al salir de la funda fue muy confortante.

Resbalaba en las piedras cubiertas de musgo del pasadizo, y a medida que se acercaba a su objetivo, el corazón le palpitaba más fuerte y sentía agarrotada la garganta, pues percibía parte de la emoción que había sentido al enfrentarse a la locura de Alejandro.

Oyó entonces un sordo canturreo, mitad gimiente éxtasis, mitad triunfal encantamiento. El sonido aumentó, insinuándose en sus oídos hasta que quedó atrapado un instante en aquel

éxtasis terrible y maligno en que estaban sumidos los participantes. Controló los deseos de huir, los deseos aún más fuertes de unirse a ellos, y siguió avanzando, la espada flameando en el puño. El hierro resultaba al menos confortante, aunque aún se negaba a creer que actuase allí una fuerza sobrenatural.

El mal danzaba alrededor, casi tangible, mientras seguía avanzando. Su temperamento, tan racional y escéptico, era una ventaja. Sin ésta habría sucumbido fácilmente.

El cántico se hinchó en un gran estruendo de goce maligno y en él oyó un nombre que se repetía una y otra vez:

—Cotis. Cotis. Cotis. Cotis.

Medio hipnotizado por el sonido, se acercó tambaleante a una cortina y la corrió.

Lo que vio le hizo retroceder.

La atmósfera estaba muy cargada de humo de incienso. Una luz dorada llameaba en altas velas negras sobre un ara. Del ara se elevaba una columna, y atada a la columna vio a Camila. Parecía desmayada.

Pero no era eso lo que le había repugnado tanto, sino la visión de las cosas que hormigueaban alrededor del ara. No eran ni hombres ni mujeres, eran neutros. Quizá hubiesen sido hombres alguna vez. Eran jóvenes y bien parecidos. Tenían el pelo largo y rostros afilados, huesos prominentes, y en los ojos chispeaba un gozo maligno. A un lado del altar, Simón vio a una anciana desnuda. Su cara correspondía a una mujer de unos sesenta años, pero el cuerpo parecía más joven. Alrededor se entrelazaban grandes serpientes, acariciándola. Ella tarareaba y dirigía el canto. Había muchachas bailando con los neutros, cabrioleando y moviéndose.

—Cotis. Cotis. Cotis.

Las velas chisporroteaban luz y proyectaban saltarinas sombras por las paredes de la cueva. Luego, apareció en la cima de la columna a la que estaba atada Camila, una extraña luminosidad de un naranja dorado que pareció retorcerse y enroscarse al pie mismo de ella.

Otras formas se unieron a los bailarines humanos. Formas retorcidas con grandes cuernos y rostros de animales y patas de cabra.

Simón avanzó hacia la columna esgrimiendo la espada como medio instintivo de protección contra el denso mal que había en la caverna.

— ¡Basta! —acudió a sus labios un nombre y lo gritó—: ¡En el nombre de Ormuz, basta ya!

Una inmensa agitación de risa inhumana llegó de la hirviente claridad de sobre la columna y Simón vio que se perfilaban en ella figuras. Figuras que tenían forma humana y parecían al mismo tiempo ser parte integrante de un inmenso rostro, arrugado e hinchado, la gran boca desdentada abierta y los ojos cerrados.

De pronto se abrieron los ojos y parecieron clavarse en Simón. Las imágenes más pequeñas se retorcían por aquel rostro, que se reía de nuevo. Con bilis en la garganta, la cabeza estallando, Simón enarboló la espada y se abrió paso a través de los cuerpos sudorosos de los adoradores. Estos sonreían malévolamente, pero no intentaban detenerle.

Simón temía el hechizo infernal de aquellos ojos.

—Ormuz es demasiado débil para protegerte, mortal —dijo la boca—. Aquí reina Ariman... que pronto regirá el mundo a través de su instrumento, Alejandro.

Simón siguió su camino hacia la columna, hacia Camila y hacia aquel rostro burlón que había sobre ella.

—Ormuz no te ayudará, mortal. Somos muchos y más fuertes. ¡Mírame! ¿Qué ves?

Simón no contestó. Apretó con más fuerza la empuñadura de su espada y se aproximó más.

—¿Nos ves a todos? ¿Ves a quien los celebrantes llaman Cotis? ¿Ves al maligno?

Simón siguió avanzando tambaleante, recorriendo los últimos pasos que le separaban del ser enroscado que había en la columna. Olimpia echó entonces la cara hacia adelante, las serpientes silbando, chasqueando las bífidas lenguas.

—Cógela, tracio... mi hijo te conoce... cógela y tendremos un sacrificio doble aquí esta noche.

Con su mano libre, Simón empujó los cuerpos escamosos de las culebras e hizo retroceder tambaleándose a la mujer.

Con una parsimonia como de trance, cortó luego las ligaduras que ataban a Camila a la columna. Pero de la columna brotaron muchas manos, manos naranja y oro, que le asieron en un tembloroso pero extasiado abrazo.

Aulló y golpeó aquellas manos que, al contacto con el acero, retrocedieron de nuevo hundiéndose en su centelleante cuerpo original.

Luego sintió Simón por su cuerpo las manos pegajosas de los acólitos. Simón sacó entonces un puñado de yerbas de su ropa, yerbas que le había dado Masiva, y las arrojó en las llamas de las velas. Brotó un humo acre que hizo retroceder a los desnudos celebrantes. La aparición misma pareció desvanecerse levemente, perder luz.

Luego Simón dio un salto, la espada centelleando como plata, y cruzó a través de la cara nebulosa que bufaba y reía alternativamente. La espada golpeó la piedra de la columna. Desesperadamente, echó hacia atrás el brazo para asestar un nuevo golpe, pero no tuvo fuerzas. Se sentía como un hombre viejo y cansado.

— ¡Ormuz! —gritó, mientras golpeaba una vez más.

De nuevo el rostro se burlaba de él; de nuevo las manos doradas brotaron a abrazarle de modo que su cuerpo se estremecía con un gozo terrible, debilitante.

Luego, Simón sintió como si fuese todos sus ancestros y llegó a él la visión de la oscuridad y el caos que habían poseído sus antepasados.

Y este conocimiento, aunque aterrador, contenía un conocimiento superior: la conciencia de que las Fuerzas de las Tinieblas habían sido vencidas en el pasado y podían ser vencidas de nuevo.

Esto le dio fuerzas. Ariman-Cotis comprendió que, de algún modo, Simón había logrado renovada energía y su forma se concentró en sí misma y empezó a bajar por la columna hacia Camila.

Pero Simón asió a Camila, la apartó de la columna y la depositó en el suelo. Luego lanzó las yerbas llameantes en la cara de la aparición.

Un gruñido horroroso inundó el aire. Y por un instante, la cara se desvaneció por completo.

Simón cogió a Camila y cruzó entre la multitud, tajando los cuerpos desnudos con su brillante espada. Manaba la sangre y reaparecían rostros, aullando de risa.

Muchos pequeños rostros se unieron a la fiesta, gorjeando su alegría y apartándose de la entidad mayor para caer sobre la sangre de los heridos.

Simón observó, con cierto alivio, que aquellos seres no podían pasar a través del humo de las yerbas, y por entonces, toda la estancia estaba llena de aquel olor acre.

— ¡Nada puede destruirlo, mortal! —aulló Ariman-Cotis—. ¡Acuchilla a más! ¡Dame más! Podrás escapar ahora, pero muy pronto jugaré con los dos. Los cazadores de mi servidora Olimpia os seguirán por toda la tierra. No podréis escapar. Y cuando seáis nuestros... ambos os convertiréis en mis más dóciles esclavos...

Simón llegó a la entrada de la caverna con la inconsciente Camila en brazos, y corrió por el resbaladizo túnel arriba. Ahora Simón sabía. Ya no podía racionalizar. Había visto demasiado.

Ahora sabía que la razón había abandonado el mundo y que los antiguos dioses habían vuelto para reinar una vez más.

## CAPITULO CINCO

El cuerpo era bastante fuerte. Ariman lo había probado a su satisfacción. Había dado a su instrumento fuerza y vitalidad sobrehumanas y éste lo había utilizado para los que creía sus propios propósitos.

Aunque Alejandro poseía ya escasa personalidad propia, estaba preparado. Pronto, pueblos enteros serían esclavos de Ariman, sus cuerpos todos quedarían sometidos a él. Caerían sobre el mundo unas tinieblas nunca vistas. Ormuz y las potencias de la luz serían vencidas para siempre.

Ariman tenía muchas facetas, muchos nombres. Satán era uno de ellos.

Los capitanes de Alejandro estaban reunidos. Le eran leales, cumplirían sus órdenes: se convertirían en asentes de Ariman e impondrían el infierno en la tierra.

Año 323 antes de Cristo. Época de lúgubres presagios. Encrucijada de la historia.

Alejandro se levantó del lecho. Caminó como un autómeta y llamó a sus esclavos. Le lavaron, le vistieron, le pusieron su armadura dorada.

— ¡Salve, Júpiter Amón! —entonaron cuando salió de la estancia y se encaminó con paso firme a la cámara donde le aguardaban sus generales y consejeros.

Ptolomeo se levantó al entrar Alejandro. Su amo no parecía distinto, y, sin embargo, tenía un aire extraño y remoto.

—Salve, Júpiter Amón —dijo, con una profunda inclinación. Normalmente, se negaba a designar a Alejandro con el nombre del Dios, pero en esta ocasión sentía temor, quizá recordase cómo había matado Alejandro a su íntimo amigo Clito en Bactria.

Anaxarco también se inclinó. Los otros diez hicieron lo mismo.

Alejandro se sentó en el centro de la gran mesa. Las juntas de cuero de la armadura dorada rechinaron cuando se inclinó. Sobre la mesa había comida y mapas. Alejandro se metió un trozo de pan en la boca y desenrolló un mapa, masticando. Los doce hombres esperaban nerviosos a que hablara. Mientras estudiaba el mapa, Alejandro alzó la copa. Ptolomeo la llenó de vino de una botella de bronce de largo cuello. Alejandro bebió el vino de un trago. Ptolomeo volvió a llenar la copa.

Simón y Camila habían huido de Pela. La noche era como tener una capa pegajosa encima y hendían el cielo los relámpagos. La lluvia les daba en la cara y les azotaba. Las gotas eran como pequeñas lanzas.

Camila cabalgaba detrás de Simón, siguiéndole en una fuga aterradora hacia Oriente.

No podían seguir otra dirección y Simón necesitaba encontrar a Abaris el Mago y pedirle ayuda, aunque Alejandro siguiese aún viviendo en Babilonia.

De pronto, oyeron tras ellos a los cazadores de Olimpia, grandes perros aullando, el rumor de los cuernos de caza y gritos salvajes azuzando a los perros. Y aquellos cazadores no eran mortales... Ariman se los había prestado a Olimpia para que ambos pudiesen jugar con los humanos fugitivos.

Camila y Simón captaban vislumbres de sus perseguidores... seres de leyenda. Vastagos de Cerbero, el can de tres cabezas que guardaba las puertas de Hades... perros con cola de serpiente y culebras enroscadas al cuello; grandes cabezas lisas con repugnantes ojos y con dientes inmensos.

Los cazadores cabalgaban en la progenie de Pegaso, caballos alados que se deslizaban sobre el suelo, blancos, maravillosos, rápidos como el viento del norte.

Y sobre los caballos: los cazadores. Los sonrientes espectros de malvados muertos, vomitados del Hades para que actuasen por Ariman. Tras ellos iban las mujeres leopardo, las ménades, las adoradoras de Baco.

Y tras todo esto iba una vociferante multitud de espectros de malvados muertos vomitados del Hades profundidades del infierno. Llevaban dos semanas persiguiendo así a Simón y Camila y éstos tenían plena conciencia de que podrían haberles capturado muchas veces. Ariman (tal como había amenazado) estaba jugando con ellos.

Pero aún así, seguían espoleando sus caballos y por fin llegaron al Bosforo. Alquilaron una embarcación y salieron a mar abierto.

Entonces llegaron a acosarles los nuevos fantasmas. Formas marinas, monstruos rectiliformes, seres de relumbrantes ojos que nadaban justo bajo la superficie y que de vez en cuando posaban manos como zarpas en los costados de su embarcación.

Simón comprendió al fin que todo aquello estaba calculado para atormentarles y enloquecerles, para que cediese a la maligna voluntad de Ariman.

Camila, Simón lo percibía, empezaba ya a vacilar.

Pero él seguía manteniéndose firme en su cordura... y en su objetivo. Quisieran o no los hados, él sabía lo que debía hacer. Había asumido una misión. Se negaba a atender lo que no fuese eso... y su fuerza ayudaba a Camila.

Pronto el maligno comprendería; Simón estaba convencido de que no podía quebrantar su espíritu y entonces estarían sentenciados, porque Ariman tenía poder para destruirle. Rezó a Ormuz, en el que ahora creía con un fervor nacido de su profunda necesidad de algo a lo que poder aferrarse, y rezó por poder disponer de un poco más de tiempo... tiempo para llegar a Babilonia y hacer aquello que se había propuesto.

Cabalaron sobre las llanuras desoladas del Asia Menor y todas las noches de su viaje aullaron tras ellos los fieros cazadores. Hasta que Simón pudo al fin volverse de cuando en cuando y reírse de ellos, insultándoles con palabras que eran delirios casi demenciales.

Tenía poco tiempo y lo sabía.

Una noche, mientras grandes nubes cruzaban el cielo, se perdieron.

Simón había planeado seguir el Eufrates en cuyas riberas se hallaba Babilonia, pero en la confusión de la ululante noche perdió el rumbo y no vieron el río hasta la mañana siguiente. Cabalaron hacia él aliviados. Los días les pertenecían; a la luz del sol no salían los fantasmas a atormentarlos. Simón supo, con un sentimiento de emoción, que pronto estarían en Babilonia con Abaris y los magos que les ayudarían contra las hordas de Ariman.

Cabalaron todo el día, siguiendo el reseco lecho del río, agostado por el calor del abrasador sol: Simón calculaba que al oscurecer estarían ya en los arrabales de Babilonia. Y menos mal, porque sus caballos eran ya flacos esqueletos que resbalaban vacilantes por el lecho del río y Camila se tambaleaba, pálida y débil en su montura.

El sol empezó a hundirse lívido ya en el horizonte, y mientras espoleaban a los agotados caballos, llegó a sus oídos el lejano ulular de las ménades, los alucinantes aullidos de la prole de Cerbero. La pesadilla de las noches empezaría muy pronto otra vez.

—Quiera Ormuz que lleguemos a tiempo a la ciudad —dijo cansinamente Simón.

—Otra noche así y pierdo la razón —contestó Camila.

Los gritos desgarradores e inhumanos de las bacantes aumentaban, y, volviéndose en la silla, Simón vio tras sí las confusas formas de sus perseguidores, formas que iban haciéndose más nítidas a medida que la oscuridad aumentaba.

Doblaron un recodo del río y ante ellos se perfiló la forma de una ciudad.

Pero luego, al aproximarse, las esperanzas de Simón se desvanecieron bruscamente.



¡Aquellas ruinas desoladas, aquel inmenso lugar desierto, no era Babilonia! ¡Aquella ciudad muerta era un lugar donde un hombre podía morir, también!

Los ejércitos de Alejandro estaban agrupándose ya. Y se agrupaban sin saberlo ellos, no para una conquista material sino para una conquista mucho mayor: para destruir el poder de la Luz y asentar el reino perdurable de los poderes de las Tinieblas.

Se agrupaban grandes ejércitos, todo metal y cuero y carne disciplinada.

Año 323 antes de Cristo, un hombre enfermo, cuya vitalidad manaba de una fuente sobrenatural, un poseso, regía el mundo conocido, controlaba a sus habitantes, daba órdenes a sus soldados.

Alejandro de Macedonia. Alejandro Magno. Hijo de Zeus, Júpiter Amón. El había unido el mundo bajo un solo rey: él mismo. Y unido, caería...

En Babilonia, la ciudad más antigua del mundo antiguo, Alejandro daba órdenes a sus capitanes. Babilonia abarcaba 144 millas cuadradas, flanqueando por ambos lados el gran río Eufrates, rodeada de muros de ladrillo, cerrada por grandes puertas de bronce. Dominaba la ciudad el Templo de Baal, que consistía en ocho plantas cuya anchura iba disminuyendo gradualmente. Se subía a él por unas escaleras que ascendían en espiral por la parte exterior del edificio. Instalado en la cima de la última torre, Alejandro contemplaba la poderosa ciudad que había elegido como base de sus operaciones militares. Desde allí, podía ver los fabulosos jardines colgantes contruidos por Nabucodonosor, sobre terrazas alzadas una sobre otra por medio de arcos. Las calles de la ciudad tenían un trazado geométrico, se cortaban todas en ángulos rectos.

Babilonia, cuya progenie abarcaba ya siglos, que había producido científicos, sabios, artistas, grandes reyes y grandes sacerdotes, magníficos guerreros y poderosos conquistadores; Babilonia, cuyos dueños, los caldeos, adoraban a los cuerpos celestes y se guiaban por ellos para hacer sus leyes.

Babilonia, ciudad de grandes secretos y de iluminación. Babilonia, que sería abatida por la plaga considerada más terrible y malévola de la historia del mundo. Las fuerzas de la luz estaban todas dispersas, las conquistas de Alejandro las habían quebrantado, y el mismísimo Alejandro se había convertido en foco de las fuerzas del mal. El mundo se hundiría muy pronto en las tinieblas.

Los hijos de la luz luchaban desesperadamente por dar un medio de contenerlo, pero estaban debilitados, eran sólo un puñado de forajidos. Pequeños grupos, el principal formado por los magos de Persia, intentaban seguir luchando contra él... pero era casi inútil. Lentos, firmes, implacables, el malvado Ariman y sus servidores ganaban terreno.

Y Simón de Bizancio no había logrado llegar a Babilonia para ponerse en contacto con los magos.

Simón y Camila jamás habían visto una ciudad tan grande. Las murallas en ruinas abarcaban una extensión fantástica... donde aún seguían intactas, podían cruzarse tres carros en su cima y tenían una altura de más de treinta metros. Se alzaban por todas partes centenares de torres destrozadas, y su altura era doble que la de la muralla.

Pero el viento gemía en las torres y grandes buhos de ojos inmensos y terribles, que parecían los únicos habitantes de la ciudad, ululaban y volaban alrededor de ellas.

Camila tendió su mano hasta encontrar la de Simón. El se la estrechó para tranquilizarla, para transmitirle una tranquilidad que él mismo no sentía.

Aún se oían, detrás, los cazadores. Agotados, no podían seguir ya y sus cerebros exhaustos les decían que allí, entre las ruinas, no encontrarían refugio.

El lento repiqueteo de los cascos de sus cabalgaduras renonaba en la ciudad vacía, mientras seguían una ancha avenida llena de matorrales entre las sombras de los desmoronados edificios. Simón ya se había dado cuenta de que la ciudad había sido destruida por el fuego. Pero hacía frío allí, un frío estremecedor bajo la luz de aquella luna inmensa que colgaba en el cielo como un fatal presagio. Los gritos de los cazadores se unieron al ulular de los buhos, una horrenda sinfonía de música lúgubre y aterradora.

Pero ya no podían correr más delante de sus perseguidores. Debían esperar... a que les capturasen.

Luego, de pronto, Simón vio que se perfilaba ante ellos una forma oscura iluminada por la luna. Sacó la espada y detuvo al caballo. Estaba demasiado cansado para atacar, esperó que aquel ser se aproximase.

Pero cuando estuvo más cerca, echó hacia atrás la capucha que ocultaba su rostro y Simón lanzó un suspiro de alivio y de asombro.

— ¡Abaris! ¡Iba a buscarte a Babilonia! ¿Qué haces aquí?

—Te esperaba, Simón.

El sacerdote sonrió cordial y afable. También él parecía muy cansado. Su rostro alargado estaba muy pálido y se marcaban profundas arrugas bordeando su boca.

—¿Esperándome? ¿Cómo podías saber que iba a perderme e iba a acabar aquí?

—Los hados ordenaron que así fuese. No me preguntes más.

—¿Dónde estamos?

—En las ruinas de la olvidada Nínive. Fue una gran ciudad en otros tiempos, mayor que Babilonia, casi tan poderosa. Los medos y los babilonios la asolaron hace trescientos años.

—Nínive —murmuró Camila—. Hay leyendas sobre ella.

—Olvida las que hayas oído y recuerdo esto: aquí estaréis seguros, pero no por mucho tiempo. Los restos de los seguidores de Ormuz se refugiaron aquí y están aquí agrupados... pero no tienen fuerza suficiente para resistir mucho a los terribles servidores de Ariman.

—Ahora comprendo qué pasó —dijo Simón—. Seguimos la ribera del Tigris en vez de la del Eufrates.

—Así es.

Tras ellos, más cerca cada vez, llegaban los terribles aullidos. Abaris hizo señas de que le siguieran.

Les llevó por una oscura calle lateral y luego por un laberinto de callejas llenas de escombros, matorrales y fango. Se detuvo ante una casita de dos plantas que aún estaba prácticamente intacta, corrió un cerrojo, les indicó que entrasen. Entraron a caballo. La casa era mucho más grande de lo que parecía y Simón supuso que la componían varias. Había unas doscientas personas en una gran estancia detrás de la casa por la que habían entrado. Estaban sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, en posturas que indicaban extremo cansancio. Muchos de ellos eran sacerdotes. Simón identificó varios cultos.

Había caldeos, la casta rectora de Babilonia, orgullosos y arrogantes, sacerdotes egipcios de Osiris, un rabino hebreo. A otros, Simón no les identificaba y Abaris cuchicheó respuestas a sus preguntas. Había brahmanes de la India, pitagóricos de Samos y Crotona de Truria, parsis de los desiertos de Kerman y del Indostán, druidas del lejano norte, de las islas sombrías del límite del mundo. Sacerdotes ciegos de los cimerios, que, según la historia, eran los antepasados de

los tracios y de los macedonios.

Alejandro había destruido sus templos, los había dispersado. Sólo en el lejano norte y en el lejano oriente seguían organizados los sacerdotes de la luz y habían enviado representantes a Nínive para ayudar a sus hermanos.

La cólera de Alejandro se había centrado sobre todo en los seguidores de Zoroastro, los magos persas y caldeos, la más fuerte de las sectas que adoraban a las fuerzas de la luz y la justicia.

Allí estaban todos, hombres cansados, agotados por un combate que no exigía armas materiales pero que sorbía su vitalidad mientras pugnaba por mantener a raya a Ariman.

Abaris presentó a Simón y a Camila a los reunidos, y parecía saber la mayor parte de su historia, cómo habían estado presentes en la Coticia, cómo habían huido de Pela y acosados por las hordas infernales, cruzado el Bosforo y llegado, al fin, a la destruida Nínive.

Afuera, las calles de Nínive estaban henchidas de una muchedumbre repugnante, bestias extrañas de todo género, ánimas en pena y malévolos moradores del infierno. Perros de tres cabezas y colas de serpiente, caballos alados, quimeras, basiliscos, esfinges, centauros y grifos, salamandras que vomitaban fuego. Todos vagaban por las calles en ruinas, persiguiendo la presa de Ariman. Pero había un sector al que no podían pasar, una zona que desprendía emanaciones que significaban muerte para ellos, así que la evitaban.

Simón y Camila estaban seguros de momento. Pero sólo era una tregua, pues mientras estaban en Nínive, a salvo de las fuerzas del mal, Alejandro paseaba por las torres doradas de Babilonia y preparaba el mundo para la conquista final.

## **CAPITULO SEIS**

—Alejandro mató a tu amigo Hano, el fenicio, hace una semana —dijo Abaris a Simón.

—¡Ojalá las arpías le saquen los ojos! —gritó Simón.

—No evoques a las arpías —dijo Camila—. Ya tenemos bastantes enemigos que combatir.

Con una leve sonrisa, Abaris indicó una mesita que había en un rincón.

—Será mejor que comáis algo. Debéis estar muy cansados.

La pareja se puso a comer agradecida, y a beber el especiado vino de los magos, vino que proporcionaba un vigor sobrenatural. Mientras comían, Abaris dijo:

—Ariman habita ya constantemente el cuerpo de Alejandro. Se propone realizar su última campaña, por el norte y el este, para someter a las tribus bárbaras de las Calías y de la Isla de las sombras, aplastar a los reyes indios y regir luego el mundo entero. Y parece que va a lograr hacerlo por mediación de su instrumento, de Alejandro... el mundo entero obedece ya los caprichos de Alejandro; él es quien manda a los soldados y a una muchedumbre de reyes y príncipes tributarios. Será muy fácil...

—Pero hay que impedirlo —dijo Simón—. ¿No tenéis ningún medio de impedirlo?

—Llevamos meses intentando combatir a las fuerzas del mal sin éxito. Casi hemos renunciado ya y esperamos el advenimiento de las tinieblas.

—Creo que sé lo que se puede hacer —dijo Simón—, y será un método más limpio que el que hayáis podido utilizar cualquiera de vosotros. Con vuestra ayuda, debo llegar a Babilonia... y con vuestra ayuda haré lo que debo.

—Muy bien, amigo mío —dijo Abaris—. Dime qué necesitas.

Sonaban timbales y trompetas de bronce. Levantaban polvo por el aire ardiente los pies de los soldados de Alejandro. Ásperas voces de oficiales gritaban órdenes y los capitanes cabalgaban con militar empaque al frente de sus tropas. Las cimeras de pelo teñido de caballo se balanceaban resplandecientes bajo el sol, piafaban los caballos con sus jaeces y arreos rojos, azules y amarillos, brillaban las armaduras de bronce como oro y repiqueteaban los escudos al chocar con las jabalinas, se alzaban las lanzas como trigo sobre las cabezas de los soldados, las puntas cegadoras y relampagueantes.

Los toscos guerreros avanzaban en ordenadas filas: hombres de Macedonia, de Tracia, de Grecia, de Bactria, de Babilonia y Persia, asirios, árabes, egipcios, hebreos.

Millones de soldados. Millones de almas preparadas para la destrucción y la matanza.

Y al mando, un hombre: Alejandro Magno. Alejandro con su yelmo de oro en forma de halcón, erguido sobre las escaleras del templo de Baal de Babilonia, preparaba a sus huestes para la conquista final. Alejandro, con el atavío de un monarca persa, regidor absoluto del mundo civilizado. En su mano derecha una espada resplandeciente, en la izquierda el cetro del legislador. En su cuerpo, poseyéndolo, fluyendo a través de él, dominándolo: el tenebroso mal; Arimán, Señor de las Tinieblas, dispuesto a cometer el crimen total: la destrucción de la justicia, el advenimiento del milenio tenebroso.

Los ejércitos acampaban alrededor de Babilonia, y a Simón le resultó fácil entrar en la ciudad, pues llegaban muchos mercenarios a alistarse bajo la bandera de Alejandro.

El tracio iba envuelto en lo que parecía una sencilla capa negra de soldado, pero dentro, forrándola, había un material más rico marcado con curiosos símbolos; la Capa de los Magos servía para proteger del mal y para mantener a Simón, de momento, a salvo de las atenciones de Arimán.

Aquel día permaneció en la plaza que rodeaba el templo de Baal y oyó hablar a Arimán a través de Alejandro. Corría peligro haciendo esto, lo sabía, pero tenía que ver de nuevo al hombre.

Alejandro hablaba al populacho:

—Pueblo de Babilonia, soldados míos, mañana se iniciarán nuestras últimas conquistas. Pronto no habrá palmo de suelo ni gota del océano independiente de nosotros; yo, Júpiter Amón, he venido a la tierra a limpiarla de herejes, a destruir a los incrédulos y a traer al mundo una era nueva. Los que murmuren contra mí, perecerán. Los que se me opongan, sufrirán tortura, desearán la muerte. Los que obstaculicen mis planes... esos no morirán, sino que serán enviados vivos al Hades. Los ejércitos están ya organizados. Controlamos ya la mayor parte de mundo, sólo quedan algunos sectores al norte y algunos al este. Dentro de unos meses también serán nuestros. Adórame, pueblo, pues Zeus, nacido de una mujer llamada Olimpia, ha vuelto del Olimpo, padre del hijo, hijo y padre unificados. ¡Soy Júpiter Amón y mi voluntad es divina!

El pueblo gritaba entusiasmado ante estas palabras y todos se inclinaron ante el dios-hombre que tan orgulloso se erguía sobre ellos.

Sólo Simón siguió de pie, la capa astrosa y polvorienta, delgado, los ojos brillantes. Miraba a Alejandro, que le vio casi de inmediato, abrió la boca para ordenar la destrucción del incrédulo y luego volvió a cerrarla.

Durante un largo instante, los dos hombres se miraron fijamente a los ojos: uno representaba el mal absoluto, el otro las Fuerzas de la Luz.

En aquella gran ciudad enmudecida, nada parecía agitarse y el aire sólo arrastraba leves rumores de los preparativos militares que tenían lugar pasadas las murallas.

Se produjo una extraña comunicación entre ellos. Simón tenía la sensación de estar asomándose a los Abismos del Infierno y percibía sin embargo algo más que acechaba en aquellos ojos: algo más limpio, sumergido hacía mucho, borracho casi.

Luego se puso en movimiento, subió corriendo las escaleras que ascendían en espiral alrededor del templo.

Siguió subiendo, veinte, cincuenta, cien escalones y aún no llegaba hasta Alejandro, que seguía allí erguido como una estatua, esperándole.

El emperador-dios se volvió al fin cuando Simón llegó a la sección más alta. Como si Simón no estuviese allí, retrocedió por las columnas en sombras con paso seguro y entró en el edificio. Fue allí donde Simón se vio con él frente a frente.

La luz del sol penetraba a través de las columnas y una red de sombra y luz entrecruzaba el lugar. Alejandro estaba sentado ahora en un inmenso trono dorado, el mentón apoyado en una mano, la espalda inclinada, como si meditase. Las escaleras conducían hasta el estrado en el que estaba el trono. Simón se detuvo en el primer escalón y contempló al conquistador del mundo.

Alejandro se irguió en su trono y unió las manos ante sí. Sonrió lentamente, una sonrisa irónica al principio, que se crispó en una mueca de malicia y odio.

—Hay en Menfis un toro sagrado —dijo lentamente Alejandro— llamado Apis. Es un oráculo. Hace siete años fui a Menfis a oír al toro sagrado para asegurarme de si tenía o no de verdad poderes proféticos. Cuando me vio, recitó un verso. Eso fue hace siete años, y no lo he olvidado.

Simón se envolvió aún más en la Capa de los Magos.

—¿Qué decía ese verso? —preguntó en un tenso semisusurro.

Alejandro cabeceó y dijo:

—No lo entendí hasta hace poco. Decía:

*La Ciudad que tu padre perdió caerá en tus manos,*

*La Ciudad que engendra necios empuñará una espada.*

*La Ciudad que tu padre perdió será su hogar.*

*La Ciudad que convertiste en tu hogar sentirá su filo.*

Simón caviló un momento y asintió luego, comprendiendo.

—Bizancio, Abdera, Bizancio... Babilonia —dijo.

—¿Tiene buen filo esa espada tuya? —preguntó Alejandro, y cambió de forma.

Una deslumbrante niebla dorado-anaranjada brotó de pronto y se elevó, y una figura negra y escarlata se perfiló en el centro. Se parecía vagamente a Alejandro, pero era el doble de alto, el doble de ancho y sostenía un báculo con extrañas figuras talladas en la mano.

—¡Bien! —gritó Simón—. Al fin muestras tu verdadera forma. ¡Llevas el Cetro de Ariman, ya lo veo!

—Así es, mortal, sólo Ariman puede sustentarlo.

De debajo de la Capa de los Magos, sacó Simón una jabalina corta y un pequeño escudo de unos veinte centímetros de diámetro. Situó el escudo ante su cara y a través de él pudo ver formas inquietantes y extrañas allí donde se erguía la forma de Ariman. Estaba viendo la verdadera forma de Ariman, no el cuerpo alterado y metamorfoseado de Alejandro.

Echó hacia atrás el brazo y lanzó la jabalina hacia un punto concreto de aquella intrincada forma sobrenatural.

Y brotó de la figura un gruñido ultraterreno. Ariman alzó los brazos y relampagueó el cetro y lanzó un rayo, una centella negra y cegadora contra Simón, que alzó de nuevo el escudo y la rechazó, aunque se vio lanzado hacia atrás y fue a dar de espaldas contra una lejana columna. Se puso en pie de un salto, sacó la espada, y vio que, tal como Abaris le había dicho, Alejandro había recuperado su forma habitual.

El rey-dios se tambaleaba ceñudo. Se volvió y vio a Simón allí de pie, con la espada en la mano.

—¿Qué es esto? —dijo.

—¡Disponte a luchar conmigo, Alejandro! —gritó Simón.

—¿Pero por qué?

—Nunca sabrás el por qué.

Simón saltó hacia él.

Alejandro sacó su hermosa espada, un arma delicada pero de firme temple, hecha de un luminoso metal caído de las estrellas; la empuñadura era de ónix negro.

Repiqueteó el hierro con tono musical, tan finas eran las dos hojas. Fintaron los dos hombres, pararon, lanzaron estocadas a la manera griega, utilizando las puntas de las espadas en vez de los filos.

Alejandro se adelantó ágilmente, agarró a Simón por la muñeca y echó hacia atrás su espada, luego lanzó la suya, pero Simón esquivó justo a tiempo y la espada sólo le rozó el muslo. Alejandro lanzó una maldición muy humana y sonrió a Simón al viejo estilo.

—Eres rápido, amigo.

A Simón le desagradó esto. Resultaba más duro combatir a un guerrero tan cordial y animoso, mucho más que al Alejandro de antes. Casi era injusto... tenía que hacerlo, sin embargo.

Entrando y saliendo de la red de luz y sombra, los dos hombres bailaban, se deslizaban, se aproximaban, las espadas relampagueando, y la música de su choque retumbaba en el templo de Baal.

Luego entraron corriendo soldados de Alejandro, pero éste les gritó:

—Atrás... no sé por qué me atacó este hombre, pero jamás combatí con un espadachín tan excelente y no quiero perder esta ocasión. Si gana él, dejadle libre.

Los guardias retrocedieron desconcertados.

La lucha continuó durante dos horas, siempre igualada. Llegó la oscuridad, la luz del crepúsculo invadió el templo con sus rayos de un rojo ensangrentado. Como divinidades arquetípicas, ellos seguían luchando, parando, fintando, empleando todas las tácticas que dominaban.

Luego, Alejandro, cuya anterior enfermedad le había debilitado, tropezó, y Simón vio su oportunidad, se detuvo, cavilando qué hacer. De repente se lanzó sobre su adversario y le asestó en el pecho un terrible golpe.

—¡Vete... con Caronte! —gritó.

Alejandro retrocedió hasta derrumbarse con estruendo sobre los escalones del estrado del trono. Los soldados que presenciaban la lucha se lanzaron de nuevo hacia ellos, pero Alejandro les contuvo con un gesto.

—No contéis a nadie como fue mi fin —balbució—. He unido el mundo... Dejadlo unido, confiado en que un... un... dios creó, creó esa unidad. Quizás eso sirva para asegurar la paz...

Despedidos, los guardias volvieron a bajar perplejos las escaleras del templo y Simón y el

agonizante Alejandro quedaron allí solos en la penumbra, mientras se alzaba el viento y arrojaba un aliento gélido entre las silenciosas columnas.

—Ahora te recuerdo —dijo Alejandro, que empezaba a sangrar ya por la boca—. Tú eres el tracio. ¿Qué pasó?... recuerdo que hablé contigo, y luego el resto está nublado de tinieblas y caos... ¿qué pasó luego?

Simón movió la cabeza y dijo:

—Lámalo locura. Una locura que cayó sobre ti.

En las sombras, detrás del trono, vio que empezaba a formarse una niebla negra. Rápidamente gritó:

—¡Abaris! ¡Deprisa!

Entonces apareció el sacerdote. Había subido sigilosamente las escaleras y se había quedado detrás de una columna. Le seguían otros. Les hizo señas de que se acercaran. Iniciaron un extraño y hermoso cántico, avanzando hacia la forma nebulosa de detrás del trono, haciendo extraños pases en el aire.

Tras ellos, apareció Camila, que quedó perfilada en un hueco entre dos columnas; el viento agitaba su pelo.

Alejandro asió el brazo de Simón.

—Recuerdo una profecía... una profecía del Oráculo de Menfis. ¿Cómo era?

Simón citó el oráculo.

—Sí —balbució Alejandro—. Entonces, tú eres la espada que empuñó la ciudad de los necios, Abdera...

—¿Qué hemos de recordar de ti, Alejandro? —preguntó quedamente Simón. Parecía haber una gran commoción detrás del trono, envuelto ahora en el cántico de los Magos. Alejandro alzó la vista. Los sacerdotes parecían esforzarse por mantener a raya a una horrible fuerza que aunque gemía y lloraba ante ellos era aún muy poderosa.

—¿Recordar? ¿Acaso no me recordará siempre el mundo? Mi sueño fue unirlo y darle paz. Pero una pesadilla interrumpió ese sueño, creo...

—El sueño de tu padre y el tuyo —dijo Simón.

—Mi padre... yo le odiaba... sin embargo fue un rey bueno y sabio, y me educó con un objetivo. Aristóteles fue mi maestro, como sabes. Pero tuve otro. Mi madre Olimpia me enseñó cosas extrañas que ya no puedo recordar.

—Esperemos que nadie vuelva nunca a conocerlas —murmuró Simón.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar Alejandro. Luego cerró los ojos—. ¿Qué hice?

—Nada hiciste que no fuese para bien del mundo —le dijo Simón.

Alejandro había muerto.

—Pero —añadió quedamente el tracio mientras el emperador aflojaba la mano y su brazo inerte caía sobre el escalón de mármol— lo que te poseía causó grandes males. No pudiste evitarlo. Naciste para morir...

Luego, se incorporó y llamó:

—Abaris, Abaris... ha muerto.

Cesaron los cánticos. La forma negra aún planeaba allí; venas naranja y oro, negras y escarlata, palpitaban en ella como vasos sanguíneos. Simón y los sacerdotes retrocedieron.

La forma se lanzó hacia el cadáver de Alejandro, se abatió sobre él. El cadáver se estremeció espasmódicamente, pero luego volvió a quedar inmóvil. Y un rostro, el rostro que Simón había

visto en los ritos de Cotis en Pela, apareció nítido un instante.

—¡Habrán otros, no temáis! —dijo Ariman, y se desvaneció.

Abaris se acercó al cadáver de Alejandro e hizo un pase magnético sobre la herida. Cuando Simón miró, vio que no había rastro ya de ella; ni cicatriz siquiera.

—Diremos que murió de una fiebre —dijo suavemente Abaris—. Todo el mundo sabía que estaba enfermo. Nos creerán... Dejaremos que sean los caldeos quienes hablen al pueblo, pues rigieron durante mucho tiempo la ciudad antes de que llegase aquí Alejandro.

—Sabía que un limpio acero pondría fin a este asunto —dijo Simón.

Abaris le miró con una sonrisa levemente cínica.

—Si nuestra magia no hubiese expulsado a Ariman del cuerpo de Alejandro durante el tiempo que tú necesitabas, jamás se habría logrado.

—Supongo que es cierto lo que dices.

—No había otra solución —continuó Abaris—. Ariman actúa a través de muchas personas, pero necesita un instrumento humano único para llevar a cabo su Gran Plan. Nacieron varios en el pasado. Y nacerán más en el futuro. Conquistadores fanáticos dispuestos a dominar el mundo. Hombres de vitalidad sobrehumana, con energía suficiente para dominar grandes masas de individuos y empujarles a hacer la voluntad de uno solo. Sí, Ariman, sea cual sea el nombre que tome, volverá a intentarlo, eso es seguro.

—Entretanto —dijo Simón mientras Camila se le acercaba—, hemos logrado detener a Ariman esta vez.

—¿Quién sabe? —dijo Abaris—: La historia mostrará si lo hicimos a tiempo o no.

—No estoy seguro —dijo Simón muy serio— de lo que en realidad era Alejandro. Pudo haber sido una fuerza benéfica o maléfica. Fue ambas cosas al principio. Pero el mal se impuso al fin. ¿Obré bien matándole? ¿No se habrían alterado las fuerzas dentro de él, de modo que el bien pudiese haber seguido con su plan de unir al mundo en paz?

—Quizá fuese posible —dijo pensativo el sacerdote—. Pero los hombres ponemos límites a nuestros propósitos... así es más fácil. Quizá con el tiempo no nos quedemos cortos, sino que aprendamos a elegir los senderos más duros y logremos así resultados más positivos. Tal como están las cosas, procuramos únicamente lograr un equilibrio. Quizás un día se realice el sueño de Alejandro y se una el mundo. Ojalá sea una unidad inspirada por Ormuz. Entonces, quizá sea posible construir.

Suspiró Simón ya más tranquilo.

—Entretanto, tal como dices, procuramos únicamente mantener el equilibrio. Reza a Ormuz, sacerdote, y reza para que los hombres dejen un día de necesitar a sus dioses.

—Ese día puede llegar y si no me equivoco, los propios dioses lo agradecerán.

Abaris se inclinó y dejó a Simón y a Camila mirándose. Siguieron haciéndolo largo rato, hasta que se abrazaron.



# HE AQUÍ EL HOMBRE

*No tiene ningún poder material como el que poseían los emperadores-dioses; no tiene más seguidores que los pescadores y los habitantes del desierto. Ellos le dicen que es dios. El les cree. Los seguidores de Alejandro decían: "Es imbatible, por tanto es dios". Los seguidores de este hombre no piensan nada; él fue su acto de creación espontánea; ahora les dirige, este nazareno loco llamado Jesús de Nazaret.*

*Y hablaba y les decía: Sí, verdaderamente yo era Karl Glogauer y ahora soy Jesús el Mesías, el Cristo.*

*Y era así.*

## CAPITULO UNO

La máquina del tiempo era una esfera llena de líquido lechoso en la que flotaba el viajero encerrado en un traje de goma, respirando a través de una máscara ligada a un tubo conectado con la pared de la máquina. La esfera se rompió al aterrizar y el fluido se derramó por el polvo y lo absorbió la tierra. Instintivamente, Glogauer se hizo una bola al descender el nivel del líquido y se hundió hasta el plástico flexible del forro interno de la esfera. Los extraños instrumentos criptográficos quedaron quietos y silenciosos. La esfera se movió y rodó cuando lo que quedaba del líquido se derramó por el gran corte de su costado.

Glogauer abrió un instante los ojos y volvió a cerrarlos. Luego abrió la boca en una especie de bostezo y su lengua se agitó y lanzó un gruñido que se convirtió en ululación.

Se oyó a sí mismo. Hablaba en Lenguas. Sí, eso era, pensó. El lenguaje del inconsciente. Pero no podía adivinar lo que estaba diciendo.

Se le quedó el cuerpo inerte y como dormido, se estremeció. Su viaje por el tiempo no había sido fácil y ni siquiera el espeso fluido le había protegido por completo, aunque era indudable que le había salvado la vida. Debía tener algunas costillas rotas, sin duda. Estiró los brazos y las piernas laboriosamente y se arrastró por el plástico resbaladizo hacia la abertura de la máquina. Vio la fuerte claridad del sol, vio un cielo como acero relumbrante. Logró arrastrarse y auparse por la cintura hasta la abertura y luego cerró años después de que su padre llegase a Inglaterra, de animado también. Ahora lloraba.

Navidad, 1949. Tenía nueve años. Había nacido dos años después de que su padre llegase a Inglaterra, de Australia.

Los otros niños gritaban y reían en la grava del parque. El juego había empezado con bastante entusiasmo y Karl, algo nervioso, se había unido a él muy animado también. Ahora lloraba.

—¡Bajadme de aquí! ¡Basta, Mervyn, por favor!

Le habían atado con los brazos abiertos a la valla de alambre del parque. La valla se inclinaba por su peso y uno de los postes amenazaba con soltarse. Mervyn Williams, el muchacho que había propuesto el juego, empezó a mover el poste de modo que Karl se vio lanzado violentamente adelante y atrás, fijado a la alambrada, alambrada.

Se daba cuenta de que sus gritos no hacían más que estimularle, así que apretó los dientes y permaneció callado.

Luego, quedó inerte, fingiendo un desmayo; las cuerdas con que le habían atado se le

clavaban en las muñecas. Percibió que las voces de los otros niños cesaban.

—¿Le pasará algo? —susurraba Molly Turner.

—Hace comedia —contestó Williams, no muy seguro.

Sintió que le desataban, sintió dedos hurgando en los nudos. Se dejó caer deliberadamente, cayó de rodillas, rozándose en la grava; luego se desplomó de bruces en el suelo.

Oyó, remotas, sus voces preocupadas. Hasta él mismo se había convencido de su propia comedia.

Williams le zarandó.

—Despierta, Karl. Basta ya de comedia.

Siguió donde estaba, perdiendo el sentido del tiempo hasta que oyó la voz del señor Matson por encima de la algarabía general.

—¿Qué demonios estabais haciendo, Williams?

—Era un juego, señor, jugábamos a Jesús. Karl era Jesús. Le atamos a la valla. Fue idea suya, señor. No era más que un juego, señor.

Aunque tenía el cuerpo agarrotado, Karl logró mantenerse inmóvil, respirando muy despacio.

—No es un chico fuerte como tú, Williams, deberías haber tenido más cuidado.

—Lo siento, señor. Lo siento de veras.

Parecía que Williams estaba llorando.

Karl se sentía henchido, rebosante de triunfo...

Se lo llevaban. Le dolían tanto la cabeza y el costado que se sentía enfermo. No había tenido oportunidad de descubrir exactamente a donde le había llevado la máquina del tiempo, pero al volver la cabeza, pudo ver por el atuendo del hombre que iba a su derecha que estaba al fin en el Oriente Medio.

Se había propuesto desembarcar en el año 39 d. C., en el desierto, fuera de Jerusalén, cerca de Belén. ¿Le conducirían ahora a Jerusalén?

Iba en unas parihuelas, hechas, al parecer, con pieles de animal, lo cual indicaba que debía estar sin duda en el pasado. Dos hombres llevaban sostenidas las parihuelas en los hombros. Otros caminaban a ambos lados. Olía a sudor y a grasa animal y a un aroma mohoso que no podía identificar. Se dirigían hacia una sucesión de colinas que se perfilaban a lo lejos.

Pestañeó al inclinarse las parihuelas y el dolor del costado aumentó. Se desmayó otra vez.

Despertó unos instantes y oyó voces. Hablaban lo que sin duda era una forma de arameo. Parecía haber anochecido, pues la oscuridad era total. No caminaban ya. Notó paja debajo. Se sintió aliviado. Se durmió.

*En aquellos días se presentó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea. Decía: Haced penitencia porque el reino de los cielos está cerca. Este es aquél de quien se dijo por el profeta Isaías: Voz que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Y ese Juan traía ropa de pelo de camello y ceñidor de cuero a la cintura; y se alimentaba de langostas y de miel silvestre, iban, pues, a verle, las gentes de Jerusalén y de toda Judea y de toda la ribera del Jordán. Y él les bautizaba y confesaban sus pecados.*

(Mateo 3:1-6)

Estaban lavándole. Sentía correr el agua fría por su cuerpo desnudo. Habían logrado quitarle su traje protector. Tenía ahora capas gruesas de tela sobre las costillas, en el costado, atadas

con tiras de cuero.

Se sentía débil; el cuerpo le ardía, pero el dolor se había calmado.

Estaban en un edificio, o quizás una cueva, era demasiado oscuro para poder saberlo. Estaba tendido sobre un montón de paja, empapado en agua. Sobre él, dos hombres seguían remojándole con agua de unas vasijas de barro cocido. Eran hombres de rasgos duros y de tupidas barbas que vestían ropas de algodón.

Se preguntó si podría formar una frase que ellos pudieran entender. Conocía bien el arameo escrito, pero no estaba seguro de la pronunciación de ciertos sonidos.

Por fin, carraspeó y dijo:

—¿Dónde... ser... este... lugar...?

Ellos fruncieron el ceño, movieron la cabeza, y dejaron las vasijas de agua.

—Yo... busco... un... nazareno... Jesús...

—Nazareno. Jesús —uno de los hombres repitió las palabras, aunque parecía que no significaban nada para él. Se encogió de hombros.

Pero el otro sólo repitió la palabra nazareno, muy despacio, como si para él tuviera un significado especial. Murmuró unas cuantas palabras al otro hombre y se dirigió a la entrada de la estancia.

Karl Glogauer siguió intentando decir algo que pudiera entender el otro hombre.

—¿Qué... años... reinando... emperador... Roma? Era una pregunta confusa, lo comprendía. Sabía que Cristo había sido crucificado en el quinceavo año del reinado de Tiberio, y por eso había formulado aquella pregunta. Intentó estructurar mejor la frase.

—¿Cuántos... años... lleva remando Tiberio?

—¿Tiberio? —el hombre frunció el ceño.

El oído de Glogauer iba adaptándose ya al acento e intentó imitarlo mejor.

—Tiberio. Emperador de los romanos. ¿Cuántos años lleva reinando?

—¿Cuántos? —el hombre movió al cabeza—. No sé.

Glogauer había conseguido al fin hacerse entender.

—¿En qué lugar estamos? —preguntó.

—En el desierto, más allá de Maqueronte —contestó el hombre—. ¿No lo sabías?

Maqueronte quedaba al suroeste de Jerusalén, al otro lado del Mar Muerto. Era evidente que estaba en el pasado, durante el reinado de Tiberio, pues aquel hombre había identificado el nombre con bastante facilidad. Volvía ya su compañero, y con él un individuo inmenso, de grandes brazos, velludos y musculosos, y pecho enorme. Llevaba en una mano un gran báculo. Vestía pieles de animales y debía medir casi uno noventa. El pelo, negro y rizado, lo llevaba muy largo, y tenía una barba negra y tupida, que le cubría la parte de arriba del pecho. Se movía como un animal y sus ojos castaños, grandes y penetrantes, miraban cavilosos a Glogauer.

Habló con voz profunda, aunque demasiado rápido, y Glogauer no pudo seguirle. Ahora le tocaba a él mover la cabeza.

El hombre grande se acuclilló a su lado.

—¿Quién eres tú?

Glogauer hizo una pausa. No había supuesto que le encontrarían de aquel modo. Su propósito era disfrazarse de viajero sirio, con la esperanza de que los acentos locales fuesen lo bastante distintos para explicar su escasa familiaridad con el idioma. Decidió que lo mejor era atenerse a aquella historia y esperar que diese buen resultado.

—Soy del norte —dijo.

—¿No eres de Egipto? —preguntó el hombre grande.

Al parecer, habían supuesto que Glogauer era de allí: Glogauer decidió que si era eso lo que creía el hombre grande, también él podría aceptarlo.

—Vine de Egipto hace dos años —dijo.

El hombre grande asintió, aparentemente satisfecho.

—Así que eres un mago de Egipto. Eso imaginamos. Y te llamas Jesús, y eres Nazareno.

—Yo busco a Jesús, el Nazareno —dijo Glogauer.

—Entonces, ¿tú cómo te llamas? —parecía decepcionado.

Glogauer no podía darle su propio nombre. Les parecería demasiado extraño. Casi por impulso, dio el de su padre:

—Emmanuel —dijo.

El hombre asintió, satisfecho de nuevo.

—Emmanuel.

Glogauer comprendió demasiado tarde que la elección de nombres había sido desafortunada, dadas las circunstancias, pues en hebreo Emmanuel significaba "Dios con nosotros" y tenía sin duda una significación mística para su interlocutor.

—¿Y tu nombre cuál es? —preguntó.

El hombre se irguió. Miró caviloso a Glogauer.

—¿No me conoces? ¿No has oído hablar de Juan, el que llaman el Bautista?

Glogauer intentó ocultar su sorpresa, pero evidentemente Juan el Bautista vio que su nombre le resultaba familiar. Movi6 su desgredada cabeza y dijo:

—Ve0 que me conoces. Bien, mago, ahora yo debo decidir, ¿no?

—¿Qué debes decidir? —preguntó nervioso Glogauer.

—Si eres el amigo de las profecías o el falsario contra el que nos previno Adonai. Los romanos me entregarían en manos de mis enemigos, los hijos de Herodes.

—¿Pero por qué?

—Tú debes saber por qué, pues yo hablo contra los romanos que esclavizan a Judea y contra las injusticias que comete Herodes, y profetizo el tiempo en que todos los impíos serán aniquilados y se restaurará el reino de Adonai sobre la tierra, tal como dijeron los profetas antiguos. Yo digo al pueblo: "Preparaos para el día en que tendréis que empuñar la espada para cumplir la voluntad de Adonai". Los impíos saben que ese día perecerán, y por ello me destruirán.

Pese a la fuerza de sus palabras, el tono de Juan era natural y sencillo. No había la menor sombra de locura o fanatismo en su rostro ni en su porte. Parecía un vicario anglicano leyendo un sermón cuyo significado hubiese perdido fuerza para él.

Karl Glogauer comprendió que lo que decía era básicamente que estaba sublevando al pueblo para expulsar a los romanos y a su títere Herodes y establecer un régimen más "justo". El atribuir este plan a "Adonai" (uno de los nombres de Yavé y que significaba El Señor) parecía, como habían supuesto muchos eruditos del siglo XX, un medio de dar más fuerza a su plan. En un mundo en que la religión y la política, incluso en Occidente, estaban inextricablemente entrelazadas, era necesario atribuir al plan un origen sobrenatural.

Glogauer pensó que en realidad era bastante probable que Juan creyese que su idea la había inspirado Dios, pues los griegos, al otro lado del Mediterráneo, aún seguían discutiendo los orígenes de la inspiración, si nacía en la cabeza del hombre o si la colocaban allí los dioses. El que Juan le aceptase como una especie de mago egipcio, tampoco sorprendió particularmente a Glogauer. Sin duda las circunstancias de su aparición debían haber parecido

extraordinariamente milagrosas y al mismo tiempo aceptables, sobre todo para una secta como los esenios, que practicaban la penitencia y el ayuno y que debían estar muy acostumbrados a tener visiones en aquel desierto abrasador. No había duda ya de que aquellos individuos eran los neuróticos esenios, cuyo lavatorio ritual (el bautismo) y cuyas penitencias y ayunos se correspondían con el misticismo casi paranoico que les llevaba a inventar idiomas secretos y cosas parecidas, seguro indicio de su estado de desequilibrio mental. Todo esto pensaba Glogauer, el psiquiatra fallido, pero Glogauer, el hombre, vacilaba entre los polos del racionalismo extremo y el deseo de dejarse convencer por el misticismo.

—Debo meditar —dijo Juan, volviéndose hacia la entrada de la cueva—. Debo rezar. Permanecerás aquí hasta que reciba instrucciones.

Y abandonó la cueva con rápidas zancadas.

Glogauer volvió a hundirse en la paja húmeda. Se hallaba sin duda en una cueva de piedra caliza, y la atmósfera del interior era sorprendentemente húmeda. Debía hacer mucho calor fuera. Se sentía soñoliento.

## CAPITULO DOS

Cinco años en el pasado. Casi dos mil en el futuro. Tendido en la cama, caliente y pegajosa, con Mónica. Una vez más, otra tentativa de hacer el amor de modo normal que había derivado en la ejecución de pequeñas aberraciones que parecían satisfacerla más que ninguna otra cosa.

Aún no había llegado a una relación plena, a culminar sus relaciones. Todo sería verbal, como siempre. Y acabaría, como siempre, en coléricas discusiones.

—Supongo que vas a decirme de nuevo que no estas satisfecho —dijo ella, aceptando el cigarrillo encendido que él le entregaba en la oscuridad.

—Estoy perfectamente —dijo él.

Se quedaron un rato en silencio, fumando.

Luego, pese a que sabía cuál sería el resultado si lo hacía, se puso a hablar, casi sin darse cuenta.

—Resulta irónico, ¿no crees? —empezó.

Esperó su respuesta. Tardaría un poco, lo sabía.

—¿Qué quieres decir? —dijo ella al fin.

—Todo esto, el que pases todo el día intentando ayudar a neuróticos sexuales a convertirse en personas normales. Y pases las noches haciendo lo que ellos.

—No en la misma medida. Ya sabes que todo es cuestión de grados.

—Eso es lo que tú dices.

Volvió la cabeza y la miró a la luz de las estrellas que entraba por la ventana. Era una pelirroja de rasgos afilados, con la voz tranquila, seductora y profesional de la asistente social psiquiátrica que era; una voz suave, equilibrada y falsa. Sólo de cuando en cuando, cuando se ponía muy nerviosa, asomaba a su voz su carácter real. Sus rasgos jamás parecían en reposo, ni cuando dormía. Tenía los ojos siempre tensos, y sus movimientos no eran espontáneos casi nunca. Una capa protectora la cubría por completo, y probablemente se debiese a ello el escaso placer que le producían las relaciones amorosas normales.

—Lo que pasa es que no puedes entregarte, ¿verdad? —dijo él.

—Oh, cállate de una vez, Karl. Échate un vistazo a ti mismo si quieres ver un ejemplo de neurosis.

Los dos eran psiquiatras aficionados, ella asistente social psiquiátrica, él un simple lector, un diletante, aunque había estudiado un curso tiempo atrás, cuando había decidido hacerse psiquiatra. Utilizaban profusamente la terminología psiquiátrica, se sentían más felices si podían nombrar algo.

El se volvió y se apartó de ella, cogiendo el cenicero de la mesita de noche y viéndose de pasada en el espejo del tocador. Era un vendedor de libros judío, moreno, de ojos profundos y de carácter melancólico, la cabeza llena de imágenes y obsesiones sin resolver, el cuerpo lleno de emociones. Siempre perdía en aquellas discusiones con Mónica. Ella era la dominante en el terreno verbal. Esta especie de intercambio le parecía a veces más perversa que su forma de hacer el amor, en que, normalmente al menos, su papel era el masculino. Comprendía que era básicamente un individuo pasivo, masoquista e indeciso. Incluso su cólera, que aparecía con frecuencia, era impotente. Mónica le llevaba diez años, diez años de amargura. Como persona, por supuesto, tenía mucho más dinamismo del que pudiese tener él; pero como asistente social psiquiátrica había tenido exactamente tantos fracasos como él. Continuaba esperando aún, cada vez más cínica en apariencia, quizás unos cuantos éxitos espectaculares con los pacientes. Ambos intentaban hacer demasiado, ése era el problema, pensaba él. Los sacerdotes suministraban una panacea con la confesión; los psiquiatras intentaban curar y casi siempre fracasaban, pero al menos lo intentaban. Eso pensaba él, y se preguntaba si, después de todo aquello sería una virtud.

—Ya me he mirado —contestó.

¿Se había dormido ella? Se volvió. Los ojos vivaces aún seguían abiertos, miraba por la ventana.

—Ya me miré a mí mismo —repitió—. Tal como hizo Jung "¿Cómo puedo ayudar a esas personas si yo mismo soy un fugitivo y quizás sufra también del morbus sacer de una neurosis?" Eso fue lo que Jung se preguntó a sí mismo...

—Ese viejo sensacionalista. Ese viejo racionalizador de su propio misticismo. No es raro que no pudiese llegar a ser psiquiatra.

—No habría sido un buen psiquiatra. Pero eso no tiene nada que ver con Jung...

—No te desquites conmigo...

—Tú me has dicho que sentías lo mismo... que te parecía inútil...

—Después de una semana de duro trabajo, quizás pueda haberlo dicho. Dame otro cigarrillo.

El abrió la cajetilla que tenía en la mesita y se puso dos cigarrillos en la boca, los encendió y le pasó uno.

Casi distraídamente, se dio cuenta de que la tensión aumentaba. La discusión, como siempre, no tenía objeto. Pero lo importante no era la discusión, la discusión era simple expresión de su relación básica. Se preguntó si ésta sería o no importante en algún sentido.

—No me dices la verdad —se daba cuenta de que no había ya modo de parar el asunto, una vez iniciado todo el ritual.

—Te estoy diciendo la verdad práctica. No siento ninguna compulsión que me empuje a dejar el trabajo. No tengo el menor deseo de fracasar en la vida...

—¿Fracasar en la vida? Eres más melodramática que yo.

—Eres demasiado vehemente, Karl. Quieres salir un poco de ti mismo.

—Si yo fuese tú —dijo él burlón— abandonarías mi trabajo, Mónica. No estás más dotada para él de lo que estaba yo.

—Eres un cabroncete —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—No te tengo envidia, si te refieres a eso. Nunca he entendido qué es lo que busco.

La risa de ella era frágil y artificial.

—El hombre moderno a la búsqueda de un alma, ¿verdad? El hombre moderno a la búsqueda de una entropierna, diría yo. Y puedes tomártelo como quieras.

—Estamos destruyendo los mitos que hacen girar el mundo.

—Ahora di: "¿Y por qué los estamos sustituyendo?" Eres un rancio y un imbécil, Karl. Nunca has sido capaz de considerar racionalmente nada. Ni siquiera a ti mismo.

—¿Y qué? Tú dices que el mito no tiene importancia.

Jung sabía que el mito también puede crear la realidad.

—Lo cual demuestra que era un pobre imbécil que no sabía lo que decía.

El estiró las piernas. Al hacerlo, rozó las de ella y se encogió de nuevo. Se rascó la cabeza. Ella seguía tendida allí fumando, pero ya sonreía.

—Vamos —dijo—. Hablemos un poco de Cristo.

El no contestó. Le pasó la colilla y él la colocó en el cenicero. Miró el reloj. Eran las dos de la mañana.

—¿Por qué lo hacemos? —dijo.

—Porque debemos —dijo ella. Y le colocó la mano en la nuca y atrajo hacia sí su cabeza colocándola sobre los pechos—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

*Nosotros los protestantes debemos, tarde o temprano, afrontar esta cuestión: ¿Hemos de entender la "Imitación de Cristo" en el sentido de que debemos copiar su vida y, si se me permite utilizar la expresión, remedar sus estigmas? ¿O en el sentido más profundo de que hemos de vivir nuestras propias vidas con la misma autenticidad con que él vivió la suya en todas sus implicaciones? No es cosa fácil vivir una vida modelada sobre la de Cristo, pero es muchísimo más difícil vivir la propia vida con la misma autenticidad con que él vivió la suya. Quien así lo hiciere... sería incomprendido, escarnecido, torturado y crucificado... Una neurosis es una disociación de la personalidad...*

*(Jung: El hombre moderno a la búsqueda de un alma)*

Juan el Bautista estuvo fuera un mes y Glogauer vivió con los esenios, resultándole sorprendentemente fácil, una vez que se le curaron las costillas, adaptarse a la vida diaria de la comunidad. El pueblo de los esenios consistía en una mezcla de casas de una sola planta, hechas de piedra caliza y ladrillos de barro, y las cuevas que se hallaban a ambos lados del pequeño valle. Los esenios compartían entre sí sus posesiones y aquella secta concreta tenía mujeres, aunque muchos esenios llevasen vidas absolutamente monásticas. Los esenios eran también pacifistas y se negaban a poseer o a hacer armas, pese a que aquella secta concreta tolerase al belicoso Bautista. Quizás su odio a los romanos les hiciese olvidar sus principios, o quizás no supieran a ciencia cierta cuál era, en realidad, el motivo de su tolerancia, apenas cabían dudas de que Juan el Bautista era prácticamente su jefe.

La vida de los esenios consistía en un baño ritual tres veces al día, la oración y el trabajo. El trabajo no era difícil. Glogauer guiaba a veces un arado del que tiraban otros dos miembros de la secta, cuidaba las cabras, a las que dejaba pastar por las laderas de los cerros. Era una vida pacífica y ordenada, e incluso los aspectos poco saludables resultaban tan rutinarios que Glogauer apenas los advertía pasado ya un tiempo.

Cuando iba a cuidar las cabras, se tumbaba en la cima de un cerro y contemplaba el paisaje, que no era propiamente desierto sino páramos con maleza y roca en los que podían ramonear y alimentarse animales como cabras y ovejas. Había también matorrales bajos que quebraban la monotonía del paisaje y algunos arbolitos a las orillas del río, que debía desembocar sin duda en el Mar Muerto. El terreno era irregular. Su perfil tenía la apariencia de un lago tormentoso,

congelado y teñido de amarillo y marrón. Pasado el Mar Muerto, estaba Jerusalén. Evidentemente, Cristo aún no había entrado en la ciudad por última vez. Antes de que eso sucediera, tendría que morir Juan el Bautista.

El sistema de vida de los esenios era bastante cómodo, pese a toda su simplicidad. Le habían dado un taparrabos de piel de cabra y un báculo y, salvo por el hecho de que estaba vigilado día y noche, parecían aceptarle como una especie de miembro laico de la secta.

A veces, le preguntaban por su carro (la máquina del tiempo que se proponían trasladar muy pronto del desierto al pueblo) y él les explicaba que le había trasladado de Egipto a Siria y luego hasta allí. Aceptaban el milagro tranquilamente. Tal como él había sospechado, eran gentes acostumbradas a los milagros.

Los esenios habían visto, en realidad, cosas más extrañas que su máquina del tiempo. Habían visto caminar a hombres sobre las aguas y bajar a los ángeles del cielo. Habían oído la voz de Dios y de sus arcángeles, y también las voces tentadoras de Satán y de sus servidores. Escribían todas estas cosas en sus rollos de pergamino. Eran únicamente un registro de lo sobrenatural, lo mismo que sus otros pergaminos lo eran de su vida diaria y de las noticias que les traían los miembros itinerantes de la secta.

Vivían constantemente en presencia de Dios y hablaban con El y El les contestaba cuando mortificaban lo suficiente su carne y ayunaban y salmodiaban sus oraciones bajo el abrasador sol de Judea.

Karl Glogauer se dejó crecer el pelo y la barba. Mortificó también su carne y ayunó y cantó las oraciones bajo el sol, tal como hacían ellos. Pero no oía a Dios y sólo una vez creyó ver un arcángel con alas de fuego.

Pese a su afán de experimentar las alucinaciones de los esenios, Glogauer estaba decepcionado, pero le sorprendía el sentirse tan bien, considerando todas las penalidades voluntarias que tenía que soportar, y se sentía, además, cómodo y relajado en compañía de aquellos hombres y mujeres que eran sin duda dementes. Quizás se debiese a que la locura de los esenios no era muy distinta de la suya propia, pero lo cierto es que al cabo de un tiempo dejó de plantearse tal problema.

Juan el Bautista volvió un anochecer seguido de unos veinte de sus discípulos más allegados. Glogauer le vio cuando se disponía a meter las cabras en la cueva para la noche. Esperó a que Juan se aproximase.

El Bautista estaba ceñudo, pero su expresión se suavizó al ver a Glogauer. Sonrió y le cogió del brazo, al modo romano.

—Bueno, Emmanuel, eres amigo nuestro, como yo suponía. Enviado por Adonai para ayudarnos a que se cumpla Su voluntad. Tú me bautizarás mañana, para mostrar a todo el pueblo que El está con nosotros.

Glogauer estaba cansado. Había comido muy poco y había pasado la mayor parte del día al sol, cuidando las cabras. Bostezó. Le resultaba difícil contestar. Sin embargo, se sentía aliviado. Era evidente que Juan había estado en Jerusalén intentando descubrir si le habían enviado los romanos como espía; y parecía tranquilizado, parecía confiar en él.

Le preocupaba, de todos modos, la fe del Bautista en sus poderes.

—Juan —empezó—. No soy ningún vidente...

La cara del Bautista se ensombreció por un instante. Luego se echó a reír.

—No digas nada. Ven a comer conmigo por la noche. Tengo langostas y miel silvestre.

Glogauer aún no había probado aquellos alimentos, que eran la dieta básica de los viajeros que no llevaban provisiones y vivían de lo que podían encontrar de camino. Había quien lo consideraba un manjar.



Lo probó más tarde, cuando fue a casa de Juan. La casa sólo tenía dos habitaciones, un comedor y un dormitorio. La miel y las langostas le parecieron un plato demasiado dulce para su gusto, pero resultaba un cambio muy agradable después de la cebada y la carne de cabra.

Se sentó con las piernas cruzadas frente a Juan el Bautista, que comía con fruición. Era ya noche cerrada. Llegaban de fuera los murmullos y los gemidos y gritos de quienes se hallaban en oración.

Glogauer sumergió otra langosta en el cuenco de miel que estaba colocado entre los dos.

—¿Piensas dirigir al pueblo de Judea contra los romanos? —preguntó.

Al Bautista pareció inquietarle una pregunta tan directa. Era la primera de aquella naturaleza que le hacía Glogauer.

—Sí tal fuese la voluntad de Adonai —dijo, sin alzar la vista, mientras se inclinaba hacia el cuenco de miel.

—¿Lo saben los romanos?

—No lo sé, Emmanuel, pero Herodes, el incestuoso, sin duda les habrá dicho que hablo contra los inicuos.

—Pero los romanos no te han detenido.

—Pilatos no se atreve... sobre todo después de la petición que se envió al emperador Tiberio.

—¿Qué petición?

—Bueno, las que firmaron Herodes y los fariseos cuando Pilatos puso placas votivas en el palacio de Jerusalén e intentó profanar el templo. Tiberio reprendió a Pilatos y, desde entonces, aunque aún odia a los judíos, nos trata con mucho más cuidado.

—Dime, Juan, ¿cuánto tiempo lleva reinando Tiberio en Roma? —no había tenido oportunidad de volver a formular aquella pregunta hasta entonces.

—Catorce años.

Así que estaban en el 28 después de Cristo; faltaba algo menos de un año para la crucifixión, y su máquina del tiempo estaba destrozada.

Juan el Bautista planeaba ya una rebelión armada contra los romanos, pero, si había de dar crédito a los Evangelios, pronto sería decapitado por Herodes. Desde luego, no se había producido por entonces ninguna rebelión en gran escala. Ni los que afirmaban que la entrada de Jesús y sus discípulos en Jerusalén y la invasión del templo habían sido acciones de rebeldes armados, habían hallado pruebas que sugiriesen que Juan el Bautista hubiese acaudillado una rebelión similar.

Glogauer había acabado por estimar bastante al Bautista. Era, sencillamente, un revolucionario endurecido que llevaba años planeando la insurrección contra los romanos y que había ido haciéndose poco a poco con suficientes seguidores como para que el éxito pudiese coronar sus propósitos. A Glogauer le recordaba mucho a los jefes de la Resistencia de la Segunda Guerra Mundial. Poseía una dureza similar y una comprensión similar de las realidades de su posición. Sabía que sólo tendría una posibilidad de aplastar a las cohortes que estaban de guarnición en el país. Si la insurrección no triunfaba de inmediato, Roma tendría tiempo suficiente para enviar más tropas a Jerusalén.

—¿Cuándo crees tú que se propone Adonai destruir a los inicuos por mediación tuya? —dijo prudentemente Glogauer.

Juan le miró curioso y burlón. Sonrió.

—La Pascua es una época en la que la gente está inquieta y odia más a los extranjeros —dijo.

—¿Cuándo es la próxima Pascua?

—No faltan muchos meses.

—¿Cómo puedo ayudaros yo?

—Tú eres un mago.

—Yo no puedo hacer milagros.

Juan se limpió la miel de la barba.

—No puedo creerlo, Emmanuel. Viniste aquí de un modo milagroso. Los esenios no sabían si eras un demonio o un mensajero de Adonai.

—No soy ni una cosa ni otra.

—¿Por qué deseas confundirme, Emmanuel? Sé que eres mensajero de Adonai. Eres la señal que los esenios esperaban. Ya casi ha llegado el momento. Pronto se establecerá en la tierra el reino del cielo. Ven conmigo. Dile al pueblo que Adonai habla por tu boca. Haz grandes milagros.

—Tu poder estaba debilitándose, ¿no es eso? —Glogauer miró fijamente a Juan—. ¿Acaso me necesitas para renovar las esperanzas de tus rebeldes?

—Hablas como un romano, sin la menor sutileza —dijo Juan, levantándose bruscamente.

Evidentemente Juan, igual que los esenios con quienes vivía, prefería una conversación menos directa. Había una razón práctica para ello. Glogauer lo sabía; era que Juan y sus hombres temían la traición. Los esenios escribían incluso sus anales parcialmente en lenguaje cifrado, con una palabra o una frase, inocentes en apariencia, que significaban algo completamente distinto.

—Discúlpame, Juan. Pero dime si tengo razón —dijo Glogauer con voz suave.

—¿No eres un mago que llegó en un carro que surgió de la nada? —dijo el Bautista agitando las manos y encogiéndose de hombros—. Mis hombres te vieron. Vieron a aquel objeto resplandeciente adquirir forma en el aire y romperse y te vieron salir de él. ¿No es eso magia? La ropa que llevabas... ¿eran prendas terrenas? Los talismanes que había dentro del carro... ¿no indicaban una magia poderosa? El profeta dijo que vendría un mago de Egipto, que se llamaría Emmanuel... ¡así está escrito en el libro de Micaj! ¿Acaso no son ciertas esas cosas?

—La mayoría de ellas. Pero hay explicaciones... —se interrumpió, incapaz de dar con el sinónimo exacto de "racional"—. Soy un hombre normal, como tú. ¡No tengo ningún poder de hacer milagros! ¡Soy sólo un hombre!

Juan le miró furioso.

—¿Quieres decir con eso que te niegas a ayudarnos?

—Os estoy muy agradecido a ti y a los esenios. Me salvasteis la vida. Si pudiese pagaros...

Juan cabeceó pausadamente.

—Puedes, Emmanuel.

—¿Cómo?

—Siendo el gran mago que yo necesito. Déjame presentarte a todos los que se impacientan y se apartan de la voluntad de Adonai. Déjame explicarles cómo viniste hasta nosotros. Luego podrás decir que todo es voluntad de Adonai y que deben prepararse todos para cumplirla.

Juan le miraba fijamente.

—¿Lo harás, Emmanuel?

—Lo haré por ti, Juan. Y, a cambio, tú enviarás hombres que traigan aquí mi carro lo antes posible. Quiero ver si puede arreglarse.

—Lo haré.

Glogauer se sintió de pronto entusiasmado. Se echó a reír. El Bautista le miró sorprendido. Luego, también él se echó a reír.

Glogauer no paraba de reír. Aunque la historia no lo mencionase, él junto con Juan el Bautista, prepararía el camino de Cristo.

Cristo aún no había nacido. Quizás Glogauer lo supiese, un año antes de la crucifixión.

*Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, la gloria del unigénito del padre, lleno de gracia y de verdad. De él da testimonio Juan y exclama diciendo: "He aquí aquél de quien os decía que ha de venir después de mí, ha sido preferido a mí; por cuanto era antes que yo".*

(Juan 1:14-15)

Había tenido grandes discusiones con Mónica desde que la conocía. Entonces su padre aún no había muerto y no le había dejado el dinero con que compró más tarde la Librería Ocultista de la calle Great Russell, frente al Museo Británico. El andaba haciendo, por entonces, todo tipo de trabajos eventuales y esto le deprimía mucho. Mónica parecía significar una gran ayuda, una excelente guía en la oscuridad mental que le cercaba. Los dos vivían cerca de Holland Park e iban a pasear allí casi todos los domingos del verano de 1962. El, con veintidós años, estaba ya obsesionado por la extraña rama de misticismo cristiano de Jung. Ella, que despreciaba a Jung, había empezado muy pronto a denigrar todas las ideas de Glogauer. Nunca le convenía realmente, pero, al cabo de un tiempo, había logrado confundirle. Tardarían aún otros seis meses en acostarse juntos.

Hacía un calor incómodo.

Se sentaron bajo el toldo de la cafetería a contemplar el lejano partido de criquet. Junto a ellos, había dos chicas y un chico sentados en la yerba, bebiendo naranjada en vasos de plástico. Una de las chicas tenía una guitarra en el regazo y posó el vaso y empezó a tocar y a cantar una canción popular con voz sonora y elegante. Glogauer intentó enterarse de la letra. De estudiante, siempre le había gustado la música popular tradicional.

—El cristianismo está muerto —dijo Mónica tomando un sorbo de té—. La religión agoniza. A Dios le mataron en 1945.

—Aún puede haber una resurrección —dijo él.

—Ojalá no la haya. La religión nació del miedo. El conocimiento destruye el miedo. Y sin miedo, la religión no puede sobrevivir.

—¿Y crees que en estos tiempos no hay miedo?

—No del mismo género, Karl.

—¿Nunca has considerado la idea de Cristo? —preguntó él, cambiando de táctica—. ¿Lo que eso significa para los cristianos?

—También la idea del tractor significa mucho para un marxista —contestó ella.

—Pero, dime, ¿qué fue primero? ¿La idea o la realidad de Cristo?

Ella se encogió de hombros.

—La realidad, si es que eso importa algo. Jesús fue un agitador judío que organizó una rebelión contra los romanos y que acabó crucificado. Eso es todo lo que sabemos y todo lo que necesitamos saber.

—Una gran rebelión no pudo empezar de modo tan simple.

—Cuando se necesita, se saca una gran religión de los principios más impropios.

—Vienes a lo mío, Mónica —dijo con una mueca mientras ella retrocedía ligeramente—. La

idea precedió a la realidad de Cristo.

—Oh, Karl, no sigamos. La realidad de Jesús precedió a la idea de Cristo.

Pasó una pareja que les miró mientras discutían.

Mónica se dio cuenta de que les miraban y se calló. Luego se levantó y también él se levantó, pero ella movió la cabeza y dijo:

—Me voy a casa, Karl. No hace falta que me acompañes. Nos veremos dentro de unos días.

La vio alejarse camino de las puertas del parque.

Al día siguiente, cuando llegó a casa, del trabajo, encontró una carta. Mónica debía haberla escrito después de haberle dejado y debía haberla echado al buzón el mismo día.

*Querido Carl:*

*El hablar y conversar no parece influir gran cosa en ti, sabes. Es como si escuchases el tono de la voz, el ritmo de las palabras, sin oír nunca lo que se pretende comunicar. Eres como un animal sensible incapaz de entender lo que se le dice aunque de saber si la persona que habla está satisfecha o enfadada. Por eso te escribo: para intentar transmitirte mis ideas. Reaccionas con demasiada emotividad cuando estamos juntos.*

*Cometes el error de considerar el cristianismo como algo que se desarrolló en el curso de unos años, desde la muerte de Jesús a la época en que se escribieron los Evangelios. Pero el cristianismo no era nuevo. Lo único nuevo era el nombre. El cristianismo sólo fue un estadio de la fusión y de la influencia mutua de la metamorfosis de la lógica occidental y el misticismo oriental. Considera cómo cambió la propia religión a lo largo de los siglos, reinterpretándose a sí misma para adaptarse a los diversos cambios. El cristianismo no es más que un nombre nuevo para un conglomerado de mitos y filosofías que ya son viejas. Lo único que hacen los Evangelios es recontar el mito solar y añadirle algunas de las ideas de los griegos y los romanos. Todavía en el siglo segundo, afirmaban y demostraban los eruditos judíos que se trataba de un simple baturrillo. Denunciaban las grandes similitudes existentes entre los diversos mitos solares y el mito de Cristo. No hubo ningún milagro, se inventaron más tarde, se tomaron prestados de aquí y de allá.*

*¿Recuerdas que los viejos Victorianos solían decir que en realidad Platón era cristiano porque anticipó el pensamiento cristiano? ¡Pensamiento cristiano! El cristianismo fue un vehículo para ideas que llevaban circulando varios siglos antes de Cristo. ¿Era cristiano Marco Aurelio? Se enmarcaba en la tradición directa de la filosofía occidental. ¡Por eso el cristianismo prendió en Europa y no en Oriente/ Deberías ser teólogo, dadas tus tendencias, no psiquiatra. Y lo mismo podría decirse de tu amigo Jung.*

*Procura despejar tu cabeza de todos esos absurdos mórbidos y serás muchísimo mejor en tu trabajo.*

*Tuya Mónica*

Arrugó la carta y la tiró. Aquella misma noche, más tarde, sintió tentaciones de volver a leerla. Pero las resistió.

## **CAPITULO TRES**

Juan estaba en el río con él agua hasta la cintura. Casi todos los esenios estaban en la orilla, mirándole. Glogauer también le miraba.

—No puedo, Juan. No debo hacerlo.

—Debes hacerlo —murmuró el Bautista.

Glogauer se estremeció al hundirse en el agua, al lado del Bautista. Sintió un mareo. Quedó temblando, incapaz de moverse.

Resbaló de pronto en las piedras del río y Juan le agarró por un brazo, sujetándole.

El cielo estaba despejado y el sol, en su cénit, abrasaba su cabeza desnuda.

— ¡Emmanuel! —gritó de pronto Juan—. ¡El espíritu de Adonai habita en ti!

A Glogauer aún le resultaba difícil hablar. Asintió con un gesto. Le dolía la cabeza y apenas podía ver. Era el primer ataque de jaqueca desde que había llegado allí. Sentía ganas de vomitar. La voz de Juan le sonaba remota.

Se tambaleó.

Cuando empezaba a caer hacia el Bautista, todo el paisaje tembló alrededor suyo. Percibió que Juan le cogía y se oyó decir desesperado:

—¡Bautízame, Juan!

Luego notó agua en la boca y en la garganta y acabó tosiendo.

Juan gritaba algo. Fuese lo que fuese, sus palabras hallaron respuesta entre los que se encontraron en la orilla. El rumor de las voces aumentó, cambió de tono. Glogauer chapoteó en el agua, luego sintió que le ayudaban a incorporarse.

Los esenios se balanceaban al unísono, todas las caras alzadas hacia el sol deslumbrante.

Glogauer empezó a vomitar en el agua, tambaleándose mientras Juan le agarraba con mano firme por los brazos y le guiaba hacia la orilla.

Los esenios se balanceaban y entonaban un canturreo rítmico y extraño; se elevaba de tono cuando se balanceaban hacia un lado, descendía cuando se balanceaban hacia el otro.

Glogauer se tapó los oídos cuando Juan le soltó. Aún tenía vómitos, pero ya no tenía nada que vomitar y era aún más desagradable que antes.

Empezó a alejarse vacilante, casi no podía mantener el equilibrio, luego echó a correr, sin destaparse las orejas; corrió y corrió por aquel páramo de rocas y secos matojos; corrió mientras el sol ardía en el cielo y el calor ardía en su cabeza; corrió alejándose de allí.

*Pero Juan se resistía diciendo, Yo debo ser bautizado por ti ¿y tú vienes a mí? Y Jesús le contestó diciendo: Déjame hacer ahora; que así es como conviene que nosotros cumplamos lo que es justo. Entonces Juan accedió. Bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua se le abrieron los cielos y vio bajar al espíritu de Dios en forma de paloma y posar sobre él; y oyóse una voz del cielo que decía: Este es mi hijo amado en quien tengo puesta mi complacencia.*

(Mateo 3:14-17)

Tenía entonces quince años, estudiaba en el instituto. Había leído en los periódicos lo de las pandillas de teddy boys que vagaban por el sur de Londres, pero el extraño joven que había visto con ropas seudoeduardianas le había parecido bastante inofensivo y estúpido.

Había ido al cine a Brixton Hill y había decidido volver andando a casa porque se había gastado casi todo el dinero del autobús en un helado. Salieron del cine al mismo tiempo. Apenas advirtió que le seguían.

Luego, de pronto, le rodearon. Muchachos pálidos de expresión malévola, casi todos un año o dos mayores que él. Se dio cuenta entonces de que conocía vagamente a dos. Iban a aquella escuela municipal grande de la misma calle de su colegio. Utilizaban el mismo campo de fútbol.

—Hola —dijo débilmente.

—Hola, hijo —dijo el teddy boy mayor; mascaba chicle y se había plantado allí ante él, de

pie, con una rodilla doblada, y le sonreía.

—¿Adonde vas?

—A casa.

—A casa —dijo el mayor, imitando su acento—. ¿Y qué vas a hacer cuando llegues a casa?

—Acostarme —Karl intentó abrirse paso, pero no le dejaron.

Le arrinconaron junto a la entrada de una tienda. Tras ellos, los coches pasaban atronando por la calle. Había bastante luz, de las farolas y de los letreros luminosos de las tiendas. Pasaba gente, pero nadie paraba. Karl empezó a sentir pánico.

—¿No tienes que hacer los deberes, hijo? —dijo el que estaba al lado del jefe. Era pelirrojo y tenía pecas y los ojos de un color gris duro.

—¿Quieres pelear con uno de nosotros? —preguntó otro chico. Era uno de los que él conocía.

—No, no peleo. Dejadme marchar.

—¿Tienes miedo, hijo? —dijo sonriente el jefe.

Luego, con mucha parsimonia, estiró el chicle que tenía en la boca con los dedos, y volvió a metérselo de nuevo en la boca y siguió mascando.

—No. ¿Por qué habría de querer pelear contigo?

—Te crees mejor que nosotros, ¿es eso, hijo?

—No —empezaba a temblar; estaban a punto de saltársele las lágrimas—. Claro que no.

—Claro que no, hijo.

Intentó de nuevo abrirse paso, pero volvieron a empujarle hacia la entrada de la tienda.

—Tú eres el que tiene nombre alemán, ¿no? —dijo el otro chico al que conocía—. Cagongäuer o algo así...

—Glogauer. Dejadme marchar.

—¿No le gusta a tu mamá que vuelvas tarde?

—Parece más un nombre judío que un nombre alemán.

—¿Eres judío, hijo?

—¿Eres un chico judío, hijo?

— ¡Callaos ya! —gritó Karl. Y se lanzó contra ellos decidido a abrirse camino como fuese. Uno le pegó un puñetazo en el estómago. Lanzó un grito de dolor. Otro le empujó, se tambaleó él.

La gente seguía pasando por la acera. Miraban al grupo y seguían su camino. Paró un hombre, pero su mujer le hizo seguir. "Son chicos que juegan", le dijo.

—Bájate los pantalones —dijo uno de los chicos con una carcajada—. Así lo sabremos.

Karl intentó abrirse paso otra vez y no se lo impidieron. Echó a correr cuesta abajo.

—Hay que darle un poco de ventaja —oyó decir a uno.

Siguió corriendo.

Empezaron a seguirle, riéndose.

Cuando llegó a la Avenida en que vivía, no le habían alcanzado. Llegó a la casa, corrió por el pasaje oscuro de al lado. Abrió la puerta trasera. Su madrastra estaba en la cocina.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Era una mujer alta y delgada, nerviosa e histérica. Llevaba el pelo negro desgredado.

Pasó delante de ella.

—¿Qué ocurre, Karl? —le dijo. Había un tono nervioso en su voz.

—Nada —le contestó.

No quería una escena.

Hacía frío cuando despertó. El falso amanecer era gris y sólo podía ver paisaje desolado en todas direcciones. Podía recordar muy poco del día anterior, sólo que había corrido mucho.

Tenía el taparrabos empapado de rocío.

Se humedeció los labios y se frotó la piel de la cara. Como siempre después de una de aquellas jaquecas, se sentía débil y totalmente agotado. Al bajar los ojos y contemplar su cuerpo desnudo, se dio cuenta de lo mucho que había adelgazado. Sin duda se debía a su vida con los esenios.

Se preguntó por qué le habría entrado tanto miedo cuando Juan le pidió que le bautizase. ¿Fue simple honestidad o había algo en él que se resistía a engañar a los esenios induciéndoles a creerle una especie de profeta? Era difícil saberlo.

Enrolló la piel de cabra a las caderas y la ató firme justo por encima del muslo izquierdo. Suponía que lo mejor sería volver al campamento y buscar a Juan y disculparse, ver si podía arreglar las cosas. Además la máquina del tiempo estaba allí, ahora. La habían transportado utilizando sólo sogas de cuero.

Existía como mínimo una posibilidad de lograr repararla si podía encontrar un buen herrero u otro buen metalúrgico. El viaje de vuelta sería peligroso.

Se preguntaba si debería volver enseguida o intentar pasar a un tiempo más próximo a la crucifixión. No había retrocedido en el tiempo para presenciar en concreto la crucifixión, sino para captar el ambiente de Jerusalén durante la fiesta de la Pascua, cuando se suponía que había entrado Jesús en la ciudad. Según Mónica, lo había hecho violentamente, con un grupo armado. Ella decía que todas las pruebas lo indicaban. Todas las pruebas de cierto género parecían indicarlo, pero él no podía aceptar tales pruebas. Había algo más, estaba seguro. Si al menos pudiera conocer a Jesús. Juan, al parecer, jamás había oído hablar de él, aunque le había dicho a Glogauer que, según la profecía, el Mesías sería un nazareno. Había muchas profecías, y algunas se contradecían entre sí.

Empezó a volver sobre sus pasos en la dirección del campamento de los esenios. No podía haberse alejado mucho. Pronto vería las colinas donde tenían sus cuevas.

El calor se hizo pronto insoportable y la tierra parecía más estéril. El aire temblaba ante sus ojos. La sensación de agotamiento con que había despertado aumentaba. Notaba la boca seca, le fallaban las piernas. Tenía hambre y no había nada que comer. No había ni rastro de las colinas donde los esenios vivían.

Había una colina unos tres kilómetros al sur. Decidió ir hacia ella. Desde allí, probablemente pudiese orientarse, quizás viese incluso una población en la que pudieran darle de comer. El suelo de arena, se convertía en polvo flotante a su alrededor al removerlo sus pisadas. Había algunos matorrales a ras de tierra y melladas rocas en que tropezaba.

Cuando empezó a subir laboriosamente por la loma de aquella colina, sangraba y estaba ya lleno de magulladuras.

Le costó trabajo alcanzar la cima (que estaba mucho más lejos de lo que en principio había creído). Resbaló en los pedregales de la ladera, cayendo de bruces, y hubo de recurrir a pies y manos para no caer a vueltas, agarrándose a matas de yerba y líquenes que crecían dispersos por allí, abrazando salientes grandes de roca donde podía; y parando cada poco a descansar, cuerpo y mente embotados por el dolor y el cansancio.

Sudaba bajo aquel sol de fuego, y el polvo se pegaba al sudor en su cuerpo semidesnudo, cubriéndole de pies a cabeza. Tenía el taparrabos destrozado.

Aquel mundo yermo giraba y vacilaba, el cielo parecía fundirse con la tierra, la roca amarilla con las nubes blancas. Nada parecía quieto.

Llegó a la cima y se tumbó en ella jadeante. Todo era irreal.

Oyó la voz de Mónica; por un momento, pensó que la veía con el rabillo del ojo.

*Karl, no seas melodramático.*

Le había dicho aquello muchas veces. Su propia voz contestó luego.

*Nací fuera de mi época, Mónica. En esta edad de la razón no hay sitio para mí. Acabarán matándome.*

Luego replicó la voz de ella.

*Te matan el miedo, los remordimientos y tu masoquismo. Podrías ser un magnífico psiquiatra, pero te has entregado hasta tal punto a tus propias neurosis...*

—¡Cállate!

Dio vuelta, se puso boca arriba. El sol caía torrencial sobre su cuerpo destrozado.

—¡Cállate!

*Todo el síndrome cristiano, Karl. Creo que acabarás convirtiéndote en católico convencido. ¿Dónde está la fuerza de tu pensamiento?*

—¡Cállate! Y vete, Mónica.

*El miedo condiciona tu pensamiento. No buscas un alma, ni siquiera un sentido a la vida. Buscas comodidades y consuelo.*

—¡Déjame en paz, Mónica!

Se tapó los oídos. Tenía el pelo y la barba tiznados de polvo. En las leves heridas que tenía ya por todo el cuerpo, se le había coagulado la sangre. Arriba, el sol parecía palpar al unísono con su corazón.

*Te estás hundiendo, Karl, ¿es que no te das cuenta? Cada día estás peor. Recapacita. Eres perfectamente capaz de pensar de un modo racional.*

—¡Oh, Mónica! ¡Cállate!

Empezaron a volar en círculos, sobre él, unos cuervos. Les oía llamarle con una voz insistente que era como la de ella.

*Dios murió en 1945...*

—No estamos en 1945. Estamos en el año veintiocho después de Cristo. ¡Dios vive aún!

*Cómo puede interesarte estudiar una religión sincrética tan obvia como el cristianismo: judaísmo rabínico, moral estoica, cultos de los misteriosos griegos, ritual oriental...*

—¡No importa!

*No en tu estado psicológico actual.*

—¡Necesito a Dios!

*A eso se reduce en definitiva, ¿verdad? Está bien, Karl, lábrate tus propias entrepiernas. Y pensar lo que podrías haber sido de haber sido capaz de analizarte...*

Glogauer logró poner en pie su destrozado cuerpo y se irguió en la cima y lanzó un grito.

Los cuervos se espantaron. Giraron en el cielo y huyeron. El cielo iba ya oscureciendo.

*Luego fue Jesús conducido por el Espíritu al desierto para que el diablo le tentase. Y después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre.*

(Mateo 4:1-2)



## CAPITULO CUATRO

El loco entró tambaleante en el pueblo. Sus pies removían el polvo y le hacían bailar y los perros ladraban a su alrededor mientras él avanzaba maquinalmente, la cabeza alzada para mirar al sol, los brazos inertes a los lados, moviendo los labios.

Para los habitantes del pueblo, sus palabras eran de un idioma familiar; pero aquel hombre las decía con tal intensidad y convicción que parecía que el propio Dios pudiese estar utilizando a aquella criatura demacrada y desnuda como su portavoz.

Se preguntaban de dónde habría salido aquel loco.

El pueblo blanco estaba formado principalmente por casas de una o dos plantas, de piedra y ladrillos de barro, construidas alrededor de una plaza de mercado presidida por una antigua y humilde sinagoga, a cuya puerta charlaba sentado un viejo vestido con ropaje oscuro. Era un pueblo próspero y limpio, rebosante de comercio romano. Sólo había uno o dos mendigos en las calles y parecían bien alimentados. Las calles seguían las subidas y bajadas de la colina en la que se asentaban. Eran calles tortuosas, sombreadas, tranquilas. Calles de pueblo. Llenaba el aire un aroma a madera recién cortada y el rumor de las carpinterías, pues el pueblo era famoso por sus hábiles carpinteros. Se alzaba al borde de la llanura de Jezreel. Y salían continuamente, carros cargados con el trabajo de los artesanos locales. El pueblo se llamaba Nazaret.

El loco lo había buscado preguntando a cuantos viajeros encontraba. Había cruzado otros pueblos (Filadelfia, Gerasa, Pella y Escitópolis, siguiendo las vías romanas) haciendo la misma pregunta con su exótico acento. "¿Dónde está Nazaret?"

Algunos le habían dado comida para el camino. Otros le pidieron su bendición y él les había impuesto las manos, hablando en aquella lengua extraña. Otros le habían apedreado y le habían echado.

Había cruzado el Jordán por el viaducto romano y seguido luego hacia el norte, hacia Nazaret.

No había sido difícil dar con el pueblo, pero sí lo había sido arrastrarse hasta allí. Había perdido mucha sangre y comido muy poco durante el viaje. Caminaba hasta caer y allí se quedaba hasta que podía seguir, hasta que alguien le encontraba y le daba un poco de vino o de pan para reanimarle. En una ocasión, habían parado unos legionarios romanos y le habían preguntado con áspera cordialidad si tenía parientes a los que pudieran llevarle. Le hablaron en un tosco arameo y se habían sorprendido al contestarles él en un latín de extrañísimo acento, más puro que el que ellos mismos hablaban.

Le preguntaron si era un rabino o un letrado. El les dijo que no era ni una ni otra cosa. El oficial le había ofrecido un poco de carne seca y vino. Aquellos romanos formaban parte de una patrulla que pasaba por allí una vez al mes. Eran hombres morenos y atezados, corpulentos, de rostros duros y afeitados. Vestían faldillas de cuero teñido y petos y sandalias, y llevaban a la cabeza yelmos de hierro, y a la cintura espadas cortas en sus fundas. Ni siquiera cuando le rodeaban, allí al sol del crepúsculo, parecían relajados. El oficial, que hablaba con tono más suave que sus hombres, aunque era muy parecido a ellos, salvo por el hecho de llevar un peto de metal y una capa larga, preguntó al loco cómo se llamaba.

El loco hizo una breve pausa, abriendo y cerrando la boca como si intentase recordar su nombre.

—Karl —dijo al fin, indeciso. Era más una sugerencia que una afirmación.

—Casi parece un nombre romano —dijo uno de los legionarios.

—¿Eres ciudadano romano? —preguntó el oficial.

Pero el pensamiento del loco divagaba, evidentemente. Apartó la vista de ellos, murmurando. De pronto, volvió a mirarles y dijo:

—¿Nazaret?

—Por allí —el oficial señaló hacia el camino que cortaba entre las colinas.

—¿Eres judío?

Esto pareció inquietar al loco. Se levantó de un salto e intentó abrirse paso entre los soldados. Le dejaron marchar, entre risas. Era un loco inofensivo.

Le vieron correr camino adelante.

—Debe ser uno de esos profetas —dijo el oficial, caminando hacia su caballo.

El país estaba lleno de profetas. Todos decían estar difundiendo el mensaje de su dios.

No significaban un problema, y la religión parecía apartar el pensamiento de la gente de la insurrección. Deberíamos estar agradecidos, pensó el oficial.

Sus hombre aún reían.

Reiniciaron luego la marcha, en dirección opuesta a la que había seguido el loco.

El loco estaba ya en Nazaret y los habitantes del pueblo le miraron con curiosidad y no poco recelo cuando entró tambaleante en la plaza del mercado. Podía ser un profeta ambulante o estar poseído por el diablo. A veces era difícil distinguir. Los rabinos eran los que sabían hacerlo.

Cuando pasaba junto a los grupos formados ante los puestos de los mercaderes, todos se callaban hasta que se alejaba. Las mujeres se arropaban aún más en los gruesos mantos de lana que ceñían sus cuerpos bien alimentados, y los hombres recogían sus ropajes de algodón para que el loco no los rozara. Normalmente se habrían sentido movidos a preguntarle a qué había venido al pueblo, pero había un brillo tal en la mirada, una vitalidad y una agudeza tales en su cara, pese a su aspecto famélico, que les hacía tratarle con cierto respeto y mantener distancias.

Cuando llegó al centro de la plaza del mercado se detuvo y miró alrededor. Parecía costarle distinguir a la gente. Pestañeó, se humedeció los labios.

La mujer pasó mirándole inquieta. El le habló con voz suave, con palabras cuidadosamente pronunciadas.

—¿Es esto Nazaret?

—Lo es —dijo ella, cabeceando y acelerando el paso.

Un hombre cruzaba la plaza. Vestía túnica de lana de tiras rojas y marrones. Llevaba un gorrito rojo sobre el pelo negro y rizado. Era un hombre carirredondo, de expresión afable. El loco se interpuso en su camino y le detuvo.

—Busco a un carpintero.

—Hay muchos carpinteros en Nazaret. El pueblo es famoso por sus carpinterías. Yo mismo soy carpintero. ¿Puedo ayudarte?

Su tono era benevolente y paternal.

—¿Conoces a un carpintero que se llama José? Es de la estirpe de David. Tiene una esposa llamada María y varios hijos. Uno de ellos se llama Jesús.

El hombre alegre arrugó la cara en un ceño burlón y se rascó la nuca.

—Conozco a más de un José. Un pobre hombre que responde a esas señas vive en aquella calle de allá —indicó—. Su mujer se llama María. Prueba allí. No tardarás en encontrarle. Busca a un hombre que nunca se ríe.

El loco miró en la dirección que señalaba el hombre. En cuanto vio la calle, pareció olvidarse de todo lo demás y enfiló hacia allí.

Al entrar en ella le llegó aún más fuerte el olor a madera cortada. Se hundió hasta los tobillos

en virutas. En todas las casas resonaba el repiqueteo de los martillos y el rinchar de las sierras. Había tablas de todos los tamaños apoyadas contra las pálidas y sombreadas paredes de las casas y apenas había sitio para pasar entre ellas. Muchos carpinteros tenían los bancos junto a las puertas. Tallaban cuencos manejando tornos simples, moldeando la madera en todas las formas imaginables. Todos alzaron la vista cuando el loco entró en la calle y se acercó a un viejo carpintero de mandil de cuerpo que tallaba una estatuilla en su banco. El hombre tenía el pelo gris y parecía corto de vista. Miró al loco.

—¿Qué quieres tú?

—Busco a un carpintero que se llama José. Su mujer se llama María.

El viejo indicó con la mano en la que sostenía la estatuilla a medio tallar.

—Dos casas más allá, al otro lado de la calle.

La casa a la que llegó el loco tenía muy pocas tablas apoyadas en la pared y la calidad de la madera parecía inferior a la de la que había visto antes. El banco que había junto a la entrada estaba alabeado por un lado y el hombre que trabajaba en él reparando un taburete también parecía deforme. Se irguió cuando el loco le tocó en el hombro. Tenía un rostro arrugado y torturado por la miseria. Sus ojos expresaban cansancio y había en su rala barba prematuras vetas canosas. Tosió suavemente, quizá sorprendido de que le molestaran.

—¿Eres tú José? —preguntó el loco.

—No tengo dinero.

—No quiero nada... sólo hacerte unas preguntas.

—Soy José. ¿Qué quieres saber?

—¿Tienes un hijo?

—Varios. Y también hijas.

—¿Tu mujer se llama María? ¿Eres de la estirpe de David?

El hombre hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Sí, pero total, para lo que me vale...

—Me gustaría conocer a uno de tus hijos. A Jesús. ¿Puedes decirme dónde está?

—Ese inútil. ¿Qué ha hecho ahora?

—¿Dónde está?

En los ojos de José, cuando miró al loco, alumbró un brillo más calculador.

—¿Eres acaso un visionario? ¿Has venido a curar a mi hijo?

—Soy una especie de profeta. Puedo predecir el futuro.

José se levantó con un suspiro.

—Puedes verle si quieres. Ven.

E introdujo al loco en el atestado patio de la casa. Estaba lleno de piezas de madera, muebles rotos, implementos, sacos de virutas pudriéndose. Entraron en la casa, que estaba en penumbra. En la primera habitación (evidentemente una cocina) había una mujer junto a un gran fogón de barro. Era alta y muy gorda. El pelo, largo y negro, desgredado y grasiento le caía sobre unos ojos grandes y brillantes que aún conservaban el calor de la sensualidad. Examinó al loco.

—No hay comida para los mendigos —gruñó—. Ya come él bastante.

Y señaló con una cuchara de madera a un pequeño ser que estaba sentado en la oscuridad de un rincón. El ser se movió al oírle hablar.

—Busca a Jesús, el nuestro —dijo José a la mujer—. Quizás venga a aliviar nuestra carga.

La mujer miró de reojo al loco y se encogió de hombros. Se lamió luego los rojos labios con una lengua gorda.

— ¡Jesús!

El ser del rincón se incorporó.

—Ese es —dijo la mujer, con cierta complacencia.

El loco frunció el ceño, movió la cabeza.

—No.

El ser era deforme. Tenía una pronunciada joroba y el ojo izquierdo gacho. Su expresión era ausente y estúpida. Le asomaba una espumilla de saliva en los labios. Rió entre dientes cuando se repitió su nombre. Dio un paso cojeante.

—Jesús —dijo.

Su voz era pastosa e imprecisa.

—Jesús —repitió.

—Es lo único que sabe decir —masculló la mujer—. Siempre ha sido así.

—Es la voluntad de Dios —dijo José con amargura.

—¿Pero, qué le pasa? —había una nota desesperada y patética en la voz del loco.

—Ha sido siempre así —repitió la mujer, volviendo al fogón—. Puedes llevártelo si lo quieres. No sirve para nada. Le llevaba en mi seno cuando mis padres me casaron con este medio hombre...

—Desvergonzada... —José se contuvo ante la mirada furiosa de su mujer. Se volvió al loco—. ¿Qué es lo que quieres de nuestro hijo?

—Quería hablar con él... Yo...

—No tiene ningunos poderes proféticos... no es un vidente... Antes pensábamos que podría llegar a serlo. Aún hay gente en Nazaret que acude hasta él para ver si cura o si les predice el futuro, pero lo único que hace es reírse de ellos y repetir su nombre continuamente una y otra vez...

—¿Estáis seguros... de que no hay en él algo... que no hayáis percibido?

— ¡Por supuesto! —masculló sardónicamente María—. Siempre necesitamos dinero, si tuviese algún poder mágico lo sabríamos.

Jesús volvió a reír entre dientes y se fue cojeando a otra habitación.

—Es imposible —murmuró el loco.

¿Podría la propia historia haber cambiado? ¿Estaría acaso en otra dimensión temporal, en la que nunca hubiese existido Cristo?

José pareció percibir el doloroso brillo de los ojos del loco.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Qué ves? Dijiste que sabías predecir el futuro. Qué nos reserva, dínos.

—Ahora no —dijo el profeta, dando la vuelta—. Ahora no.

Salió corriendo de la casa y bajó la calle llena de olor a roble, cedro y ciprés debastados. Volvió corriendo a la plaza del mercado y allí se detuvo mirando desconcertado a su alrededor. Vio la sinagoga allí justo en frente. Se dirigió hacia ella.

El hombre con quien antes había estado hablando, estaba aún en la plaza del mercado, comprando ollas para regalar a su hija que iba a casarse. Indicó con un gesto al forastero, cuando éste entraba en la sinagoga.

—Es un pariente de José el carpintero —dijo al de al lado—. Un profeta, según tengo entendido.

El loco, el profeta, Karl Glogauer, el hombre que viajaba en el tiempo, el neurótico psiquiatra frustrado, el perseguidor de significados, el masoquista, el individuo con deseo de muerte y complejo de mesías, un verdadero anacronismo, entró en la sinagoga sin aliento. Había visto al hombre que buscaba. Había visto a Jesús, el hijo de José y María. Había visto a un hombre al que había identificado sin posible duda como imbécil congénito.

—Todos los hombres tienen complejo de mesías, Karl —había dicho Mónica.

Los recuerdos eran ya menos completos. Su sentido del tiempo y de la identidad iban haciéndose confusos.

—Hubo docenas de Mesías en la Galilea de aquella época. El que Jesús fuese el único que encarnase el mito y la filosofía, fue una coincidencia de la Historia.

—No pudo ser sólo eso, Mónica.

Todos los martes, en el salón que había sobre la Librería Ocultista, se reunía el grupo de estudios jungianos para hacer terapia y análisis de grupo. Glogauer no había sido el organizador de aquel grupo, pero había prestado muy gustosamente el local y se había incorporado a él muy contento. Era un gran alivio hablar una vez por semana con gente de mentalidad parecida. Una de las razones de que hubiese comprado la Librería Ocultista era que con ello conocería a gente interesante como la que asistía al grupo de estudios jungiano.

Les unía una mutua obsesión por las ideas de Jung, pero cada uno tenía otra obsesión personal propia. La señora Rita Blenn, reseñaba y estudiaba las rutas de los platillos volantes, aunque no estaba claro si creía o no en ellos. Hugh Joyce, creía que todos los arquetipos jungianos provenían de la raza original de atlantes extinguidos hacía milenios. Alan Cheddar, el más joven del grupo, estaba interesado en la mística india y Sandra Peterson, la organizadora, era una gran especialista en la brujería. A James Headington le interesaba el tiempo. Era el orgullo del grupo; era en realidad, Sir James Headington, inventor en época de guerra, muy rico y con condecoraciones de todas clases por sus aportaciones a la victoria aliada. Había tenido fama de ser un gran improvisador durante la contienda, pero tras ella, se había convertido en una especie de problema embarazoso para el Departamento de Guerra. Pensaban que era un chiflado y, peor aún, que desplegaba su locura en público sin el menor rubor.

Cada poco, Sir James hablaba al grupo de su máquina del tiempo. Le seguían la corriente, burlones. Eran, la mayoría, muy aficionados a exagerar sus propias experiencias en relación con sus diferentes obsesiones.

Un martes por la noche, cuando todos los demás ya se habían ido, Headington explicó a Glogauer que su máquina estaba lista.

—No puedo creerlo —dijo sinceramente Glogauer.

—Eres la primera persona a quien se lo digo.

—¿Por qué a mí?

—No sé. Me agradas... y también la librería.

—¿No se lo has comunicado al gobierno?

Headington se echó a reír.

—¿Por qué habría de hacerlo? Mientras no la pruebe a mi satisfacción, no se lo comunicaré. Podría darles ocasión de mandarme a paseo.

—¿No sabes si funciona?

—Estoy seguro de que sí. ¿Quieres verla?

—Una máquina del tiempo —dijo Glogauer, con una alegre sonrisa.

—Tienes que verla.

—¿Por qué yo?

—Creí que te interesaría. Sé que no atiendes a los puntos de vista ortodoxos en el terreno de la ciencia...

A Glogauer le daba pena de él.

—Tienes que verla —dijo Headington.

Bajó hasta Banbury al día siguiente. Ese mismo día dejó 1976 y llegó al año 28 después de Cristo.

La sinagoga estaba fresca y tranquila, un sutil aroma de incienso impregnaba el ambiente. Los rabinos le condujeron hasta el patio. No sabían, al igual que los habitantes del pueblo, qué hacer con él, pero estaban seguros de que no era un hombre poseído por el demonio. Tenían por costumbre dar cobijo a los profetas itinerantes que abundaban por entonces mucho en Galilea, aunque, desde luego, aquel era más extraño que el resto. Su rostro parecía siempre inmóvil e inexpresivo, el cuerpo rígido, las lágrimas recorrían sus sucias mejillas. Nunca había visto tanta aflicción en los ojos de un hombre.

—La ciencia puede decir cómo, pero nunca pregunta por qué —le había dicho a Mónica—. No puede responder.

—¿Quién quiere saber el porqué? —había contestado ella.

—Yo.

—Bueno, pues, nunca lo sabrás, ¿comprendes?

—Siéntate, hijo mío —dijo el rabino—. ¿Qué quieres preguntarme?

—¿Dónde está Cristo? —dijo—. ¿Dónde está Cristo?

No entendían lo que hablaba.

—¿Es griego? —preguntó uno; pero otro negó con un cabeceo.

Kyrios: El Señor.

Adonai: El Señor.

*¿Dónde estaba el Señor?*

Frunció el ceño, mirando vagamente a su alrededor.

—Debo descansar —dijo, ya en su lengua.

—¿De dónde eres?

No se le ocurría una respuesta.

—¿De dónde eres? —repitió un rabino.

—*Ha-Olam Hab-Bah...* —murmuró al fin.

Se miraron.

—*Ha-Olam Hab-Bah; Ha-Olam Haz-Zeh*: el mundo que ha de ser y el mundo que es.

—¿Nos traes un mensaje? —dijo uno de los rabinos. Estaban acostumbrados a los profetas, desde luego, pero no habían conocido a ninguno como aquel—. ¿Un mensaje?

—No sé —dijo ásperamente el profeta—. He de descansar; tengo hambre.

—Ven. Te daremos alimento y un sitio para dormir.

Sólo pudo comer un poco de la sabrosa comida que le dieron, y el lecho, que tenía un colchón de paja, le resultó demasiado blando. No estaba acostumbrado a aquello.

Durmió mal, gritando en sueños, y, a la puerta, los rabinos escuchaban, pero poco pudieron entender de lo que dijo.

Karl Glogauer estuvo varias semanas alojado en la sinagoga. Dedicó casi todo el tiempo a leer en la biblioteca buscando en los grandes rollos de pergamino alguna solución a su dilema. Las palabras de los libros santos, que se prestaban en muchos casos a una docena de interpretaciones, no hicieron sino confundirle más aún. No había nada a lo que agarrarse, nada que le dijese que se había equivocado.

Los rabinos se mantenían a distancia casi siempre. Le habían aceptado como a un santo. Estaban orgullosos de tenerle en la sinagoga. Estaban convencidos de que era uno de los elegidos de Dios y esperaban pacientemente que les hablase.

Pero el profeta hablaba poco, sólo murmuraba para sí frases en su idioma y frases en aquel idioma incomprensible que solía utilizar, aun cuando se dirigiese directamente a ellos.

Los habitantes de Nazaret no hablaban de otra cosa que de aquel profeta misterioso de la sinagoga, pero los rabinos no respondían a sus preguntas. Decían a los curiosos que se preocupasen de sus asuntos, que había cosas que ellos no tenían aún por qué saber. De este modo, tal como siempre habían hecho los sacerdotes, evitaban preguntas que no podían responder y al mismo tiempo aparentaban poseer mucha más ciencia de la que poseían en realidad.

Luego, un sábado, el supuesto profeta apareció en el sector público de la sinagoga y ocupó su lugar con los demás que habían ido a rendir culto.

El hombre que leía a su izquierda, confundió las palabras, mirando al profeta por el raballo del ojo.

El profeta escuchaba sentado, con expresión remota.

El rabino jefe le miraba dubitativo, luego indicó que le pasasen el texto al profeta. Así lo hizo, vacilante, un muchacho que lo colocó en sus manos.

El profeta contempló las palabras largo rato y luego empezó a leer. Leía sin comprender al principio lo que estaba leyendo. Era el libro de Isaías.

*El espíritu del Señor está sobre mí, puesto que me ungió para evangelizar a los pobres, me ha enviado para anunciar a los cautivos la liberación, a los ciegos la recuperación de la vista; a dar la libertad a los oprimidos. A anunciar el año de las misericordias del señor. Y, enrollado el libro, entrégaselo al ministro y sentóse y en la sinagoga todos tenían los ojos fijos en él.*

(Lucas 4:18-20)

## **CAPITULO CINCO**

Le seguían ya, le siguieron cuando salió de Nazaret hacia el mar de Galilea. Vestía una túnica de lino blanco que le habían regalado y aunque todos creían que les dirigía él, no hacían sino empujarle delante de ellos.

—Es nuestro Mesías —decían a quienes preguntaban. Y había ya rumores de milagros.

Cuando veía a los enfermos, se compadecía de ellos y procuraba hacer lo que podía, pues esperaban algo de él. Por muchos, nada podía hacer, pero a otros, que evidentemente padecían trastornos psicosomáticos, sí podía ayudarles. Creían en su poder con más fuerza que en su enfermedad. Por eso les curaba.

Cuando llegó a Cafarnaún, le seguían por las calles de la ciudad unas cincuenta personas. Era ya sabido que estaba asociado de algún modo con Juan el Bautista, que gozaba de prestigio inmenso en Galilea y que había sido declarado auténtico profeta por muchos fariseos. Pero, en muchos sentidos, aquel hombre tenía mayor poder que Juan. No tenía la fuerza oratoria del Bautista, pero había hecho milagros.

Cafarnaún era una ciudad muy dispersa, situada junto al cristalino Mar de Galilea. Separaban sus casas grandes huertos. Había barcas de pesca ancladas en la blanca orilla, así como embarcaciones comerciales que recorrían los pueblos de las orillas del lago. Aunque éste estaba rodeado de verdes colinas, el pueblo de Cafarnaún se alzaba sobre un terreno llano, protegido por las propias colinas. Era un pueblo tranquilo y, como casi todos los de Galilea, contaba con una gran población de gentiles; comerciantes griegos, romanos y egipcios recorrían sus calles y muchos poseían allí, hogares permanentes. Había una próspera burguesía de mercaderes, artesanos y navieros, además de médicos, letrados y maestros, pues Cafarnaún estaba en los límites de las provincias de Galilea, Traconítide y Siria y, aunque era una población relativamente pequeña, constituía un nudo muy importante de comercio y transporte.

Aquel extraño profeta loco, con sus ropas de lino, seguido por aquella heterogénea multitud básicamente compuesta de pobres, pero en la cual se incluían también hombres de cierta posición, irrumpió en Cafarnaún. Se propagó la noticia de que aquel hombre podía realmente predecir el futuro, de que había predicho ya que Herodes Antipas haría prender a Juan y poco después lo había hecho así en Perea. No predecía en términos generales, utilizando palabras vagas, como lo hacían los profetas. Hablaba de cosas que habían de suceder en un futuro próximo y hablaba de ellas con detalle.

Nadie sabía su nombre. Era simplemente el profeta de Nazaret, o el Nazareno. Según algunos, era pariente, hijo quizás, de un carpintero de Nazaret, pero esto podría deberse a que en lenguaje escrito "Hijo de un carpintero" y "mago" eran casi lo mismo y la confusión se debía a aquello. Había quien decía que se llamaba Jesús. El nombre había sido utilizado una o dos veces, pero cuando le preguntaban si era ése realmente su nombre, bien lo negaba o bien, con su aire ausente, se negaba en redondo a contestar.

Sus predicaciones solían carecer del fuego incendiario de la oratoria de Juan. Aquel hombre hablaba con suavidad, también con vaguedad, y sonreía a menudo. Hablaba de Dios de una forma extraña, también, y parecía estar relacionado, lo mismo que Juan, con los esenios, pues predicaba contra la acumulación de riquezas personales y hablaba del género humano como una hermandad, tal como hacían los esenios.

Pero cuando le guiaban hacia la hermosa sinagoga de Cafarnaún, de lo que estaban pendientes, sobre todo, era de los milagros. Ningún profeta hasta él había curado a los enfermos, y parecía entender los problemas de los que el pueblo raras veces hablaba. Era aquel espíritu comprensivo y afable lo que les hacía reaccionar, más que las palabras concretas que decía.

Por primera vez en su vida Karl Glogauer se había olvidado de Karl Glogauer. También, por primera vez en su vida, estaba haciendo lo que siempre había querido hacer como siquiatra.

Pero no era su vida. Estaba dando vida a un mito... una generación antes de que el mito naciera. Estaba completando cierto tipo de circuito síquico. No estaba cambiando la historia, sino dándole más substancia.

No podía soportar la idea de que Jesucristo fuese nada más que un mito. El podía hacer que Jesús fuese una realidad física y no el resultado de un proceso de autogénesis.

Y hablaba en las sinagogas y hablaba de un Dios más benigno que los dioses de que la mayoría habían oído hablar, y les explicaba parábolas cuando podía recordarlas.

E iba desvaneciéndose gradualmente la necesidad de justificar lo que estaba haciendo y haciéndose más tenue su sentido de la identidad, sustituido gradualmente por otro sentido de la



identidad distinto, en el que concedía un peso cada vez mayor al papel que había elegido. Era un papel arquetípico. Era un papel que tenía que atraer a un discípulo de Jung. Era un papel que iba más allá de la mera imitación. Era un papel que debía interpretar ya hasta la mismísima gran escena final. Karl Glogauer había descubierto la realidad que había estado buscando.

*Hallábase en la sinagoga cierto hombre poseído de un demonio inmundo, el cual gritó con grande voz, diciendo: Déjanos en paz, ¿qué tenemos que ver nosotros contigo, oh, Jesús Nazareno? ¿has venido a exterminarnos? Ya sé quién eres, eres el santo de Dios. Mas Jesús increpándole le dijo: Enmudece y sal de ese hombre. Y el demonio, habiéndole arrojado al suelo en medio de todos, salió de él sin hacerle el menor daño; con lo que todos se atemorizaron y, conversando unos con otros, decían: ¿Qué es esto? Con autoridad y poderío manda a los espíritus inmundos y ellos salen. Con esto se iba esparciendo la fama de su nombre por todo aquel país.*

(Lucas 4:33-37)

—Alucinación colectiva. Milagros, platillos volantes, apariciones, todo es lo mismo —había dicho Mónica.

—Es muy posible —había contestado él—. Pero ¿por qué los veían?

—Porque lo deseaban.

—¿Por qué lo deseaban?

—Porque tenían miedo.

—¿Y crees que fue sólo eso?

—¿No es suficiente?

Cuando salió la primera vez de Cafarnaún le acompañaba mucha más gente. Se había hecho ya imposible seguir en la ciudad, pues la gente que acudía a verle realizar sus sencillos milagros había paralizado prácticamente las actividades comerciales de allí.

Les hablaba fuera de las poblaciones, en los campos. Hablaba con hombres inteligentes e ilustrados que parecían tener algo en común con él. Algunos eran propietarios de embarcaciones de pesca, como Simón, Santiago y Juan. Otro era médico, otro un funcionario público que le había oído hablar por primera vez en Cafarnaún.

—Han de ser doce —les había dicho un día—. Como los signos del Zodíaco.

No se preocupaba por lo que decía. Muchas de sus ideas les resultaban extrañas. Muchas de las cosas de que hablaba eran desconocidas para ellos. Algunos fariseos pensaban que era en realidad un blasfemo por lo que decía.

Un día encontró a un hombre a quién reconoció como uno de los esenios de la colonia próxima a Maqueronte.

—Juan quiere hablar contigo —dijo el esenio.

—¿Aún vive Juan? —le preguntó él.

—Está confinado en Perea. Creo que Herodes tiene demasiado miedo y no se atreve a matarle. Le deja pasear por los muros y jardines de palacio, le deja hablar con sus hombres, pero Juan teme que Herodes reúna valor suficiente para ordenar que le lapiden o le decapiten. Necesita que le ayudes.

—¿Cómo puedo ayudarle? Ha de morir. Para él no hay esperanza ya.

El esenio miró sin comprender a los alucinados ojos del profeta.

—Pero maestro, no hay nadie más que pueda ayudarle.

—He hecho ya todo lo que él quería que hiciese —dijo el profeta—. He curado a los enfermos

y he predicado a los pobres.

—Yo no sabía que él quisiese eso. Pero ahora necesita ayuda, maestro. Tú podrías salvarle la vida.

El profeta había apartado al esenio de la multitud.

—No puede salvarle nadie ya.

—¿Es voluntad de Dios?

—Si yo soy Dios, entonces es voluntad de Dios.

El esenio se alejó, decepcionado y triste.

Juan el Bautista tenía que morir. Glogauer no tenía el menor deseo de cambiar la historia, sólo quería fortalecerla.

Siguió recorriendo Galilea con los que le seguían. Había seleccionado a los doce más ilustrados, y los demás que le seguían aún, predominantemente eran pobres. El les ofrecía su única esperanza de fortuna. Muchos eran de los que estaban dispuestos a seguir a Juan contra los romanos, pero Juan estaba encarcelado ya. Quizás aquel hombre pudiese dirigir la insurrección para saquear las riquezas de Jerusalén y Jericó y Cesárea. Cansados y hambrientos, los ojos vidriosos por el sol ardiente, seguían al hombre de la túnica blanca. Necesitaban una esperanza y descubrían motivos de esperanza. Le veían realizar grandes milagros.

En una ocasión en que les predicó desde una barca como era su costumbre, cuando volvía andando hacia la orilla, como había muy poca agua, les pareció que caminaba por encima.

Anduvieron por toda Galilea en el otoño, oyendo en todas partes la noticia de la ejecución de Juan el Bautista. La desesperación que causó el hecho se convirtió en esperanza renovada en aquel nuevo profeta que le había conocido.

En Cesárea les expulsaron de la ciudad los soldados romanos, acostumbrados ya a aquellos salvajes que vagaban por el país voceando sus profecías.

A medida que creció la fama de aquel profeta fueron echándoles de más ciudades. Y no sólo las autoridades romanas, sino que también las judías parecían reacias a tolerar al nuevo profeta como habían tolerado a Juan. Estaba cambiando el clima político.

Resultaba difícil conseguir alimentos. Vivían de lo que podían encontrar, andaban tan hambrientos como los animales salvajes.

El les enseñó a fingir comer y a borrar el hambre del pensamiento.

Karl Glogauer, brujo, hechicero, siquiatra, hipnotizador, mesías.

A veces su fe en el papel que había elegido se tambaleaba y sus seguidores se inquietaban al ver que se contradecía. Solían aplicarle ya el nombre que habían oído, Jesús el Nazareno. Casi nunca se oponía a que utilizasen aquel nombre, pero a veces se ponía furioso y gritaba un nombre extraño y gutural.

—¡Karl Glogauer! ¡Karl Glogauer!

Y ellos decían: Mirad, habla con la voz de Adonai.

—¡Llamadme por ese nombre! —les gritaba, y se asustaban y le dejaban hasta que se disipaba su cólera.

Cuando cambió el tiempo y llegó el invierno, volvieron a Cafarnaún, que se había convertido en reducto de sus seguidores.

Y en Cafarnaún pasó el invierno, haciendo profecías.

Varias de estas profecías se referían a él y al destino de quienes le seguían.

*Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijese que él era Jesús el Cristo. Y desde entonces empezó a decir a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y que padecería allí mucho a*

*causa de los ancianos y de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes, y que le matarían y que resucitaría al tercer día.*

(Mateo 16:20-21)

Estaban viendo la televisión en el piso de ella. Ella comía una manzana. Era entre las seis y las siete de una cálida tarde de domingo. Mónica señaló a la pantalla con su manzana a medio comer.

—Mira que disparate —dijo ella—. No puedes decirme honradamente que significa algo para ti.

Era un programa religioso, una ópera pop en una iglesia de Hampstead. La ópera narraba la historia de la crucifixión.

—Grupos pop en el pulpito —dijo Mónica—. Qué degradación.

El no contestó. El programa le pareció obsceno, de un modo oscuro. No se sentía capaz de discutir con ella.

—El cadáver de Dios empieza ya a pudrirse, sin duda —dijo Mónica alegremente—. ¡Uf! ¡Qué peste!

—Apágalo, anda —dijo él quedamente.

—¿Cómo se llama este grupo? ¿Las Larvas?

—Muy divertido. Apagaré yo la televisión, si no te importa.

—No, quiero verlo. Es divertido.

—¡Oh, vamos, apaga!

—¡Imitación de Cristo! —se burló Mónica—. Qué asquerosa caricatura.

Un cantante negro que estaba interpretando a Cristo y que cantaba con voz lisa y vulgar y acompañamiento intrascendente, empezó a perorar letras mortecinas sobre la hermandad del hombre.

—Si él se parecía a eso, no me extraña que lo crucificaran —dijo Mónica.

Karl se acercó al televisor y lo apagó.

—Vaya, estaba divirtiéndome —dijo ella con burlona decepción—. Era un canto de cisne encantador.

Más tarde le dijo con un tono afectuoso que a él le preocupó:

—Viejo carca. Qué lástima. Podrías haber sido John Wesley o Calvino o alguien así. No puedes ser un Mesías en estos tiempos, al menos con el enfoque que le das al asunto. Nadie te escucharía.

## **CAPITULO SEIS**

El profeta estaba viviendo en la casa de un hombre llamado Simón, aunque él prefería llamarle Pedro. Simón estaba agradecido al profeta porque había curado a su mujer de un mal del que llevaba mucho padeciendo. Había sido una enfermedad misteriosa, pero el profeta la había curado sin esfuerzo.

Había, por entonces, muchos forasteros en Cafarnaún. Muchos acudían a ver al profeta. Simón le advirtió que algunos eran conocidos agentes de los romanos y de los fariseos. Los fariseos no habían sido, en conjunto, opuestos al profeta, aunque desconfiaban de los rumores de milagros que habían llegado a sus oídos. Sin embargo, la atmósfera política estaba

enrarecida y en las tropas de ocupación romanas de Pilatos, desde los oficiales a los soldados mismos, reinaba la inquietud. Esperaban un estallido y no podían ver signos palpables de lo que se fraguaba.

Pilatos, por su parte, deseaba en realidad disturbios a gran escala. Demostrarían a Tiberio que había sido demasiado benigno con los judíos en la cuestión de las placas votivas. Pilatos quedaría así vengado y su poder sobre los judíos aumentaría. De momento, estaba en malas relaciones con todos los tetrarcas de las provincias, sobre todo con el inquieto Herodes Antipas, que, en otros tiempos, había parecido su único apoyo. Aparte de la situación política, su propia situación doméstica era inquietante, pues su neurótica esposa volvía a tener pesadillas y le exigía mucha más atención de la que él podía permitirse prestarle.

Quizás fuese posible, pensaba, provocar un incidente, pero tendría que cuidar mucho que Tiberio no llegase a enterarse. Aquel nuevo profeta podría proporcionar un punto focal pero, de momento, aquel individuo no había hecho nada contra las leyes de los judíos ni de los romanos. No existía ley alguna que prohibiese a un hombre proclamarse mesías, como decían que había hecho aquel nuevo profeta, que, por otra parte, no incitaba al pueblo a la rebelión, más bien lo contrario.

Mirando por el ventanal de su cámara, por el que se veían los minaretes y torres de Jerusalén, Pilatos analizaba la información que sus espías le habían llevado.

Poco después del festival que los romanos llamaban Saturnalia, el profeta y sus seguidores dejaron de nuevo Cafarnaún y se lanzaron otra vez a recorrer el país.

Había ya menos milagros, porque no hacía tanto calor, pero sus profecías tenían gran audiencia. Aquel nuevo profeta advertía a sus oyentes de todos los errores que se producirían en el futuro, de todos los crímenes que se cometerían en su nombre.

Vagó por Galilea y por Samaría, siguiendo los magníficos caminos romanos hacia Jerusalén.

Se acercaba la Pascua.

En Jerusalén, los oficiales romanos analizaban la inminente festividad. Era por entonces cuando se producían siempre los peores disturbios. Ya había habido motines antes, en la fiesta de Pascua y habría problemas, sin duda, también aquel año.

Pilatos habló con los fariseos, pidiendo su cooperación. Los fariseos dijeron que harían lo que pudieran pero que no podrían evitar que el pueblo actuase neciamente.

Pilatos frunció el ceño y les despidió.

Sus agentes le llevaban informes de todo el territorio. Algunos mencionaban al nuevo profeta pero decían que era inofensivo de momento, pero que si llegaba a Jerusalén durante la Pascua, quizá ya no lo fuese.

Dos semanas antes de la fiesta de Pascua, el profeta llegó al pueblo de Betania, junto a Jerusalén. Algunos de sus seguidores galileos tenían amigos en Betania y estos amigos estaban más que deseosos de hospedar al hombre del que habían oído hablar a otros peregrinos que iban camino de Jerusalén y del gran templo.

El motivo de que hubiesen ido a Betania era que el profeta estaba inquieto por el gran número de gente que le seguía.

—Son demasiados —le había dicho a Simón—. Demasiados, Pedro.

Glogauer estaba demacrado, ojeroso. Hablaba muy poco.

A veces, miraba a su alrededor vagamente, como si no supiese muy bien dónde estaba.

Llegaron noticias a la casa de Betania de que había agentes romanos haciendo preguntas sobre él. No pareció inquietarle. Por el contrario, cabeceó pensativo, como si esto le complaciera.

En una ocasión, fue caminando con dos de sus seguidores por el campo, para contemplar a Jerusalén. Las murallas amarillo claro de la ciudad eran un gozoso espectáculo a la luz de la tarde. Las torres y los altos edificios, muchos de ellos decorados con mosaicos rojos, amarillos y azules, podían verse a varios kilómetros de distancia.

El profeta volvió luego otra vez a Betania.

—¿Cuándo iremos a Jerusalén? —le preguntó uno de sus seguidores.

—Todavía no —dijo Glogauer. Caminaba encorvado y se protegía el pecho con los brazos y con las manos como si tuviese frío.

Dos días antes de la fiesta de Pascua de Jerusalén, el profeta llevó a sus hombres al Monte de los Olivos, por un arrabal de Jerusalén que se trazaba en su ladera y que se llamaba Betfage.

—Conseguidme un asno —les dijo—. Un pollino de asno. Ahora debo hacer que se cumpla ya la profecía.

—Entonces, todos sabrán que eres el Mesías —dijo Andrés.

—Sí.

Glogauer suspiró. Tenía miedo de nuevo, pero esta vez no era un miedo físico. Era el miedo del actor que está a punto de interpretar la escena final, la más dramática, y que no está seguro de si podrá hacerla bien. Glogauer tenía el labio superior cubierto de un sudor frío. Se lo enjugó.

A la escasa luz, miró a los hombres que le rodeaban.

Aún no sabía con certeza los nombres de algunos. No le interesaban sus nombres en especial. Sólo su número. Había diez allí con él. Los otros dos buscaban el borrico.

Estaban allí en en la herbosa ladera del Monte de los Olivos, mirando hacia Jerusalén y el gran templo que se alzaba abajo. Soplaba una brisa cálida y leve.

—¿Judas? —dijo inquisitivamente Glogauer.

Había uno llamado Judas.

—Sí, maestro —dijo.

Era alto y apuesto, pelo rojizo y rizado, ojos inteligentes y neuróticos. A Glogauer le parecía epiléptico.

Glogauer miró pensativo a Judas Iscariote.

—Quiero que me ayudes, más tarde —dijo—, cuando hayamos entrado en Jerusalén.

—¿Qué he de hacer, Maestro?

—Has de llevar un mensaje a los romanos.

—¿Los romanos? —Iscariote parecía sorprendido—. ¿Por qué?

—Han de ser los romanos. No pueden ser los judíos... utilizarían la hoguera o el hacha. Ya te explicaré más cuando llegue el momento.

El cielo estaba oscuro, brillaban las estrellas sobre el Monte de los Olivos. Hacía ya frío. Glogauer temblaba.

*iOh hija de Sión! Regocíjate. Salta de Júbilo,  
iOh hija de Jerusalén! he aquí  
que a ti viene tu rey; es justo y victorioso  
viene pobre y montado en una asna y su potrillo.*

(Zacarías 9:9)

*iOsh'na! iOsh'na! iOsh'na!*

Cuando Glogauer entró a lomos del asno on la ciudad, sus seguidores corrían delante

echando en el suelo ramas de palma. Había gente a ambos lados de la calle, avisada de la llegada del profeta por sus propios seguidores.

El nuevo profeta cumplía así las profecías de los textos antiguos y eran muchos los que creían que había ido a acaudillarles contra los romanos. Quizás en aquel momento se dirigiese a casa de Pilatos, a enfrentarse a él.

—*iOhs'nal iOhs'na!*

Glogauer miraba distraído a su alrededor. La grupa del asno, aunque estaba acolchada por las capas de sus seguidores, era realmente incómoda. Se sentía inseguro allí arriba y tenía que sujetarse a la crin del animal. Oía las palabras, pero no podía diferenciarlas claramente.

—*iOsh'na! iOsh'na!*

Al principip pensó que decían "hosana", pero luego se dio cuenta de que lo que gritaban era "libéranos", en arameo.

iLibéranos! iLibéranos!

Juan había planeado alzarse en armas contra los romanos aquella Pascua. Eran muchos los que estaban esperando para participar en la rebelión.

Creían que él iba a ocupar el puesto de Juan como caudillo de los rebeldes.

—No —les murmuraba, contemplando sus rostros expectantes—. No, yo no soy el Mesías, no puedo liberaros, no puedo...

No le oían, ensordecidos por sus propios gritos.

Karl Glogauer entró en Cristo. Cristo entró en Jerusalén. La historia se acercaba a su culminación.

—*iOsh'na!*

No estaba en la historia. No podía ayudarles.

*En verdad, en verdad os digo que quien recibe oí que yo enviare, a mí me recibe, y quien a mí me recibe, recibe a aquel que me ha enviado. Habiendo dicho Jesús estas cosas, se turbó en su espíritu y declaró y dijo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará.*

*Al oír esto, los discípulos, mirábanse unos a otros, dudando de quién hablaría. Estaba uno de ellos, al cual Jesús amaba, recostado a la mesa sobre el seno de Jesús. A este discípulo, pues, Simón Pedro le hizo una seña, diciéndole: ¿De quién habla? El entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? Jesús le respondió: Es aquel a quien yo daré pan mojado. Y, habiendo mojado pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote.*

*Y después que tomó éste el bocado, Satanás entró en él. Y Jesús le dijo: Lo que has de hacer, hazlo pronto.*

(Juan 13.20-27)

Judas Iscariote frunció el ceño, inseguro, salió de la habitación a la calle atestada, abriéndose paso hacia el palacio del gobernador. Iba a desempeñar, un papel en un plan destinado a engañar a los romanos y a hacer al pueblo sublevarse para defender a Jesús, aunque el plan le pareciese un disparate. La atmósfera era tensa en aquellas calles atestadas. Había muchos más soldados romanos de los habituales, patrullando.

Pilatos era un hombre corpulento, de cara bonachona y ojos lisos y duros. Miró desdeñoso al judío.

—No pagamos a los delatores que dan información falsa —advirtió.

—No busco dinero, señor —dijo Judas, fingiendo la actitud servil que parecían esperar los romanos de los judíos—. Soy un leal subdito del emperador.

—¿Quién es el rebelde?

—Jesús de Nazaret, señor. Entró hoy en la ciudad...

—Lo sé. Le vi. Pero tengo entendido que en sus predicaciones habla de paz y de respeto a la ley.

—Con el fin de engañaros, señor.

Pilatos frunció el ceño. Era probable. Parecía el tipo de artimaña que había empezado a sospechar de aquellas gentes que hablaban tan suave.

—¿Tienes pruebas?

—Soy uno de sus lugartenientes, señor. Estoy dispuesto a atestiguar su culpabilidad.

Frunció Pilatos sus gruesos labios. No podía permitirse ofender a los fariseos en aquel momento. Ya le habían causado bastantes problemas. Caifas, en concreto, se lanzaría enseguida a clamar "Injusticia" si detenía a aquel hombre.

—Afirma ser el verdadero rey de los judíos, el descendiente de David —dijo Judas, repitiendo lo que le había dicho su maestro que dijera.

—¿De veras? —Pilatos miraba pensativo por el ventanal.

—En cuanto a los fariseos, señor...

—¿Qué me dices de ellos?

—Los fariseos desconfían de él. Preferirían verle muerto. Habla contra ellos.

Pilatos cabeceó. Entrecerró los ojos mientras consideraba aquella información. Los fariseos quizás odiasen al loco, pero aprovecharían enseguida políticamente su detención.

—Los fariseos quieren que se le detenga —siguió Judas—. La gente acude en masa a escuchar al profeta y hoy unos cuantos organizaron un motín en el templo en su nombre.

—¿Es verdad eso?

—Es verdad, señor.

Era cierto. Una media docena de individuos habían atacado a los cambistas del templo y habían intentado robarles. Cuando les detuvieron, dijeron que cumplían la voluntad del Nazareno.

—No puedo detenerlo —dijo caviloso, Pilatos.

La situación era ya peligrosa en Jerusalén, pero si se atrevían a detener a aquel "rey", podría resultar que precipitasen la insurrección. Tiberio le pediría cuentas a él, no a los judíos. Debía implicar a los fariseos en el asunto. La detención debían hacerla ellos.

—Aguarda aquí un momento —le dijo a Judas—. Enviaré un mensaje a Caifas.

*En esto llegan a un lugar llamado Getsemaní. Y dice a sus discípulos: Sentaos aquí mientras hago oración. Y llevándose consigo a Pedro, y a Santiago y a Juan, comenzó a atemorizarse y angustiarse. Y díjoles: Mi alma está triste hasta la muerte. Aguardad aquí y velad.*

(Marcos 14:32-4)

Glogauer veía ya aproximarse a la multitud. Por primera vez desde Nazaret se sentía físicamente exhausto y débil. Iban a matarle. Tenía que morir; aceptaba eso, pero temía el dolor que se avecinaba. Se sentó allí, en la ladera de la colina, contemplando las antorchas que iban aproximándose.

*—El ideal del martirio no existió nunca más que en el pensamiento de algún que otro asceta —había dicho Mónica—. Parlo demás, era simple masoquismo mórbido, un fácil medio de eludir*

*la responsabilidad ordinaria, un método para mantener controlados a los reprimidos...*

*—No es tan simple al asunto...*

*—Lo es, Karl.*

Ahora vería Mónica. Lo único que lamentaba era el que resultase tan improbable que Mónica llegase alguna vez a saberlo. Había pensado escribirlo todo y ponerlo en la máquina del tiempo con la esperanza de que pudiese recuperarse. Qué extraño, él no era un hombre religioso en el sentido habitual, era un agnóstico. No le había llevado la convicción a defender la religión frente al cínico menosprecio de Mónica hacia ella. Había sido, más bien, la *falta* de convicción en el ideal en que había asentado ella su propia fe, el ideal de la ciencia como panacea de todos los males. No podía compartir aquella fe y nada quedaba sino la religión, aunque no podía creer en el tipo de Dios del cristianismo. El dios concebido como una fuerza mística, de los misterios cristianos y de otras grandes religiones, nunca había sido para él bastante personal. Su mente racional le había dicha que Dios no existía en ninguna forma personal. Su inconsciente le había dicho que no bastaba con la fe en la ciencia.

*—La ciencia es algo básicamente opuesto a la religión —le había dicho una vez Mónica con aspereza—. Por muchos jesuitas que se reúnan a racionalizar su enfoque de la ciencia, queda en pie el hecho de que la religión no puede aceptar las actitudes básicas de la ciencia y que en la ciencia hay una oposición implícita a los principios básicos de la religión. El único terreno en el que no existe diferencia ni necesidad de enfrentamiento es el del supuesto último. Uno puede admitir o no admitir que haya un ser sobrenatural llamado Dios, pero en cuanto empiezas a defender cualquiera de los dos supuestos, tiene que haber conflicto.*

*—Tú hablas de la religión organizada...*

*—Hablo de la religión como algo opuesto a una creencia. ¿Qué falta nos hace el ritual de la religión cuando tenemos un ritual muy superior, el de la ciencia, que puede reemplazarlo? La religión es un sustituto razonable del conocimiento. Pero ya no hay necesidad de sustitutos, Karl. La ciencia nos proporciona una base más sólida para formular sistemas éticos y racionales. No necesitamos la zanahoria del cielo y el garrote del infierno, la ciencia puede mostrarnos ya las consecuencias de los actos, y los hombres pueden juzgar fácilmente por sí mismos si esas acciones son justas o injustas.*

*—No puedo aceptarlo.*

*—No puedes porque estás enferma. Yo también estoy enferma, pero al menos puedo ver una posibilidad de curación.*

*—Yo sólo puedo ver la amenaza de la muerte...*

Tal como habían acordado, Judas le besó en la mejilla y la fuerza conjunta de guardianes del templo y soldados romanos le rodeó.

A los romanos les dijo, con cierta torpeza:

*—Soy el rey de los judíos.*

A los guardianes del templo les dijo:

*—Soy el Mesías que ha venido a destruir a vuestros amos los fariseos.*

Y entonces se lo llevaron, ya condenado, y se inició el ritual definitivo.

## **CAPITULO SIETE**



Fue un juicio sucio, una mezcla arbitraria de normas romanas y normas judías que no satisfizo por completo a nadie. El objetivo se logró tras varias conferencias entre Poncio Pilatos y Caifas, y tres tentativas de fusionar sus sistemas legales diversos, con el fin de resolver la situación. Ambos necesitaban un chivo expiatorio para sus diversos objetivos y así se alcanzó al fin el resultado y se condenó al loco, de un lado por rebelión contra Roma y del otro por herejía.

Una característica peculiar del juicio fue que los testigos eran todos seguidores del reo y que parecían, pese a ello, ansiosos de que le condenaran.

Los fariseos aceptaron que se aplicase en aquella situación y aquel momento el método romano de ejecución, y se decidió crucificarle. El individuo tenía, sin embargo, bastante prestigio, por lo que se haría imprescindible utilizar algunos de los métodos garantizados de humillación de los romanos, con el fin de convertirle ante los peregrinos en una imagen patética y ridícula. Pilatos aseguró a los fariseos que se cuidaría personalmente de ello, pero se aseguró también de que firmasen documentos aprobando sus actos.

*Los soldados le llevaron entonces al patio del pretorio, y, reuniéndose allí toda la cohorte, vístienle de púrpura y le ponen una corona de espinas entretrejidas. Y comenzaron enseguida a saludarle: salve, ioh Rey de los Judíos! y al mismo tiempo, herían su cabeza con una caña, y escupíanle, e hincados de rodillas, le adoraban. Después de haberse mofado de él, le desnudaron de la púrpura y, volviéndole a poner sus vestidos, le condujeron afuera para crucificarle.*

(Marcos 15:16-20)

Tenía ya el cerebro embotado, por el dolor y por el ritual de humillación; por haberse entregado completamente a su papel.

Se sentía demasiado débil para soportar la pesada cruz de madera, y caminaba tras ella, arrastrándose hacia el Gólgota, mientras la llevaba un cirineo al que los romanos habían obligado a hacerlo.

Mientras avanzaba tambaleante por las calles silenciosas y atestadas de gente, contemplado por los que habían creído que les acaudillarían contra los dominadores romanos, los ojos se le llenaban de lágrimas, con lo que se le nublaba totalmente la vista y tropezaba y se salía del camino y los guardias romanos le volvían a él a empellones.

*—Eres un individuo demasiado emotivo, Karl. Por qué no usas ese cerebro que tienes, de vez en cuando, y te analizas.*

Recordaba las palabras, pero le resultaba difícil recordar quién las había dicho y quién era Karl.

El camino que ascendía por la ladera de la colina, era pedregoso y a veces resbalaba, recordando otra colina a la que había subido hacía mucho: Le parecía que entonces era un niño, pero el recuerdo se fundía con otros y era imposible determinarlo.

Respiraba pesada y laboriosamente. Apenas sentía ya el dolor de las espinas en la cabeza, pero todo su cuerpo parecía palpar al unísono con su corazón. Era como un tambor.

Anocheía. Se ponía el sol. Cayó de bruces, haciéndose un corte en la cara con una piedra, cuando llegaba ya a la cima de la colina. Se desmayó.

*Y le condujeron al lugar llamado Gólgoía, que significa lugar de la calavera. Allí le daban a beber vino mezclado con mirra, mas él no quiso beberla.*

(Marcos 15:22-3)

Apartó la copa. El soldado se encogió de hombros y le cogió un brazo. El otro ya se lo tenía cogido otro soldado.

Cuando recuperó la conciencia empezó a temblar violentamente. Sintió un dolor intenso al clavársele las sogas en la carne de las muñecas y de los tobillos. Forcejeó.

Sintió que le colocaban algo frío contra la palma. Aunque sólo cubría un pequeño sector del centro de su mano, parecía muy pesado. Oyó un sonido que seguía también el ritmo del latir de su corazón. Volvió la cabeza para mirar la mano.

Un soldado que enarbolaba un mazo iba clavando aquel gran clavo de hierro en su mano mientras él yacía sobre la cruz que aún estaba horizontal en tierra. Miró, preguntándose por qué no sentía dolor. El soldado alzó más el mazo cuando el clavo encontró resistencia en la madera. Erró por dos veces, machacándole los dedos a Glogauer.

Glogauer miró hacia el otro lado y vio que el segundo soldado clavaba también. Era evidente que también había errado varias veces, porque Glogauer tenía aquellos dedos magullados y ensangrentados.

El primer soldado terminó de clavar su clavo y pasó a ocuparse de los pies. Glogauer sintió que el hierro se deslizaba taladrando su carne, oyó el martilleo.

Utilizando una polea, empezaron a alzar la cruz para ponerla vertical. Glogauer advirtió que estaba solo. No crucificaban aquel día a nadie más.

Vio claramente las luces de Jerusalén que se extendían abajo. Aún había algo de luz en el cielo, pero no mucha ya. Pronto sería de noche. Había un pequeño grupo mirando. Una de las mujeres le recordó a Mónica. La llamó.

—¿Mónica?

Pero se le quebró la voz y sólo pudo emitir un susurro. La mujer ni siquiera levantó los ojos.

Sentía la presión del cuerpo en los clavos que le sujetaban. Creyó sentir un pinchazo doloroso en la mano izquierda. Sangraba mucho, al parecer.

Era extraño, reflexionó, que hubiese de ser él quien estuviese allí colgado. Aquel era el acontecimiento que había ido a presenciar. No había duda, sí. Todo había salido perfectamente.

Aumentó el dolor de la mano izquierda.

Bajó la vista hacia los guardias romanos que jugaban a los dados al pie de su cruz. Parecían absortos en su juego. No podía ver las marcas de los dados desde aquella altura.

Suspiró. El movimiento del pecho pareció lanzar una tensión suplementaria hacia las manos. El dolor era ya muy intenso. Pestañeó e intentó aliviar de algún modo aquel dolor apoyándose contra la madera.

El dolor empezó a extenderse por todo el cuerpo. Rechinó los dientes. Era espantoso. Jadeó, gritó. Forcejeó.

Ya no había luz alguna en el cielo. Tapaban las estrellas y la luna espesas nubes.

De abajo llegaron voces susurradas.

—Bajadme —dijo—. ¡Bajadme, por favor!

Le inundaba el dolor. Se echó hacia adelante, pero nadie le liberaba.

Poco después, alzó la cabeza. El movimiento hizo que volviese el dolor y empezó de nuevo a forcejear en la cruz.

—Bajadme. Por favor. ¡Basta ya!

Toda su carne, todos sus músculos y tendones y huesos de su cuerpo estaban sumergidos a un nivel casi imposible de dolor.

Sabía que no sobreviviría hasta el día siguiente, como había pensado que podría. No había comprendido la magnitud de su dolor.

*Y a la hora nona exclamó Jesús, dando un fuerte grito: "Eloí, Eloí, Jama sabacfani" que significa: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?*

(Marcos 15:34)

Glogauer tosió. Fue un sonido seco, apenas audible. Debajo de la cruz, los soldados le oyeron, porque el silencio de la noche era ya muy intenso.

—Es curioso —dijo uno—. Ayer le adoraban. Hoy parecían desear que le matáramos... hasta los que estaban más próximos a él.

—Tengo ganas de dejar este país —dijo otro.

Oyó de nuevo la voz de Mónica.

—Son la debilidad y el miedo, Karl, los que te llevan a eso. El martirio es vanidad. ¿Es que no te das cuenta?

Debilidad y miedo.

Tosió otra vez y volvió el dolor, pero más apagado.

Justo antes de morir, empezó a hablar de nuevo, murmurando palabras hasta que quedó sin aliento.

—Es mentira. Es mentira. Es mentira.

Más tarde, después de que robasen su cadáver los siervos de doctores que creían que debía tener propiedades mágicas, corrió el rumor de que no había muerto. Pero el cadáver estaba ya pudriéndose en las salas de disección de los médicos y muy pronto estaría destruido.

# ADIÓS MIRANDA

*Adiós, Miranda*

*Adiós, Miranda.*

*Miranda.*

Giraba y planeaba sobre el agua gris como un ave marina. Estaba completamente loco.

*Adiós, Miranda.*

Su quejumbrosa risa era desagradable, en contraste con los sonidos del mar. Contenia excesivo dolor. Quien la oía, sólo podía reaccionar contra semejante sonido, intentar que cesara lo antes posible. Pero no podían cogerle. Nicholas sabía volar.

*iMiranda!*

—Ojalá tuviese un arma, Miranda.

—¿Le matarías, padre?

—Pues claro que le mataría. ¿Por qué hará esto?

—Porque está loco, padre. ¿Le matarás si consigo un arma?

—Claro que sí. Es insoportable. Nos está atormentando deliberadamente.

—Le amaba.

—Ya lo sé. Le amaste. Pero eso no excusa el que venga a rondar aquí aullando. Como un pájaro de mal agüero, que es lo que parece.

—Es amor, padre... amor hecho locura. Habría que pegarle un tiro. Creo que es lo que quiere.

—Por lo menos es lo que quiero yo.

Seguían allí encerrados, en la casita del promontorio. No querían salir. El llevaba fuera ya dos días y dos noches. El loco volador. Bueno, no debería haberles contado lo de aquella... levitación... debería habérselo guardado para él solo. Un hombre no tiene por qué saber. Pero una vez que sabe, ha de actuar en consecuencia. El no podía dejar que su hija se casara con un, un... espectro.

Y ahora mira lo que había pasado. Al fin había dado con ellos. Miranda ya había dicho que les encontraría.

Dios mío, si al menos tuviera un arma...

*Por favor, sal y dime adiós, Miranda.*

Estaba otra vez en el tejado.

*Soy yo... Nicholas.*

Junto a la chimenea, sí, chillando con voz estertórea, como si fuera un pájaro.

*Dime adiós, Miranda.*

Ella se tapó los oídos. Tenía la cara crispada por el dolor que le causaba la voz de él. Un dolor físico.

— ¡Deténle, padre!

—¿Cómo? Si tuviera un arma... le mataría a tiros.

—Tenemos que conseguir un arma.

—¿Dónde? ¿Dónde podemos conseguir un arma?

—Tendrás que ir al pueblo.

—Estando él ahí fuera no.

*Oh, Miranda. Sólo adiós.*

—¡Adiós, adiós, adiós! ¡Vete, Nicholas! ¡Vete! ¡Por favor!

—Lo mismo dijiste ayer.

—Sí, pero mañana iré. ¿Es que él no duerme?

*¡Miranda! ¡Adiós!*

Saltó sobre su padre, desgarrando con sus pálidas manos.

—Vete, padre. ¡Consigue el arma! ¡Un arma! ¡Un arma!

—Mañana —dijo el padre, forcejeando con ella—. Estáte quieta ya. Dije que iba mañana y lo haré.

Sus dedos amarillos la agarraron con fuerza.

—¡Basta ya, Miranda!

—¡El arma!

—¡Vete Nicholas!

Su respiración era un rumor apenas audible. Estaba sucia, con la cara arrugada, el cuchillo aún en la mano. La sangre de su padre empapaba el cadáver de su padre.

*Sólo adiós, Miranda. Nada más. Te quiero.*

Su cuerpo delgado se estremeció.

Fue hacia la puerta, caminando con mucho cuidado. Estiró el brazo hacia el cerrojo y la manga marrón de su vestido se deslizó por un brazo magullado. Descorrió el cerrojo.

—*¡Vete, Nicholas!*

Le llegó la voz de él de entre las nubes rotas.

—*¡Miranda!*

El aire era cortante, tan cortante como su voz.

Alzó la vista sobre el tejado de la casa y vislumbró su cuerpo loco volando muy deprisa, planeando. Oyó pasar su cuerpo sobre ella, le vio girando sobre el mar, oyó la voz, aguda, dolorida: *Adiós, Miranda*. Y advirtió que el corazón golpeaba con fuerza su carne bajo el pecho. Cogió el cuchillo.

*¡Miranda!*

—Oh... —dijo, cuando el cuchillo la atravesó y empezó a desplomarse, primero contra la balanceante puerta, luego hacia atrás. Cayó con ruido sordo sobre las piedras del suelo.

Cuando él volvió, vio que la luz se derramaba por la puerta, libre ya de la casa, perdiéndose en la noche. Aterrizó junto a la puerta, pero estaba físicamente demasiado débil para caminar, así que entró en la casa deslizándose y vio los cadáveres.

Quedó desconcertado. Su rostro oscuro, ajado y flaco, se agitó con el esfuerzo de pensar, pero el pensar ya no estaba a su alcance.

*¿Miranda?*

Movió despacio la cabeza, pero de nada sirvió.

Su cuerpo retrocedió, cruzó la puerta, deslizándose a unos centímetros del suelo.

*Adiós, Miranda.*

Se fue volando, gritando aún, aunque, extrañamente, en el grito ya no había dolor.

## FLUJO

Max File se echó hacia delante y dirigió una pregunta impaciente hacia el compartimento del conductor.

—¿Cuánto falta para que lleguemos? —Luego recordó que aquel coche no tenía conductor. Normalmente, como comandante en jefe de la Fuerza Nuclear Defensiva Europea, se permitía el lujo de un chófer, pero aquel día su lugar de destino era secreto y ni siquiera él lo sabía.

El plan de ruta estaba guardado en la computadora del controlador automático del vehículo.

Se retrepó en el asiento, considerando que era inútil preocuparse.

El coche dejó la Ruta Principal como unos ochocientos metros antes de llegar al circuito central de tráfico, que lanzaba vehículos y mercancías al sistema urbano circundante como una gigantesca rueda giratoria. El coche se dirigía a los sectores más viejos de la ciudad, los más próximos al suelo. File agradecía esto, aunque no se lo confesase a sí mismo. Sobre él seguía aún aquel zumbido que abarcaba todo el horizonte y aquel vibrante murmullo de aquel paraíso de ingenieros, pero era, al menos, más difuso. El ruido era de igual intensidad, pero más caótico. Y a File le resultaba por ello más agradable. El coche se vio obligado a detenerse por dos veces, ante las densas avalanchas de peatones que brotaban de las estaciones ferroviarias públicas a presión, las caras crispadas y sudorosas, camino del trabajo.

File se mantenía impasible en estas paradas, aunque ya iba con retraso a la reunión. ¿Qué sentido podía tener, se preguntaba, aquel Gargantúa que se asentaba aullando sin cesar, sobre el continente? Jamás dormía; nunca cesaba de aullar, orgulloso, su propio poder. Y por muy benévola que Europa fuese hacia sus cientos de millones de habitantes, no había duda de que estos eran, todos y cada uno, sus esclavos.

¿Cómo habría surgido, cuál sería su fin? El exceso de desarrollo era ya tan notorio internamente que los seres humanos apenas encontraban sitio para vivir allí. Mirando desde el espacio, pensaba, no debían verse seres humanos. Debía parecer sólo una máquina de movimientos rápidos y maravillosa potencia, sin ningún objetivo.

Max File no tenía gran fe en la capacidad de la Comunidad Económica Europea para prolongar indefinidamente su existencia. Se había desarrollado muy deprisa, pero lo había hecho sola, sin las ventajas de una planificación humana racional. Por eso podían percibirse ya, pensaba, las semillas del derrumbe inevitable.

Pacientemente, el coche se lanzó a toda marcha a través de la multitud, enfiló un canal despejado y siguió luego su complicada ruta. Más tarde, se abrió camino por un laberinto de señales, direcciones y cruces elevados antes de parar frente a un pequeño edificio de tres plantas que poseía un áspero pero sólido sello de autoridad.

Había guardias a la entrada, claro indicio de la gravedad de la emergencia. File fue escoltado hasta la quinta planta. Allí le hicieron pasar a una cámara sin ventanas, con artesonado de madera e iluminación agradable y pródiga. En la mesa oval se había reunido ya el gobierno de la Comunidad Económica Europea, que esperaba silencioso su llegada. Los ministros alzaron la vista cuando entró.

Constituían un grupo extrañamente tranquilo y serio, con sus clásicos trajes, todos oscuros, el papel en blanco ante ellos en limpios cuadrados. Predominaba una atmósfera de prudente contención. La mayoría de los ministros sólo dirigieron a File cabeceos distantes cuando entró y luego bajaron parcamente los ojos, como antes. File devolvió los cabeceos. Les conocía a todos,

aunque no íntimamente. Todos tendían siempre, por alguna razón, a guardar las distancias con él, pese a la elevada posición de que disfrutaba... y a la que parecía destinado desde la niñez.

Sólo el primer ministro, Strasser, se levantó a darle la bienvenida.

—Siéntese File, por favor —dijo.

File estrechó la mano que le ofrecía el viejo y luego se dirigió a su sitio. Strasser empezó a hablar de inmediato; era evidente que pretendía que la reunión fuese breve y fructífera.

—Como todos sabemos —empezó—, la situación en Europa ha llegado al borde de la guerra civil. Sin embargo, la mayoría de nosotros sabe también que no estamos hoy aquí para analizar un plan de acción. Me dirijo especialmente a usted, File. Estamos aquí para comprender nuestra posición y para proponer una misión.

Strasser se sentó e hizo un gesto protocolario al individuo que estaba a su derecha. Standon, pálido y huesudo, inclinó la cabeza hacia File y dijo:

—Cuando nos sentamos por primera vez a analizar este problema, pensamos que no difería de las demás crisis de la Historia... consideraríamos primero los objetivos y la intención de las facciones políticas y económicas enfrentadas, y luego, decidiríamos a quien respaldar y a quien combatir. Pronto descubrimos nuestro error. Comprendimos primero que Europa es sólo una entidad política, no una entidad nacional, con lo que desaparécela la base más elemental de actuación. Luego intentamos abarcar todo el sistema que consideramos Europa... y fracasamos. ¡Europa es inviable como una economía industrial!

Hizo una pausa y pareció brotar justo debajo de la superficie de su cara una extraña emoción. Se agitó inquieto y siguió luego con tono más firme.

—Somos el primer gobierno de la Historia que tiene conciencia de no saber controlar los acontecimientos y está dispuesto a admitirlo. El continente que tenemos a nuestro cargo se ha convertido en el fenómeno más descomunal, complejo y tenso que haya existido jamás en la superficie del planeta. No sabemos controlarlo, como no sabemos controlar el mecanismo que rige el crecimiento de un organismo vivo concreto. Algunos somos de la opinión de que la industria europea se ha convertido en realidad en un organismo vivo... pero un organismo que no tiene la sensatez y la certeza de un buen desarrollo que tiene un organismo natural. Nació al azar y siguió luego sus propias leyes. Hay uno entre nosotros —indicó al severo Brown Gothe, que se sentaba al otro lado de la mesa— que compara a Europa con un cáncer.

A File le pareció curiosa la gran similitud que había entre las conclusiones del ministro y sus propios pensamientos de unos minutos antes.

—Europa sufre de compresión —continuó Standon—. Todo está tan presurizado, energías y procesos están tan sólidamente apoyados unos en otros, que todo el sistema se ha fundido en un plenum sólido. En el plano político, no hay sencillamente espacio para maniobrar. No podemos determinar, por tanto, el curso de los acontecimientos ni por computación ni por cálculo ni por sentido común, y no podemos conocer las consecuencias de ninguna acción determinada. En suma, ignoramos por completo el futuro, participemos o no en él.

File echó un vistazo a los reunidos. La mayoría de los ministros aún contemplaban pasivamente sus cuadernos de notas. Uno o dos, con Strasser y Standon, le miraban expectantes.

—Yo he llegado a la misma conclusión —dijo—. Pero supongo que habrán decidido ustedes algo.

—No —dijo vigorosamente Standon—. Esa es la base del asunto. Si las cosas estuviesen tan claramente definidas, no habría este problema... no tendríamos más que elegir uno de los dos campos. Pero no hay dos facciones... hay tres o cuatro... tres o cuatro, con más de fondo. La idea misma de qué es mejor pierde sentido cuando no sabemos lo que va a pasar. Lógicamente, el único criterio de lo indeseable es la destrucción de la Comunidad, pero incluso en tal caso,



¿quién sabe? Quizá nuestro crecimiento haya llegado a ser tan monstruoso que no tengamos ya posibilidad de seguir existiendo. No hay ideales que nos guíen y, en cualquier caso, ya no hay una dirección deliberada en lo que a Europa se refiere.

Standon apartó los ojos de File y pareció meditar un instante.

—Podían añadir —dijo—, que después de disponer de varias semanas para pensar sobre el asunto, opinamos que ha sucedido siempre esto en los asuntos políticos. Lo que le dio al estadista del pasado la ilusión de que tenía libertad para determinar los acontecimientos, fue sólo el que quedaba espacio libre aún para maniobrar. Ahora ya no lo hay, y la ilusión se ha disipado, y nos damos cuenta de nuestra impotencia, y todo resulta mucho más aterrador, al mismo tiempo.

Hizo otra pausa, se encogió de hombros, y luego continuó:

—Por ejemplo, Europa, debido a su inmensidad, podría absorber gran número de explosiones nucleares de fusión y seguir funcionando. No hace falta que añada que, en el momento actual, puede adquirir tales armas cualquier empresa grande. Creemos incluso que hay algunas bombas de pequeña potencia en manos de grupos minoritarios.

File reflexionó con la mayor tranquilidad posible. De pronto, la crisis había saltado los límites de las consideraciones prácticas para caer en los dominios de la filosofía. Parecía absurdo, pero no cabía más que admitir el hecho.

File apreciaba la cautela de aquellos hombres tan serenos. Temía como ellos la tiranía, pero había muchas advertencias en la Historia contra las medidas preventivas precipitadas. Fue para evitar la tiranía para lo que asesinaron a César los conspiradores, y al cabo de unas horas, las consecuencias de su estúpida acción habían sumergido al estado en un caos aterrador peor aún de lo que ellos habían imaginado. Los ministros tenían razón: no había lo que llaman voluntad libre, y el estado sólo era manejable si era tan simple como para no salirse nunca de sus raíles.

—Supongo que se habrá hecho todo lo posible por intentar determinar el curso de los acontecimientos —dijo—. Que se habrá recurrido a la cibernética...

Standon le dirigió una sonrisa tolerante.

—Se ha hecho todo —dijo.

Como si esto fuese una clave, habló un tercer hombre. Appeltoft, cuyo sector concreto era el de la ciencia y la tecnología, era más joven que los otros y algo más apasionado. Alzó la vista para dirigirse a File.

—Nuestra única esperanza estriba en destruir a tiempo como se estructuran los acontecimientos... esto puede parecer sumamente teórico, considerando que se trata de un problema grave y real, pero así están las cosas. Con el fin de emprender una acción eficaz en el presente, es necesario que conozcamos antes el futuro, y esta es la misión que pensamos encomendarle a usted. El Complejo Investigador de Ginebra ha descubierto un medio de depositar a un hombre unos cuantos años en el futuro y volverle a traer. Le enviaremos a usted a diez años en el futuro para que descubra qué va a suceder, cómo van a evolucionar los acontecimientos. Luego volverá usted, y nos informará de lo que descubra y utilizaremos esa información para encauzar nuestras acciones y también para analizar, científicamente, las leyes que rigen el discurrir del tiempo. Esperamos dar así con un método de gobierno humano que puedan utilizar las generaciones futuras y eliminar, quizás, el elemento azar de los asuntos humanos.

A File le impresionaba mucho aquel método tan directo y tan poco convencional que había adoptado el Gabinete para resolver su dilema.

—Saldrá usted inmediatamente —le dijo Appletoft, interrumpiendo sus pensamientos—.

Después de esta conferencia, volaremos usted y yo a Ginebra, donde los técnicos tienen dispuesto el aparato.

Y añadió, con una sombra de amargura en la voz:

—Hubiese preferido ir yo mismo, pero... —se encogió de hombros e hizo un débil gesto de decepción, indicando al resto del Gabinete.

—Una pregunta —dijo File—. ¿Por qué me han elegido a mí?

Los ministros se miraron. Habló Starsser.

—El motivo es su educación, Max —dijo respetuoso—. Las dificultades con que nos enfrentamos ahora empezaron a aparecer hace una generación. El gobierno de entonces decidió educar a un pequeño grupo de niños según un nuevo sistema pedagógico. El propósito era lograr individuos capaces de comprender con detalle y abarcar la inmensidad de la civilización moderna, a través del aprendizaje compulsivo de cada materia. El experimento fue un fracaso. Todos los compañeros suyos perdieron la razón. Usted sobrevivió, pero no se convirtió en el producto que habíamos previsto. Para impedir un desequilibrio mental se eliminó, en su caso, por medios hipnóticos, gran parte de la información inoculada. El resultado es usted tal como es: un super-diletante, con una profunda curiosidad y una capacidad realmente grande de mando. Le asignamos el puesto que ostenta en la actualidad, y nos olvidamos totalmente de usted. Ahora es la persona ideal para nuestros propósitos.

File sintió un sobresalto en su interior: sobre todo porque aquel relato coincidía perfectamente con sus propias sospechas respecto a sus orígenes. Consiguió recuperarse de la sorpresa y no sumergirse en la introspección.

—Así que fui el único que consiguió superarlo. No entiendo por qué.

Standon miró fijamente a File a la tenue luz. Una vez más aquella extraña capa de emoción pareció agitarse en él, por debajo de sus rasgos, pero sin afectar a los músculos ni a la piel.

—Por su tenacidad, señor File. Porque suceda lo que suceda, tiene usted capacidad para dar con una salida.

File salió del edificio aún más consciente de sus especulaciones que antes. Appletoft salió con él, y el coche les llevó suavemente hacia el centro aéreo más próximo.

Ahora tenía ya un clavo del que colgar sus pensamientos. El orden de sucesión del tiempo. Sí, no había duda de que la explicación de los titánicos fenómenos a través de los cuales le estaban llevando, se hallaba en el orden de sucesión del tiempo.

Miró a su alrededor, comprobando lo literalmente cierto que era lo que acababan de explicarle los ministros.

Tras la formación de la Comunidad Económica, a la que acabaron incorporándose todos los países europeos, había aumentado fantásticamente la capacidad del continente. El desarrollo económico se había potenciado tanto, que llegó a hacerse imprescindible apuntalar toda la estructura desde abajo. Poco a poco, este apuntalamiento llegó a hacerse inmenso, hasta que la Comunidad quedó ligada al suelo, un monstruo rígido e inmutable, canturreando y bramando de energía.

No se había materializado siquiera la airosa promesa arquitectónica del siglo anterior. Las construcciones ante las que pasaba el vehículo tenían un aire de pesadez wagneriana y bloqueaban la luz del sol.

Se volvió a Appletoft:

—Así que dentro de una hora estaré a diez años en el futuro. ¡Es una proposición absurda!

Appletoft se echó a reír, como para indicar que percibía la paradoja.

—Pero, dígame —continuó File—. ¿Ignoramos la naturaleza del tiempo hasta el punto que

me dijo y podemos llegar, sin embargo, a viajar en él?

—Sabemos más de lo que usted cree sobre la naturaleza del tiempo, lo que ignoramos es su estructura y su orden —le explicó Appletoft—. Lo que nos permite transmitir a través del tiempo, no nos da ninguna clave de esto... en realidad, nos indica que no hay orden de sucesión en el tiempo, lo que es prácticamente absurdo.

Appletoft hizo una pausa. Su actitud hacia File hacía pensar a éste que el científico aún no aceptaba la idea de que no le dejasen ser el primero que viajase en el tiempo, aunque intentase ocultarlo. File no se lo reprochaba, desde luego. Cuando un hombre ha trabajado fanáticamente por algo, debe ser un golpe serio ver que un completo desconocido se aprovecha de los frutos de su trabajo.

—Persisten dos teorías —continuó al fin Appletoft—. La primera, que es la que yo apoyo, es el enfoque racional de sentido común: pasado, presente y futuro sucediéndose en una línea interminable, en la que cada acontecimiento tiene una posición definida. La idea no se ha prestado, por desgracia, a la formulación matemática. La otra idea, que sostienen algunos de mis colegas, es la siguiente: El tiempo no es en absoluto un flujo que avanza hacia delante. Existe como una constante: todas las cosas están sucediendo en realidad al mismo tiempo, pero los seres humanos aún no han logrado percepciones innatas que les permitan verlo así. Imagínese un escenario circular con una sucesión de elementos desarrollándose en torno, representando, digamos, periodos de la vida de un hombre. En ese caso, los interpretarían distintos autores, pero, en la realidad del tiempo, es el mismo hombre quien interpreta todos los papeles. Según esto, una alteración de una escena afecta a todas las escenas subsiguientes, en círculo completo hasta el principio.

—Así que el tiempo es cíclico... ¿lo que hagas en el futuro puede influir en tu pasado futuro, como si dijésemos?

—Sí, según la teoría... Se han deducido algunas fórmulas, pero no son totalmente correctas. Todo lo que sabemos, en realidad, es que podemos llegar a depositarle a usted en el futuro y probablemente volver a traerle.

— ¡Probablemente! ¿Han tenido fallos?

—El 33 por ciento de los animales que utilizamos en los experimentos no volvieron —dijo tranquilamente Appletoft.

Desde el centro aéreo, tardaron menos de una hora en llegar al complejo investigador de Ginebra. Desde el receptor aéreo del tejado, Appletoft le condujo hasta los laboratorios subterráneos, recorriendo un trayecto de casi un kilómetro hacia abajo. Por último, sacó del bolsillo una anticuada llave-cadena, unida a una pequeña radio-llave. Accionó el mecanismo y a unos metros de ellos se abrió una puerta.

Entraron en una cámara pintada de azul con las paredes cubiertas de lo que parecían entradas de programas computados. Allí estaban esperando varios técnicos vestidos de blanco.

En el centro de la habitación había una silla, instalada sobre un pedestal. Un pequeño brazo giratorio contenía una cajita con indicadores e instrumentos sobre las superficies externas. Pero lo más notable eran tres barras traslúcidas que parecían irradiar desde detrás de la silla, una dirigida totalmente en línea recta hacia arriba, y las otras dos en ángulos rectos a ambos lados.

El suelo estaba cubierto de bastidores en los que se apoyaba una red de hélices y canales electrónicos semiconductores, que salían de la silla como tela de araña. File intentó interpretar la instalación en la jerga pseudocientífica, que era su medio de comprender la tecnología contemporánea. Electrones... indeterminación. .. ¿para qué serían aquellas tres varillas?

—Este es el aparato de transmisión en el tiempo —le dijo Appletoft sin preámbulos—. El aparato concreto permanecerá aquí en el presente: sólo se transmitirá en el tiempo esa silla,

con usted encima.

—¿Así que lo controlarán todo ustedes desde aquí?

—No exactamente. Será un "vuelo potenciado", como si dijésemos, y llevará usted los controles. Pero la unidad energética seguirá aquí. Si la misión se complica, puede que podamos hacer algo y puede que no. Probablemente ni siquiera lo sepamos. Las tres varillas acopladas a la silla, representan las tres dimensiones espaciales. Cuando giren fuera del verdadero espacio, empezará el movimiento en el tiempo.

Cruzando con cuidado entre los bastidores, llegaron a la silla. Appletoft explicó para qué servían los controles y los instrumentos.

—Este es el indicador de velocidad... no podrá usted controlarlo, es todo automático. Este mando de aquí es el de "parada" y "arranque"... está indicado, como puede ver. Y éste indica el punto en el tiempo que ocupa usted, en años, días, horas y segundos. Todo lo demás está programado. Como ve, ahora el marcador indica cero. Cuando llegue usted, indicará aproximadamente diez años.

—Unidad de tiempo, ¿verdad? —repuso File—. Lo que podría tener dos significados, según lo que acaba usted de explicarme.

—Es usted astuto —dijo Appletoft con un cabeceo—. Desde un punto de vista pragmático, mi visión personal del tiempo en línea recta está más próxima al funcionamiento del transmisor temporal. Y, de cualquier modo, es más fácil de entender.

File estudió el aparato, casi un minuto, sin decir palabra. El silencio se prolongaba. Aunque él no se diese cuenta, crecía la tensión.

—Bueno, no podemos seguir así eternamente —cortó Appletoft con súbita ferocidad—. ¡Pongamos en marcha este trasto! ¡No disponemos de todo el día!

File le miró con perplejo reproche.

—Perdóneme —dijo Appletoft tranquilizándose—, pero si viese usted la envidia que le tengo. Será el primero que tenga oportunidad de descubrir el secreto del tiempo, que es el secreto del universo mismo.

Bueno, pensó File, contemplando la cara vivaz y flaca del joven ministro, si hubiese tenido su resolución, podría haber sido un científico y haber hecho descubrimientos en vez de ser un diletante de mierda.

—Un diletante —murmuró en voz alta.

—¿Eh? —dijo Appletoft—. Bueno, adelante, empecemos.

File se colocó en el asiento de la parte posterior de la silla. Unas lentes de cámara apoyadas en los hombros.

—¿Sabe usted lo que tiene que buscar? —preguntó por fin Appletoft.

—Por supuesto. Además... tengo tantas ganas de ir como usted.

—Entonces de acuerdo. La máquina está lista. Presione la palanca de "puesta en marcha". Pasará automáticamente a "parada" al final del viaje.

File obedeció. Al principio no pasó nada. Luego le dio la impresión de que las varillas traslúcidas, que podía ver por el rabillo del ojo, giraban en el sentido de las agujas del reloj, aunque no pareciesen cambiar de posición. La estancia parecía girar al mismo tiempo en dirección opuesta... se trataba de nuevo de movimiento sin cambio de posición.

El efecto era exactamente como el de haber bebido demasiado. File se sentía mareado. Miró el indicador de velocidad. Un minuto por minuto... ¡marcando tiempo! Uno y medio, dos...

El laboratorio se esfumó con un extraño parpadeo. Estaba en una neutra niebla gris, abandonado a las sensaciones.

La primera sensación fue la de que participaba en el movimiento rotatorio... que le impulsaba con fuerza hacia la izquierda. Al aumentar su ángulo con la vertical, aumentó la segunda sensación: un impulso creciente, una velocidad acumulada hacia un destino sin nombre.

000001.146.15.0073... los números se deslizaban deprisa a la derecha, despacio a la izquierda. 000002-3-4-5-6-7.

Luego, volvió la náusea, la sensación de estar girando.. .en la otra dirección ya. Las luces le cegaban.

000010.000.00.0000

En cuanto se acostumbró a ella, la luz pasó a resultar en realidad poco intensa. Aún estaba en el laboratorio, pero el laboratorio estaba desierto, iluminado por luces de emergencia que brillaban débilmente en el techo. No estaba en ruinas, no había indicio alguno de violencia, pero aquello llevaba tiempo deshabitado, era evidente.

Bajó de la silla, se dirigió a la puerta, utilizó la radio-llave que le había dado Appletoft, salió y cerró luego la puerta. Siguió por el pasillo, cruzó los otros departamentos.

No podía estar desierto todo el recinto, sólo habían transcurrido diez años. Debía haber sucedido de pronto algo terrible.

Frunció el ceño, irritado consigo mismo. Claro que tenía que haber ocurrido algo, por eso estaba allí.

Las calles de los niveles altos de Ginebra estaban también desiertas. Divisó a lo lejos las cimas de los montes, que asomaban entre las carreteras metálicas. Faltaba el estruendo de la ciudad. Se oían algunos ruidos, pero eran apagados e irregulares.

Al montar en una rampa intermedia, vio a una o dos personas, solas. Nunca había visto tan poca gente. El medio más rápido de averiguar lo sucedido sería localizar la biblioteca y leer algo sobre la historia reciente. Eso podría darle alguna pista.

Llegó al edificio que se alzaba a través de varias capas de calle desierta. Sobre la entrada había un inmenso letrero negro que decía:

HOMBRES SOLO

Desconcertado, File entró en la fresca penumbra y se acercó al tenso joven de la ventanilla de información.

—Perdone —dijo, y dio un respingo al ver que el individuo sacaba una pistola de debajo del mostrador y le apuntaba.

—¿Qué quieres?

—He venido a consultar textos recientes que traten del desarrollo de Europa en los últimos diez años —dijo File.

El joven frunció los finos labios. Sin dejar de apuntarle con el arma, dijo:

—¿Desarrollo?

—Soy un investigador serio... lo único que quiero es conseguir cierta información.

El joven dejó el arma y, con una mano, pulsó las teclas de un archivador. Sacó dos tarjetas y se las entregó a File.

—Planta quinta, sala 543. La llave es ésta. Cierre la puerta cuando entre. La semana pasada, un grupo de mujeres consiguió atravesar las barricadas y estuvieron a punto de achicharrarnos. Se ve que les gusta la carne precocida.

File frunció el ceño pero no dijo nada. Se dirigió hacia los ascensores.

—No sabes demasiado de nuestra biblioteca para ser un investigador —dijo el joven—. El ascensor lleva ya cuatro años sin funcionar. Las mujeres controlan todas las fuentes básicas de

energía.

Aún en un dilema, File subió andando hasta la quinta planta, localizó la sala que quería, abrió la puerta, entró, cerró luego con llave...

Se sentó ante el visor, pulsó los botones adecuados en el cuadro de mandos y empezaron a aparecer las páginas en la pantalla.

'Mmmmmm... Veamos... Investigaciones de los miembros de la Fundación Dalmeny. Artículo VII: RESULTADOS PARCIALES DEL EXPERIMENTO BAVARO...

—Guerra civil inminente, el Consejo la evita de modo temporal prometiendo que a través de la investigación podrían satisfacerse las peticiones de que se diese solución a los problemas de la Sobrecompresión. Esto, como hoy sabemos, era una maniobra de obstrucción, pues, más tarde, admitieron que no tenían capacidad para predecir el resultado de ninguna tendencia. La facción encabezada por el difunto Stefan Untermeyer, una de las más poderosas, exigió que se le permitiese llevar a cabo un experimento controlado.

—El Consejo, impotente, cedió al fin y se seleccionó una gran parte de Baviera para que pudiese realizarse el plan de la facción Untermeyer. Este plan exigía la segregación sexual. Se separaba a hombres y mujeres y se aplicaba a ambos un psicocondicionamiento intensivo destinado a que odiasen al sexo opuesto. Luego se aprobaron leyes que castigaban con la pena de muerte, el contacto con el sexo opuesto. Esta ley hubo de aplicarse con frecuencia, aunque no con la que en principio se había imaginado. Curiosamente Untermeyer fue uno de los primeros a quienes hubo de aplicarse la ley.

—Resulta difícil hoy realizar una valoración clara de los resultados de este experimento (del que tan deprisa se perdió el control y que condujo a una verdadera guerra entre los sexos, aún vigente, con tantos casos de canibalismo en que cada sexo considera perfectamente legal devorar a los miembros del otro) pero es evidente que las medidas de reasimilación han tenido hasta ahora escaso éxito y que, dado que este credo se ha extendido ya por Alemania, Escandinavia y por todas partes, es muy probable que se produzca una reducción espectacular de la vida en el norte de Europa. A la larga, claro está, se producirá una repoblación cuando las hordas nómadas de Francia y España presionen hacia el norte. Europa, una vez arruinada, será presa fácil de conquista, y cuando América y el Oriente Unido pongan fin a sus pleitos, por la fuerza o por la negociación pacífica, la única salvación de Europa quizás sea ponerse al abrigo de una de esas potencias. Aunque, como sabemos, ambas potencias tienen problemas similares a los de esta Europa agonizante.

File frunció los labios, consultó la otra tarjeta y pulsó una serie de teclas.

—Nadie podría haber predicho esto. Pero parece que aún empeorará la situación. Veamos qué es esto: RESULTADOS DEL COMITÉ VINER PARA LA INVESTIGACIÓN DE LA DESINTEGRACIÓN SOCIAL EN EL SUR DE EUROPA.

—Los objetivos del Comité eran los siguientes: Investigar la desintegración de la sociedad europea pre-experimental en el sur de Europa y proponer medidas para reorganizar la sociedad y convertirla en un conjunto operativo.

—Como es del dominio público, el Consejo Europeo concedió permiso al Grupo de Faseo Demográfico para realizar un experimento en Grecia. El grupo, utilizando los principios de la animación suspendida, descubiertos unos años antes por Batchovski, introdujo un control absoluto de la natalidad y colocó a tres cuartas partes de la población griega en animación suspendida, considerándose que la otra cuarta parte sería suficiente para desempeñar los servicios públicos y sociales y así, razonando, muy racionalmente al parecer, que de este modo se evitaría una mayor explosión demográfica, el exceso de población sería menor y podría aminorarse el crecimiento de nuestra sociedad. Después de un tiempo, pasaría la primera cuarta parte a animación suspendida y sería sustituida por la cuarta parte siguiente, etc. Este proceso

fásico, parecía la solución más razonable al llamado Problema de Europa.

—Sin embargo, al librar a la población de la claustrofobia, el sistema produjo un efecto de agorafobia extrema. La gente, acostumbrada a vivir muy agrupada, empezó a mostrarse inquieta y la tensión que había precedido a la aplicación del Experimento del Grupo de Paseo Demográfico, se orientó por nuevos canales. Las masas, con indicios de neurosis extrema completamente enloquecidas y sordas a cualquier razón, atacaron las llamadas Bóvedas de Animación Suspendida y exigieron la liberación de sus parientes y amigos. Las autoridades intentaron dialogar, pero, en el tumulto que siguió, fueron o asesinadas o puestas en fuga. Las masas, incapaces de manejar las máquinas que mantenían al resto de la población en animación suspendida, las destruyeron, matando a los que habían intentado despertar.

—Cuando el Comité llegó al sur de Europa, se encontró con una sociedad en decadencia. Se habían hecho pocas tentativas de remontar la situación, la gente vivía en las aglomeraciones urbanas, inmensas y despobladas, en pequeños grupos, combatiendo el azote de las bandas errantes de Francia, España e Italia, donde un fanático religioso había iniciado antes, inesperadamente, una guerra santa contra una sociedad automatizada pero manejable. Este movimiento de "vuelta a la naturaleza", creció como bola de nieve. Se destruyeron las instalaciones energéticas y se importaron millones de toneladas de tierra de África para sepultar las ruinas. En el caos que siguió, la gente se disputaba por la fuerza, los escasos restos de alimentos que podían cultivarse en la tierra seca importada y en los Espacios de Vacaciones. Inglaterra, que sufría ya los efectos de este desastre y no podía obtener suministros suficientes para alimentar de modo adecuado a su propia población, envió ayuda al principio, pero se vio obligada a prescindir de esta medida para resolver sus propios problemas: La propagación súbita de una enfermedad desconocida, similar al tifus, que, según se descubrió, había llegado a través de unos refugiados yugoeslavos, víctimas de la introducción en el mercado de un producto alimenticio sintético que contenía los gérmenes. Cuando llegamos al sur de Europa, se habían desintegrado los servicios públicos de todo el continente y sólo la Fundación Dalmeny (que nos había patrocinado) y media docena de grupos menores bien organizados, lograban mantener realmente alguna actividad académica...

File iba leyendo estos textos deprimentes, pálido y serio. Comprobó minuciosamente los documentos una y otra vez; se retrepó en su asiento y meditó.

El carácter brutal de los experimentos le dejaba atónito. No podía haber mejor confirmación de lo que se había dicho en la reunión del Gabinete, y le hacía dudar ya de que pudiese hacerse algo para evitar la catástrofe. Si tan ciegos y necios eran los hombres, ¿cómo iba a poder salvarles ni siquiera la mente incisiva de Appletoft? Aún suponiendo que lograrse hacer un análisis claro y manejable de los acontecimientos, a partir de la información obtenida por File...

Comprendía que ese aspecto del asunto quedaba fuera de su competencia y quizás la confianza de Appletoft tuviese sentido. Se apresuró a regresar al laboratorio, montó en la silla de la máquina del tiempo y apretó la palanca de "puesta en marcha". 000009.000. 0000003...

Pronto le rodeó como antes una niebla grisácea. Rotación e impulso empezaron a grabarse en sus sentidos.

Luego, empezaron a bailar como locos los indicadores, 009000.100,02.40 - 000175.000.03.08000 - 630946. 020.44.1125.

Algo había ido mal. Intentó desesperadamente parar la máquina e inspeccionar los controles, pero todos los indicadores marcaban cero.

Y el laboratorio había desaparecido. Le rodeaba la oscuridad.

Estaba en el limbo.

—00000.000.00.0000

File no supo cuánto estuvo viajando por el vacío.

Poco a poco, la niebla empezó a volver, y luego, tras lo que le pareció un tiempo interminable, giró ante sus ojos una masa confusa de impresiones.

Por último, la máquina del tiempo quedó quieta, pero File no se paró a ver qué había. Apretó de nuevo el botón de "puesta en marcha".

No pasó nada. File inspeccionó todos los indicadores, uno tras otro, mirando detenidamente uno, que, según le había dicho Appletoft, registraba el "potencial-tiempo" de la máquina, es decir, su capacidad de viajar por el tiempo.

El indicador marcaba cero. File estaba varado.

El treinta y tres por ciento de nuestros animales no regresan. El comentario de Appletoft se deslizó sardónicamente en su memoria.

Las cámaras que tenía sobre los hombros canturreaban casi imperceptiblemente, mientras grababan la escena en microcinta. File alzó sombríamente la cabeza y echó un vistazo alrededor.

La vista era maravillosa pero extraña. El paisaje consistía en un polvo de un naranja oscuro, sobre el que vagaban lo que parecían nubes, masas púrpura que rodaban y corrían por la superficie del desierto. En el horizonte de aquel estéril escenario, se veían los perfiles de edificios grotescos... ¿o eran sólo formaciones rocosas?

Miró hacia arriba. No había en el cielo nubes; eran, evidentemente, demasiado densas para flotar en aire libre. Un pequeño sol colgaba, bajo y rojo, en un cielo azul oscuro, donde atisbabán unas estrellas desvaídas.

Le latía el corazón muy aprisa: cuando lo advirtió, se dio cuenta de que su respiración era más profunda de lo habitual, y que cada tercera inspiración era casi un jadeo. ¿Estaría tan alejado de su propia época que era diferente hasta la atmósfera?

*iSkrrak!* El sonido llegaba con un tono frágil y quebradizo, atravesando el fino aire. File volvió la cabeza, sorprendido.

Avanzaba hacia él un grupo de bípedos, sustentados en huesudas y delicadas extremidades entre estratos de nubes púrpuras que les cubrían hasta la rodilla; estaban a unos cientos de metros de distancia. Eran humanoides, pero huesudos, feos y claramente no humanos. El jefe, que debía medir unos 2,10 de altura, gritaba y señalaba a File y a la máquina.

Otro hacía señas con las manos: *"iSo Skrrak -dek svala yaa!"*

Eran unos diez individuos y llevaban lanzas largas y finas. Tenían el torso y las piernas cubiertos de vello tupido. En la cabeza triangular, destacaban grandes arcos de huesos sobre los ojos y bajo ellos, de modo que parecían llevar casco. Cuando se acercaron más, con cautela, como en cámara lenta, vio que se agitaban en sus cabezas finos mechones de pelo.

Cuando se aproximaron, File vio que algunos llevaban extrañas armas, como rifles, y que el jefe llevaba un instrumento en forma de caja con una especie de lente a un lado, con la que estaba apuntando en su dirección.

File sintió el calor de un pálido rayo verde e intentó esquivarlo. Pero la extraña criatura le siguió habilidosamente.

Tras uno o dos segundos, se alzó un ronroneo en su cerebro. Bloquearon su mente fantásticos colores, que se disgregaban en ondas blancas y doradas. Llamaron luego detrás de sus ojos formas geométricas. Luego palabras. Al principio en el cerebro, luego en los oídos.

—¿Cual es tu tribu, forastero?

Estaba oyendo el lenguaje gutural de aquel extraño ser y tratando de comprenderlo. La criatura pulsó una palanca de la parte superior de la caja y el rayo se apagó.

—Soy de otro tiempo —dijo File con naturalidad.



Los guerreros agitaron las armas, inquietos. El jefe hizo un torpe gesto, como si su estructura ósea le quitase facilidad de movimiento.

—Eso sería una explicación.

—¿Explicación?

—Conozco a todas las tribus, y tú no correspondes a ninguna de ellas.

El guerrero desvió su enorme cabeza para examinar brevemente el horizonte. Luego continuó:

—Nosotros somos los yulks. A menos que pienses irte de inmediato, será mejor que nos acompañes.

—Pero, mi máquina...

—También nos la llevaremos. No querrás que la destruyan los raxas, que no permiten que exista más criatura o artefacto que ellos.

File caviló unos segundos. La silla y sus tres varillas eran fáciles de transportar, pero, ¿era prudente moverla?

Y volvió a pulsar, tranquilamente, el inútil mecanismo de "puesta en marcha". ¡Maldita sea! Si la máquina no funcionaba ya, ¿qué más daba que le llevase a la Luna? Y sin embargo, irse con aquellos extraños seres cuando su único objetivo era volver al Complejo de Ginebra, parecía el más disparatado de los absurdos.

Le embargaba una sensación agobiante de fracaso.

Empezaba a darse cuenta de que no podría volver nunca a Ginebra. Los científicos ya sabían que había un fallo en su sistema de transmisión temporal. Estaba ya seguro de que la silla, con sus tres varillas, había perdido todo contacto con el equipo del laboratorio. De hecho, ya no era una máquina del tiempo, lo cual significaba que estaba condenado a quedarse allí el resto de su vida.

Desesperado, dio su consentimiento. Cuatro guerreros cargaron con la silla y el grupo se lanzó a cruzar el ocre desierto, examinándolo nervioso mientras lo recorrían.

Siempre que podían evitaban las móviles nubes, pero a veces los bancos de vapor púrpura pasaban sobre ellos, arrastrados por la brisa, y tenían que cruzar a través de una niebla bermeja. File se dio cuenta de que aquellos seres extraños empuñaban con más fuerzas sus armas cuando pasaba esto. ¿Qué temerían? Hasta en aquel mundo desolado y semidesierto había conflictos y dramas...

Un viaje de una hora les llevó hasta un poblado de tiendas arracimadas en la ladera de una colina baja. Hacia la mitad de la ladera, se veía un sector cuidadosamente cultivado de una vegetación tan rala que parecía que sólo a duras penas podía mantenerse en aquel estéril desierto. Sobre el campamento había cinco vehículos aéreos, todos de más de treinta metros de longitud, unas gráciles máquinas de popas anchas y achatadas y aguzadas proas. Una corta cubierta despejada se proyectaba de popa a proa por la parte superior de cada vehículo, y delante, había como un encaje de ventanas.

File contempló asombrado aquellas embarcaciones. Eran un curioso contraste con las viviendas claramente nómadas de abajo, entre las que había pálidas hogueras y se secaban pieles de animales.

Acababan de preparar una comida. La máquina del tiempo de File la llevaron a una tienda vacía y a él le convidaron a comer con el jefe. Cuando entró en la mayor tienda del poblado y vio a la nobleza de aquella pequeña tribu agrupada en torno a una cazuela de verduras, con las armas al lado, se dio cuenta de qué le evocaban.

Saurios.

Empezaron a comer en cuencos de cristal. Daba la sensación de que aquella gente sabía trabajar los silicatos del desierto y con la misma destreza con la que construían vehículos aéreos... si es que no se lo habían robado a gente más civilizada.

File descubrió, también, en el curso de la comida, que la máquina con la que el guerrero le había disparado en el desierto era sumamente eficaz. Le había reeducado totalmente, de modo que pudiese hablar y pensar en otro idioma, aunque al mismo tiempo pudiese, si quería, distanciarse ligeramente, apreciar la ajenidad de los sonidos que brotaban tanto de su boca como de las de los yulks.

El jefe se llamaba Gzerhteak, un sonido casi imposible para oídos europeos. Respondió mientras comían, a las preguntas de File, con la mayor frialdad.

Por lo que le explicaron, File supuso que aquello era la Tierra en una época remota, una Tierra millones, quizás billones de años por delante de su propia época, y que estaba casi totalmente desierta. Había unas ocho tribus viviendo en un radio de unos cuantos cientos de kilómetros, y cuando no estaban disputando entre ellas, estaban librando una lucha interminable por la existencia, tanto contra las condiciones penosas de un mundo agonizante, como con los raxas, criaturas que no eran vida orgánica en absoluto, sino que consistían en cristales minerales, conglomerados en formas geométricas, y dotados, de algún modo misterioso, de capacidad de percepción y de movimiento.

—Hace cincuenta generaciones —le explicó el jefe de los yulks—, no había raxas en el mundo. Luego, empezaron a crecer. Prosperan en el desierto estéril, que es todo alimento para ellos, mientras que nosotros vamos extinguiéndonos. Nada podemos hacer, salvo luchar.

Además, la atmósfera de la Tierra se estaba volviendo irrespirable. Se producía muy poco oxígeno fresco, dado que no había ya más vegetación que la de las plantaciones. Aparte de eso, brotaban vapores nocivos, por una acción químicogeológica del terreno y afloraban a través de la arena, procesos volcánicos muy lentos que se originaban en las profundidades. Sólo en algunos sectores, como aquella región en la que vivían las tribus, se podía respirar aún la atmósfera, y eso por que la relativa inmovilidad de ésta impedía que se mezclasen los diversos gases.

A File le agobiaba aquella imagen deprimente de valor y desesperación. ¿Sería aquel el resultado final de la incapacidad del hombre para controlar los acontecimientos, o sería el derrumbe de la Comunidad Económica Europea un suceso insignificante perdido en una historia mucho más amplia? Se sentía inclinado a pensar que era así; pues estaba seguro de que las criaturas que estaban sentadas allí, comiendo con él, no eran siquiera descendientes del género humano.

Saurios. El antiguo orden del mundo animal se había desvanecido.

Los hombres habían muerto. Sólo quedaban aquellos restos, saurios elevados a un estado humanoide, que intentaban sobrevivir en un mundo que había cambiado de idea. Probablemente las otras tribus de las que hablaban los yulks, fuesen también humanoides, procedentes de diversos animales inferiores.

—Mañana es la gran batalla —dijo el jefe de los yulks—. Emplearemos todos nuestros recursos contra los raxas, que vienen decididos a destruir las últimas plantaciones de las que dependemos. Pasado mañana sabremos de veras lo que nos queda de vida.

Max File apretó los puños impotente. Su destino estaba decidido. Al final, también él ocuparía su puesto con los guerreros yulks en la última batalla contra el enemigo de la humanidad.

Appletoft hizo un gesto de impotencia y miró a Strasser. ¿Qué podía hacer él? El había hecho todo lo posible.

—¿Qué pasó? —dijo el primer ministro.

—Le trasladamos a diez años en el futuro. Conectamos con él al principio del viaje de vuelta y luego, de repente... desapareció... Nada. Ya le dije que habíamos perdido el treinta y tres por ciento de los animales que utilizamos en los experimentos, ya le advertí del riesgo.

—Lo sé... pero, ¿lo ha intentado usted todo? Ya sabe lo que puede significar el que no vuelva...

—Por supuesto que lo hemos intentado todo. Seguimos investigando, intentando localizarle, pero en cuanto salimos de la vía-tiempo de la Tierra, todo es caótico para nuestros instrumentos... debe haber algún fallo en nuestra concepción del tiempo. Podemos seguir tanteando... pero buscar una aguja en un pajar, no es nada, comparado con esto...

—Bueno, hay que seguir intentándolo. Porque si no lo recuperamos pronto, nos veremos obligados a permitir a la facción Untermeyer que siga adelante en Baviera y no tenemos medio de predecir los resultados.

Appletoft lanzó un profundo suspiro y volvió a su laboratorio.

—Pobre diablo —dijo Standon cuando salió de la cámara.

—Este no es el momento ni el lugar apropiados para sentimentalismos, Standon —dijo Strasser en tono culpable...

La Tierra aún giraba en el mismo espacio de tiempo y tras un sueño de unas ocho horas File dejó la tienda y estiró sus miembros en aquel aire sutil, despertado por un rumor de tintineante metal. Acababa de amanecer y los soldados de la tribu se disponían a salir al combate. Las mujeres y los niños contemplaban, temblando, a la procesión de hombres que iba perdiéndose en el desierto. Unos cuantos iban a caballo de una especie de reptiles, todos ellos enjaezados para el combate. A unos siete metros por encima de sus cabezas, flotaban las cinco aeronaves, que seguían impacientemente la dirección que marcaba el jefe desde abajo.

File vagaba por el campamento, nervioso e inquieto. Hacia una hora después del amanecer, volvieron los restos de las fuerzas.

Volvían derrotados. Sólo habían sobrevivido un tercio. No regresó ninguna aeronave y File se había enterado la noche antes, de que, aunque la tribu conservaba los conocimientos científicos y tecnológicos necesarios para construir más, era una empresa que agotaba al máximo sus recursos y era casi seguro que no se iniciase la construcción de otra.

La humanidad había agotado su fuerza y era imposible ya recuperarla. Las inteligencias minerales llamadas Raxas, continuarían su implacable avance sin que nadie las detuviese.

El último en regresar fue el jefe yulk. Magullado, cubierto de sangre y chamuscado por los rayos energéticos que le habían rozado, se sometió a los cuidados de las mujeres y luego, como siempre, reunió a los nobles para su comida vespertina.

Por fin, fueron saliendo uno tras otro los cansados guerreros camino de sus tiendas. Y File quedó sólo con Gzerhteak.

Miró al viejo a los ojos.

—No hay esperanza —dijo bruscamente.

—Lo sé. Pero no tienes ninguna necesidad de quedarte.

—No hay elección —contestó, con un suspiro—. Mi máquina está rota. Debo compartir vuestra suerte.

—Quizás podamos reparar tu máquina. Pero te lanzarás a lo desconocido...

File hizo un gesto con la mano y dijo:

— ¡Cómo, vais a poder arreglar mi máquina!

El jefe se levantó y le guió a la tienda donde estaba la máquina. Una breve orden en la noche hizo que llegase un muchacho con una caja de herramientas. El jefe estudió la máquina de File, alzó un panel para ver detrás de los instrumentos. Hizo por último unos cuantos ajustes, añadiendo un artilugio que tardó unos veinte minutos en fabricar con resplandecientes trozos de alambre. El medidor del potencial-tiempo, empezó a elevarse por encima de cero.

File miraba atónito.

—Nuestra ciencia es muy antigua y muy sabia —dijo el jefe—, aunque en la actualidad sólo tengamos un conocimiento rutinario de ella. Aún así, yo, como padre de la tribu, sé lo suficiente para cuando un hombre como tú me dice que se ha quedado varado en el tiempo, conocer la causa.

File estaba perplejo ante el curso de los acontecimientos.

—Cuando llegue a casa... —empezó a decir.

—Jamás llegarás a casa. Ni vuestros científicos conseguirán nunca desvelar el tiempo. Nuestra antigua ciencia tiene una máxima: ningún hombre comprende el tiempo. Tu máquina viaja ya por su propia potencia. Si te vas de aquí, no harás más que escapar de este lugar y probar fortuna en otro.

—Debo intentarlo —dijo File—. No puedo seguir aquí, mientras haya esperanza de volver.

Pero aún así, se resistía.

El jefe pareció adivinar sus pensamientos.

—No te pese abandonarnos —dijo—. Tu posición es clara... lo mismo que la nuestra. Ni a ti ni a nosotros puede ayudarnos nadie.

File asintió y se acomodó en la silla de la máquina. Mientras limpiaba el polvo y la arenilla con las mangas de la camisa, se le ocurrió mirar en el grabador de datos. No tenía mucha esperanza de que fuera posible, pues no había cifras para indicar la antigüedad de aquella Tierra.

Pero cuando leyó el indicador quedó asombrado. 000008.324.01.7954. ¡Habían pasado menos de nueve años desde su salida del Complejo de Ginebra!

Se acomodó en la máquina del tiempo y apretó la palanca.

Rotación interna en el sentido de las agujas del reloj. Rotación externa en sentido contrario... luego el impulso hacia adelante. Se sumergió en el curso del Tiempo.

Pasaron minutos sin que apareciera indicio alguno de que fuese a salir automáticamente de su viaje. Probó fortuna apretando la palanca de "parada".

Con un giro residual de las varillas traslúcidas, la máquina se depositó a sí misma en una orientación espaciotemporal normal. Alrededor de File, se formó un paisaje asombroso, jamás había soñado nada igual.

¿Era cristal? La victoria definitiva de los cristalinos raxas. Por un instante, aquel fantástico paisaje, con su brillante y matemática exuberancia, le hizo pensar, deslumbrado, que así era. Pero luego vio que no podía ser... o que si era, los raxas habían superado su herencia mineral.

Era un mundo de forma geométrica, pero también era un mundo de movimiento continuo... o, más bien, dado que el movimiento era tan súbito como para resultar instantáneo, de transformación constante. Deslumbrantes extensiones y repliegues, todos en los planos horizontal y vertical, cegaban sus ojos. Cuando miró más detenidamente, vio que, en realidad, no estaba presente por parte alguna la forma tridimensional. Todo eran formas bidimensionales, que se unían transitoriamente para dar la ilusión de forma.

Los colores, también... experimentaban transformaciones y gradaciones que proclamaban la acción de principios matemáticos regulares: como la separación prismática en el espectro ideal.

Pero aquí las manifestaciones eran infinitamente más sutiles e ingeniosas, eran como música tenue y sutil, de cincuenta instrumentos, que pudiese brotar de los siete tonos de la escala diatónica.

File miró la grabadora de datos. Le decía que se encontraba a 15 años de distancia de Appletoft, que esperaba ansioso su regreso en el Complejo de Ginebra.

Probó de nuevo.

Se onduló y se estremeció, azotado por una cálida brisa, un mundo exuberante de frondosa vegetación ante él. Un rebaño de animales como armadillos, pero del tamaño de caballos, pasaron cruzando el claro donde había ido a posarse la máquina de File. Sin detenerse, el jefe volvió la cabeza para hacerle una dócil y despectiva inspección y se volvió luego a gruñirles algo a los que le seguían. También ellos le dirigieron una mirada superficial y se perdieron luego tras una pantalla de ondulantes árboles-yerba. Oyó el rumor de sus movimientos, por el bosque, a lo lejos.

Otra vez.

Roca pelada. El cielo colgaba arriba con rastros de lo que parecían nubes de polvo. Allí, el terreno estaba limpio hasta de la más fina mota de polvo, pues soplaba un viento intenso y frío. Debía barrer el polvo hacia la atmósfera e impedirle precipitarse, arañando las rocas hasta convertirlas en una superficie bruñida y chispeante. Le costaba trabajo creer que aquel azotado paisaje luminoso fuese, en realidad, la superficie de un planeta. Era como una exposición.

Otra vez.

Ahora estaba en el espacio, protegido por algún campo que la máquina del tiempo parecía crear a su alrededor. Algo tan inmenso como Júpiter colgaba donde debería haber estado la Tierra.

Otra vez.

De nuevo el espacio. Un sol escarlata derramando sangrienta luz sobre él. A su izquierda, una pequeña y luminosa estrella, como una bengala de magnesio ardiendo, alanceó sus ojos. Un imposible trío de planetas giraba majestuoso sobre él, y no había entre ellos más distancia que entre la Tierra y la Luna.

Miró de nuevo la grabadora de datos: A veintitantos años del punto de partida.

¿Dónde estaba el orden de sucesión del tiempo? ¿Dónde estaba el proceso que había ido a descubrir? ¿Qué podía sacar Appletoft de aquello?

¿Cómo iba a encontrar a Appletoft?

Puso otra vez la máquina en marcha, desesperado. Su desesperación pareció dar resultados: adquirió velocidad, lanzándose con insensata energía y ya no estaba en el Limbo, podía ver algo del universo que cruzaba.

Al cabo de un rato, tuvo la impresión de que estaba quieto, de que era la máquina la que se mantenía estática mientras que el tiempo y el espacio no. El universo se derramaba a su alrededor, desordenado tumulto de fuerzas y energía, sin dirección, sin propósito.

Y siguió viajando, hora tras hora, como si intentase escapar de algo que no podía afrontar. Pero al fin no pudo ya eludirlo. Y mientras contemplaba el caos a su alrededor, comprendió.

¡El tiempo no tenía orden! No era un flujo continuo. Carecía de una dirección positiva: no iba ni hacia adelante ni hacia atrás, no giraba en círculo; tampoco permanecía quieto. *Era un puro azar.*

El universo carecía de lógica. Era sólo caos.

No tenía propósito, ni principio, ni fin. Sólo existía como una masa anárquica de gases, sólidos, líquidos, formas accidentales y fragmentarias. Se conformaba a veces en formas como

un caleidoscopio, de modo que parecía tener leyes, parecía tener dirección y forma.

Pero, en realidad, no había más que caos, más que estado de flujo permanente: eso era lo único constante. ¡El tiempo no se gobernaba por leyes! ¡La ambición de Appletoft era un imposible!

El mundo del que había llegado allí, o cualquier otro mundo, en realidad, podía dissociarse en sus elementos componentes en cualquier instante; o podía haber accedido al ser en cualquier instante anterior, con los recuerdos de todos incluidos? ¿quién sería el más sabio? Toda la Comunidad Económica Europea quizás hubiese existido sólo en el medio segundo que le había llevado presionar la palanca de puesta en marcha de la máquina del tiempo. ¡No era extraño que no lograra encontrarla!

Caos, flujo, muerte eterna. No había solución a ningún problema. Cuando File comprendió esto, aulló horrorizado. No podía contenerse. Su velocidad aumentó proporcionalmente a su desesperación y su miedo, más y más rápido, hasta que se precipitó demencialmente por un remolino.

Más deprisa, más allá...

El universo informe empezó a desvanecerse a su alrededor, mientras él recorría una inmensa distancia más allá de los límites de la velocidad. La materia se desintegraba, desaparecía. Y él, aterrado, seguía aún hasta que la máquina del tiempo se derrumbó bajo él y la materia de su cuerpo se desintegró y se desvaneció.

Era una inteligencia desencarnada que cruzaba el vacío. Luego, empezaron a desvanecerse sus emociones. Sus pensamientos. Su identidad. La sensación de movimiento se desmoronó. Max File había muerto. Nada podía sentir, oír, ver, ni saber.

Colgaba allí, sólo conciencia. No pensaba: ya no tenía ningún aparato con el que pensar. No tenía nombre. No tenía recuerdos. Ni cualidades, atributos o sentimientos. Estaba solo allí. Ego puro.

Lo mismo que la nada.

No había tiempo. Una décima de segundo era igual que un billón de eras.

Por eso no había podido File, asignar, más tarde, periodo alguno a su intermedio de vacío, sin matizaciones. Sólo percibió algo cuando empezó a salir.

Al principio, era sólo un vago sentimiento, como algo nebuloso. Luego, empezaron a ligarse a él más cualidades. Empezó el movimiento. La materia caótica se hizo remotamente perceptible... partículas desorganizadas, energías fluyentes y líneas ondulantes.

Brotó un nombre en su conciencia: Max File. Luego, un pensamiento: yo soy eso.

La materia se congregó poco a poco a su alrededor y pronto tuvo de nuevo cuerpo y una serie completa de recuerdos. Podía ya aceptar la existencia de un universo sin organización. Suspiró: al mismo tiempo, la máquina del tiempo se configuró bajo él.

Lo único que podía hacer ya, era intentar volver a Ginebra, por muy remota que fuese la posibilidad. ¡Qué curioso que toda Europa, con todos sus problemas considerados graves, no fuese más que una agrupación caótica de partículas sin organización! Pero al menos era el hogar... aunque sólo existiese unos segundos.

Y ante la posibilidad de poder volver a aquellos dos segundos, pensó con angustioso gozo, se disolvería con ellos y se vería libre de aquella odiosa extensión de vida que recorría.

Y, sin embargo, pensaba, ¿cómo regresar? Sólo buscando, sólo buscando...

Calculó (aunque sus cálculos estaban sujetos, por supuesto, a un considerable margen de error) que dedicó varios siglos a buscar en aquel torbellino insensato. No se hizo más viejo; no sintió sed ni hambre: no respiraba... cómo seguía latiendo su corazón sin respirar era para él un misterio, pero era en eso, en el centro de su sentido del tiempo en lo que basaba su cálculo de

la duración de su búsqueda. De vez en cuando tropezaba con otras breves manifestaciones, otros fugaces conglomerados de caos. Pero ya no le interesaba, no encontraba la Tierra de la época de la Comunidad Económica Europea.

No había esperanza. Podía buscar eternamente.

Empezó, desesperado, a retirarse de nuevo, a convertirse en una entidad desencarnada y buscar el olvido, escapar de sus tormentas por la muerte en vida. Y, cuando estaba a punto de prescindir del último vestigio de identidad, descubrió su nuevo e insospechado poder.

Dirigió casualmente su inteligencia a una agrupación de forcejeantes partículas distantes. Bajo el impacto de su voluntad... ise movió!

Interesado, dejó de retirarse, pero no intentó volver de nuevo a su propio yo... tenía la sensación de que, como Max File, era impotente. Como un yo casi sin identidad... quizá...

Permitió que se formara en su mente una imagen (fue casualmente la de una mujer). La dirigió hacia el caos informe. Instantáneamente, frente al flujo oscuro, encendida por desordenados ramalazos de luz, brotó una mujer de la materia caótica. Se movió, le miró, le dirigió una sonrisa lánguida.

No había duda. No era sólo una imagen. Era viva, perfecta y sensible.

Se desprendió, asombrado, automáticamente de la imagen mental y transmitió una cancelación. Se disipó la mujer, sustituida por el caos de partículas y energía de antes. La nube permaneció unida un momento, luego se dispersó.

Era un gozo recién descubierto. ¡Podía hacer cualquier cosa! Se pasó eras experimentando, creando todo cuanto pudo crear... una vez se formó un mundo completo a sus pies, con civilizaciones, un pequeño sol y astronaves investigando.

Lo canceló inmediatamente. Bastaba saber que todas sus intenciones, incluso su pensamiento más vago y más grande, se traducían con todo detalle.

Ahora tenía medios de regresar a casa... y ahora podía resolver, de una vez por todas, el problema del gobierno.

Pero, si no podía encontrar Europa, ¿no podía acaso crearla entera? ¿No sería eso algo equivalente? El de si sería o no en realidad la misma Europa era, sin duda, un problema fisiológico. Eso creía Nietzsche, recordó File... su esperanza de inmortalidad personal. Dado que habría de volver en el universo interminable, los descubrimientos de File habían reforzado en realidad este punto de vista, no moriría. Dos objetos idénticos compartían la misma existencia.

¿Y por qué no resolver el problema del gobierno en esta segunda Europa? ¿Había alguna razón por la que no pudiese crear una comunidad que no tuviese las semillas de la destrucción? Una Comunidad Económica con estabilidad, cuyo prototipo había faltado.

Empezó a emocionarse. Derrotaría al Flujo, lograría alzar, así, frente al caos del resto del universo, una estructura que perduraría. Por lo demás, sería todo igual hasta en sus más mínimos detalles...

Se puso a trabajar, agrupando pensamientos, recuerdos e imágenes, grabándolos en el caos circundante. Empezó a formarse materia. Puso en movimiento la máquina del tiempo, viajando por el mundo que estaba creando...

De pronto, se vio de nuevo envuelto en brumas. Girando... rotación sin cambio de posición... impulso hacia delante...

Corrieron los números en el indicador: 000008 -7-6 -5-4...

Luego, todo se estabilizó a su alrededor y posó la máquina. Estaba en el laboratorio de Appletoft, en Ginebra. Los técnicos vagaban por los extremos de la habitación, más allá de las barreras de bastidores. La máquina del tiempo, con las varillas traslúcidas señalando dramáticamente en tres direcciones, descansaba sobre un tosco pedestal de madera.

File se incorporó, agarrotado, dolorido y polvoriento, en el áspero asiento. Appletoft se avalanzó hacia él, le ayudó a bajar ansioso, entusiasmado.

—¡Lo conseguiste, amigo! Fue perfecto como viaje de prueba... al menos, desde aquí.

Hizo una seña por encima del hombro:

—¡Coñac para el amigo! Pareces agotado, Max. Tienes que descansar, ya lo contarás todo...

File asintió sonriendo, sin contestar. Era casi perfecto...

Pero no había sospechado siquiera con qué eficacia le habían enseñado un nuevo idioma.

Appletoft le había hablado en la lengua torturante de los yulks.



## ISLAS

Schmeling volvió a la penumbra de su sala de estar y acomodó su elegante y voluminoso cuerpo en el sillón opuesto al mío.

—Disculpa por haberte dejado tan bruscamente —dijo, refiriéndose a la llamada telefónica que le había hecho salir de la habitación.

—Pareces nervioso —dije, advirtiendo el brillo emocionado de su mirada.

—Lo estoy —dijo—. Claro que lo estoy.

Tuve que dejarlo en eso, pues no parecía dispuesto a hablar del asunto.

Pareció rechazar lo que estuviese pensando y me concedió una breve sonrisa.

—Bueno —dijo—, ¿cómo van las cosas en los círculos sociológicos?

—En círculos, para mí, en este momento —dije animadamente—. Tengo ahora un caso particularmente interesante. Según todos los datos, medio ambiente, antecedentes familiares, índice de inteligencia, etc., debería corresponder directamente a determinada categoría amplia, Pero no es así. Muestra, en su pensamiento y en su conducta, todos los síntomas clásicos de un niño de barrio bajo y pobre, un niño de un hogar destrozado... cuando, en realidad, su origen es casi exactamente el contrario.

Schmeling parecía sólo ligeramente interesado por mi trabajo, pero se aferró a algo que dije y eso le desvió por otra ruta.

—¿De veras? ¿Crees realmente que todas esas influencias superficiales ejercen un efecto profundo en el individuo?

—Normalmente sí. No las considero superficiales. Pueden tener un significado profundo y perdurable para una persona.

Sonrió paternalista.

—Yo considero los llamados rasgos heredados también superficiales... por no decir inexistentes.

— ¡Eso me asombra! —dije, animosamente.

Schmeling parecía a punto de entregarse a uno de sus ejercicios verbales en los que adoptaba una postura dogmática respecto a un tema que en el fondo no le interesaba seriamente. Tal ejercicio solía ser entretenido y me dispuse a participar en el asunto, adoptando una posición contraria a la suya e igualmente dogmática.

—Hablamos de la herencia —dijo Schmeling agitando una mano—, como de un hecho, y hablamos de experiencia mutua como un hecho. Sin embargo, ¿cuánta experiencia se comparte?

—Toda —dije de inmediato.

Schmeling inclinó pensativo su cabeza alargada y aguileña y luego me miró con una seriedad insólita.

—A la gente le resulta muy fácil atribuir una pauta a la psique humana, pues hay muchas similitudes superficiales entre los hombres. Creo, sin embargo, que deberíamos más bien aceptar una pauta que explique las cosas cómodamente, en vez de intentar captar la idea de la variedad y la complejidad infinitas de la experiencia humana. Una variedad sólo limitada por el número de individuos que existen en el mundo. Yo sostengo que cada hombre es, mental y físicamente, un individuo total, único.

—No existe eso que se llaman individuos —señalé—. Sólo existen pequeñas diferencias

superficiales de conducta.

—Yo digo que hay pequeñas similitudes superficiales que hemos llegado a aceptar como constitutivas de la psique humana total. Pero hay abismos, amigo mío, cuya exploración aún no se ha iniciado. Y además —dijo, con una nota de triunfo en la voz— ¿cómo explicarías el aumento que ha experimentado en este siglo la esquizofrenia? No hay dos esquizofrénicos iguales.

—Eso es discutible —dije.

Schmeling frunció el ceño.

— ¡Y tú te dices individualista!

—Y lo soy... dentro de ciertos límites —dije, algo acalorado.

—Tú eres un individuo —contestó él, retrepándose en su asiento y estirando los pies ante el fuego. Me daba cuenta de que empezaba a disfrutar con la discusión, lo cual quería decir que estaba muy seguro de poder derrotarme.

—Lo eres, realmente —insistió—. La misma imposibilidad de comunicación plena entre nosotros lo demuestra de forma concluyente. ¿Cuánto tiempo es un elefante?

—¿Eh?

—¿Puedes contestar?

— ¡La pregunta es absurda!

—Para ti quizás, pero no para quienes conciben el tiempo en términos de masa... que son muchos. Experimentos recientes han demostrado que la pregunta obtiene tantas respuestas como individuos a quienes se formula. Hay muchos otros datos que demuestran mi teoría, los que ven el domingo como un color determinado, mientras que otros lo ven como una línea de determinada longitud; todo lo visto con los ojos de la mente, oído con los oídos de la mente, inhalado con la nariz de la mente, tocado con el tacto de la mente, saboreado con el paladar de la mente, significa algo completamente distinto para cada cual. Yo sostengo que es ahí donde está la realidad, en los sentidos de la mente, donde experimentamos lo que queremos experimentar y no lo que nos han dicho.

—Esta conversación no nos lleva a ninguna parte —dije—. Las preguntas abstractas respecto a la naturaleza humana, sólo pueden llevar a respuestas abstractas.

—Cierto —dijo mirándome triunfalmente, como si deliberadamente me hubiese inducido a admitir algo—. Pero cuando aparece una solución concreta, produce el efecto de hacer también concreto el problema. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Bueno, recibí prueba concreta, no hace mucho, del hecho de que cada hombre existe como individuo, total e irreversiblemente, de que, aunque el medio y la "herencia" actúen sobre él desde el nacimiento, actúan para hacerle parecer un no individuo. ¿Captas la diferencia? Empieza por ser un individuo completo, pero influencias superficiales le fuerzan a no ser, ¿comprendes?

—Decías que la sociedad impone al individuo una pauta que, en general, consideramos inherente a él. Tu ejemplo extremo sería el individuo de clase media que se adapta rigurosamente, imagino.

—Podrían citarse ejemplos más trágicos... el Zeitgeist que dominó Alemania en los años treinta, por ejemplo.

Hizo una pausa, aparentando pensar en su país natal, que había abandonado hacía ya tantos años.

—Un término alemán —musitó— para describir la Enfermedad Germana: la necesidad de aplicar pautas y generalizaciones a todos los aspectos de la existencia humana. Al insidioso

Freud, el alemán debía resultarle un idioma, hecho a la medida, para sus doctrinas. Un idioma con tantas palabras inconcretas, lleva a una especie de pensamiento inconcreto que a mí me parece detestable.

Se encogió de hombros y cabeceó.

—Pero el burgués es un buen ejemplo.

Se levantó. Su cuerpo grande y vital se tensó como si fuese un actor a punto de soltar un parlamento, pero en vez de hablar de inmediato, me dejó en suspenso, mientras se servía una porción de su horrible tabaco de yerbas de una caja del aparador. Una vez cargada y encendida su pipa de boquilla metálica, invadió mis narices el humo dulzón, mucho menos agradable que el tabaco ordinario; volvió a ocupar su asiento junto al fuego.

—Y quizás el psicópata esquizofrénico (el rebelde sin causa) sea el ejemplo extremo del individuo que experimenta el evidente error que entraña este conformismo, y reacciona contra él violentamente.

—Un millón de burgueses no puede equivocarse —dije irónicamente, y él sonrió sin sacar la pipa de la boca.

—Un solo psicópata tampoco puede equivocarse. Un psicópata aislado, según su propio y pequeño universo, está absolutamente en lo cierto, absolutamente justificado para adoptar cualquier curso de acción que elija... simplemente porque él lo elige!

—Pero, por desgracia, esta actitud desemboca en la anarquía —dije—. Si el individuo no se adapta hasta un cierto grado, sus acciones interfieren con las de otras personas, produciendo caos si tiene éxito, o una mayor limitación de su libertad. Tengo razón yo.

—Tienes razón hasta cierto punto —dijo, con un cabeceo—. Pero si todos aceptasen el derecho del individuo a ser un individuo y se eliminase la tiranía del conformismo, quizás pudiésemos dar a la existencia una mayor dignidad... y seguir trabajando juntos como individuos que ayudan a individuos...

—Casi estás hablando de política —le advertí con una sonrisa, añadiendo: —O de religión... las dos pertenecen al reino de lo indemostrable.

—Las dos atraen a los psicópatas, en cierto modo. La prueba es el hecho de que tanto los movimientos religiosos como los políticos, tienden claramente a disgregarse casi en tantos grupúsculos como los individuos que los componen.

—De acuerdo —dije yo—. ¡Pero dijiste que tenías pruebas concretas de que todos los hombres son distintos!

—No señor... siempre que entre en esta discusión "la igualdad", yo diría que había demostrado que todos los hombres son iguales en que todos son distintos y existen —hizo una pausa teatral y le envidié por su gesto, por su voz resonante— ¡existen en universos *físicamente* distintos!

—Vamos, qué dices...

—El tiempo y el espacio son relativos. Y el tiempo y el espacio de un individuo son relativos al tiempo y el espacio de los demás. Pero no son lo mismo. Tengo pruebas de que cada hombre existe en su continuo espacio temporal propio, así como en el más amplio que todos compartimos. ¿Por qué una hora para un hombre pasa lentamente y para otro rápidamente?

—Depende de su estado mental en el momento que experimenta el transcurso de esa hora, sin duda...

—Su estado mental... exactamente. Impone su propio sentido temporal al tiempo que le dicen que es correcto.

—¿Pero qué me dices de esa prueba de que hablábamos? —contesté, viendo que la conversación perdía dinamismo.

—Está bien —dijo, mirando el reloj. Se retrepó en su asiento y empezó, a la manera de un narrador de cuentos, eligiendo cuidadosamente todas las frases. Yo también me acomodé, esperando que me entretuviese, pues Schmeling era un buen narrador que sólo necesitaba público atento para desplegar su habilidad.

—Hace unos cuantos meses (dijo, con su voz profunda y levemente acentuada), estaba yo gozando de un día de ocio en mi clínica de la calle Harley, distribuyendo simpatía y aspirina disfrazada a las ancianas que financian mi investigación privada, cuando la arpía de la recepcionista entró a toda prisa, hecho sumamente raro, dada su edad. A mis cuentas no les gustan las recepcionistas jóvenes.

—Está en la sala de espera la señora Thornton —cloqueó.

—Pero si no tiene cita —dije irritado. Esas mujeres son hipocondríacas o incurables. Las elijo con cuidado, puesto que en cualquiera de los casos me dan muy poco trabajo.

La señora Thornton era un poco ambas cosas: Una hipocondríaca incurable, y, por otra parte, una mujer encantadora, al final de la mediana edad, muy rica y animosa aún, siempre que descansaba de sus ataques de jaqueca, que ella misma se provocaba. Sí, era realmente muy rica y, además, me agradaba bastante. En consecuencia, tras una breve deliberación, dije a mi recepcionista que la hiciera esperar un poco más y la mandara pasar luego.

En una actividad como la mía, no debe atenderse de inmediato la visita inesperada de una paciente. Si sacan la conclusión de que estás allí a disposición de todo el mundo, creen que no vales nada como médico.

Así que pasó por fin la señora Thornton, piel deliciosa y un poquito de perfume demasiado caro. La cara habilidosamente maquillada y el pelo gris teñido dispuesto en un lindo peinado. Pero advertí que estaba alterada, percibí un pequeño chorrete de cosmético en la comisura de su ojo izquierdo.

Ella, la equilibrada señora Thornton, parecía haber estado llorando en público.

Me levanté y le indiqué una silla para sentarse. Se sentó al borde.

—Parece usted enferma, señora Thornton —dije solícito, percibiendo que había deseado tener una jaqueca especialmente grave.

—No es nada físico, doctor Schmeling —dijo ella—, pero no estoy segura de que el dolor espiritual que sufro me produciré otra jaqueca.

Me sentí de nuevo irritado.

Mis pacientes suelen traerme sus problemas emotivos y esperan que los resuelva. En realidad, suele bastar oírles con comprensión y decirles unas palabras ambiguas y suaves de consuelo. Así pues, me preparé para oírla, tomando mentalmente nota de añadir aquella consulta a la próxima factura.

—Ahora cálmese —dije con la voz ronca y cordial que da, al mismo tiempo, la impresión de integridad profesional y calor humano.

—Explíqueme el problema, antes de pedirme que lo resuelva.

Esbozó una breve sonrisa agradecida, respondiendo maravillosamente a las claves emotivas que yo estaba aplicándole.

—Se trata de mi sobrino, doctor; él es quien tiene problemas, no yo.

—¿Está enfermo?

No me agrada tratar a los pacientes masculinos, porque siempre hay grandes posibilidades de que logren atravesar mi fachada, tan necesaria para poder continuar con mi trabajo privado. Me dispuse, sin embargo, para lo peor, considerando que la aportación de la señora Thornton era mucho mayor que las de mis otras pacientes.

—Físicamente no —dijo la señora Thornton dirigiéndome la mirada conmovedora de quien

confía en un amigo y espera ayuda.

—Mentalmente —apunté, sólo con el énfasis justo y prudente.

Asintió con un gesto.

—Pero, mi querida señora Thornton, dése usted cuenta de que no soy psicólogo. No soy más que un simple médico...

Estaba mintiendo, por supuesto, puesto que aunque sólo tengo título de médico, mi trabajo en realidad se centra en captar las peculiaridades psicológicas de mi clientela.

—Lo sé, lo sé —dijo ella con vehemencia—. Pero es usted tan comprensivo, doctor, en mi propio caso. Usted se da cuenta de que la jaqueca se debe a la tensión mental, nerviosa y emotiva, así que pensé...

Controlé el impulso de sonreír. Todos los que sufren de jaqueca tienden a atribuir causas no físicas a su estado, cuando, por regla general, un simple acto físico de agacharse o comer un alimento inadecuado es la causa de tal dolencia.

Así que en vez de sonreír, asentí firme y cordial.

—Cierto, cierto, cierto —murmuré a la manera mística de tantos psiquiatras, aludiendo a cosas que sólo podrían saber los discípulos plenamente ilustrados de Freud. No hay duda al respecto. Son el nuevo sacerdocio.

—Entonces... hágame un favor, doctor, venga a verle. Intente ayudarlo. Le suplico que sea discreto en este asunto... habría un verdadero escándalo público si...

—Por supuesto —dije en tono conspiratorio—. Y si yo no puedo ayudarlo, puedo recomendarle a un amigo sumamente discreto, un especialista de trastornos mentales. Un hombre extraordinario, se lo aseguro, de inteligencia e integridad indudables.

Pero ella me quería a mí. Me dispuse, pues, a interpretar un papel particularmente largo. ¿Has advertido alguna vez cómo actúa la gente, de modo totalmente inconsciente, en pautas establecidas de expresión y emoción que se ajustan a categorías concretas, simpatía, justa indignación, desconcertada aflicción, etc., cuando en realidad, bajo la superficie, aunque no lo admitan ante sí mismos ni un instante, no sienten nada de lo que expresan hacia el exterior? Gestos, gestos... apuntalando el absurdo disparatado de la vida moderna. Y gracias a las modernas comunicaciones, nos convencen cada vez más, del Modo Correcto de Sentir en una Situación Dada. Lo cual sin duda resulta confortante. Dios mío, somos como escarabajos acuáticos que patinan por la viscosa superficie que cubre el agua clara y pura de abajo. Y, peor aún, contribuimos a la propagación y el crecimiento del cieno, amontonándolo más y más hasta que, de cualquier modo, nos hundimos con su peso hacia el fondo. ¿Qué crees que sucederá luego? ¿Locura? Pero me desvíó...

La casa que la señora Thornton tiene en la ciudad se encuentra en la tranquila Plaza Belgravian. La llevé allí mismo, yo, en el coche, dejando una nota a mi recepcionista para que cancelara las demás visitas del día.

En la entrada principal se alzaban dos columnas de mármol y cruzamos la gruesa puerta de roble que daba a un frío e imponente vestíbulo, también del mismo mármol desnudo. Entregamos los abrigos a una atractiva doncella, a quien la señora Thornton preguntó dónde estaba el señor Davenport.

—En el estudio, señora —contestó la doncella mirándome inquieta.

—¿Querrá usted decirle que he traído al doctor Schmeling y que nos gustaría verle en el salón?

Entramos en un salón grande y claro decorado con un estilo vagamente Victoriano. Un pesado secretaire había sido convertido en mueble bar, y la señora Thornton me ofreció bebida. Acepté un jerez seco y allí me quedé dándole sorbos mientras esperábamos a Nicholas

Davenport. La señora Thornton se movió nerviosa por la estancia un momento y por fin se sentó en el brazo de un sillón.

Entró Nicholas: pálido, abatido, desafiante. Era un joven de pelo oscuro y apariencia claramente frenética, que me estrechó la mano con demasiada firmeza cuando nos presentaron, y se dirigió de inmediato al mueble bar y se sirvió un trago. Yo esperaba que proclamase que no necesitaba ningún médico, pero, por el contrario, se volvió, aún mirándome desafiante, y dijo:

—Ojalá pueda usted hacer algo para resolver esto, doctor.

Aquella actitud de desafío era, al parecer, algo permanente y dirigido al mundo en general más que a un individuo concreto.

—Quizá pueda —dije mirándole con cierto nerviosismo, preguntándome qué pensaría de mí— ¿Le importaría explicarme qué le pasa?

—Muchas cosas —dijo, adoptando una pose romántica junto a las cortinas.

Esto, decidí entusiasmado, va a ser una escena de alto nivel dramático. Pero, en aquel momento, subestimaba a Davenport. Más tarde sabría que era un buen actor, en el sentido al que sabes que me refiero. Pero, por alguna razón, había confundido completamente los versos, había perdido las notas... o, al menos, aplicaba versos y notas propias a una obra que los rechazaba y se sentía incómoda con ellos. Mi primer vislumbre de esto llegó poco después de que la señora Thornton abandonase prudentemente la estancia y él y yo nos quedásemos mirándonos con los vasos en la mano, como si nos hubiésemos desafiado a un duelo y nos dispusiésemos ya a abrir fuego.

—Tengo entendido que usted no es psicólogo, doctor Schmeling.

—No, sólo soy médico. Pero tengo cierta inclinación personal hacia la psicología. Sin embargo, si quiere usted consultar con un hombre más cualificado...

—No, no... perdone, pero temo que una persona que no esté muy familiarizado con... trastornos mentales... podría calificar de absurdo lo que le dijera.

Negué con un gesto, curioso.

—No sucederá eso —le dije—. Aunque quizás me vea forzado a recomendarle un especialista, si no me considero competente para tratar su caso.

—Me parece muy bien —dijo él—. Mi problema es que tengo ensueños, ilusiones.

Reprimí el impulso de discutir filosóficamente el significado de ambas palabras y, en vez de hacerlo, enarqué las cejas.

—¿De qué clase, señor Davenport? —De muchas clases. Tengo ilusiones de un distanciamiento físico completo, en el que mi mente mira hacia abajo y contempla mi cuerpo y lo observa con objetividad clínica. Ilusiones de tamaño, en que soy a veces tan pequeño como la punta de alfiler en la inmensidad del espacio infinito y, al mismo tiempo, tan grande como para empequeñecer el universo. Ilusiones de oír voces que dicen frases que yo no podré oír hasta días después o que debería haber oído días antes; ilusiones en las que un lugar me parece conocido pese a no haberlo visitado nunca... deja vu, creo que le llaman... ilusiones en las que un lugar que conozco desde hace años, por ejemplo esta casa, se vuelve de pronto extraño, como si lo viese por primera vez. Le he enumerado algunas, muy pocas, doctor...

Fruncí el ceño, pensativo. En realidad, todas las ilusiones que me había mencionado eran del mismo género. Eran lo que llamamos "imágenes hipnagógicas", las ilusiones que se experimentan antes de dormirse, las ilusiones que se producen en el estado de duermevela, entre el dormir y el soñar. He leído que tales ilusiones se parecen muchísimo a las provocadas por la mescalina y otras sustancias similares.

—Todos padecemos ilusiones de ese tipo —dije a regañadientes, al ver, desilusionado, que su problema no era, en realidad, tan espectacular—. Yo mismo las tengo a veces.

—Sí claro —dijo rápidamente—. A veces. A veces, doctor. Pero, ¿las tiene usted siempre? ¿Se ve usted obligado, como yo, a ejercer un control rígido y deliberado sobre sí mismo, a forzarse a un comportamiento normal, para poder conversar razonable y lógicamente, para caminar unos metros hasta un quiosco y comprar un periódico, a ejercer una tremenda concentración si desea ver ese periódico en sus manos y leerlo?

—No, por supuesto que no —dije, sintiéndome ya interesado.

—Por supuesto que no —dijo él.

Con el pálido rostro crispado, frunció los labios, los humedeció y continuó:

—Hace algún tiempo, en circunstancias más o menos parecidas a las que le he descrito, me tropecé con la fuente de una cita muy utilizada. Un poema de John Donne, ese charlatán, ese místico estúpido... "Ningún hombre es una isla"... sin duda lo recuerda usted, ese absurdo sermoneante y panteísta. Pues bien, yo soy una isla, doctor, estoy aislado de mis semejantes la mayor parte del tiempo por mares más impenetrables que la inmensidad del espacio intergaláctico... soy una isla que existe en mi propio espacio, en mi propio tiempo... En realidad, en mi propio universo, que tiene escaso contacto con el universo que le rodea.

Debes darte cuenta de que por entonces, aunque interesado, no estaba tan convencido como ahora de lo que es literalmente la individualidad física. Buscaba inútilmente algo que decir. Sólo pude formular un tópico:

—¿Y cuando empezó a experimentar todo esto? —le pregunté.

—Hace algunos años —dijo con impaciencia—. Al principio, como usted indica, sólo entre la vigilia y el sueño, luego entre el sueño y el despertar, luego continuaron a lo largo de la mañana y luego todo el día y toda la noche. No estoy loco, doctor. Sé que no lo estoy. Pero pronto me volveré loco con la tensión de tener que mantenerme anclado a la realidad.

—Bien, haga una cosa —le dije—. No aplique ningún control, para que yo pueda, digamos, observar los síntomas como haría en un caso médico normal.

—No aplicar ningún control... Doctor, ni siquiera estoy seguro de poder recuperar luego el control, si lo hiciese.

Pareció cavilar un instante y luego alzó los ojos hacia mí; el apagado brillo desafiante sustituido por la mirada de súplica que he visto en los agonizantes que temen la muerte.

—Si eso significa que podrá usted curarme, lo haré.

—No puedo garantizárselo hasta ver de qué se trata —dije casi con la misma vehemencia que él.

— ¡Entonces, vea, por dios!

Los músculos de su rostro parecieron relajarse hasta tal punto que parecía que se le alargara toda la cara. Se tambaleó y le ayudé a sentarse en un sillón.

—Ya te lo he dicho, tía, no tengo ningún deseo de ver a un psiquiatra —su tía no estaba allí, por supuesto. ¿Estaría reviviendo la discusión que había inducido a la señora Thornton a consultarme?

Retrocedí cuando él se levantó del sillón e inició una extraña e inquietante pantomima. He visto escenas similares en casos de conmoción extrema, en que el paciente reproduce la fase que conduce a la experiencia traumática una y otra vez. Pero incluso en esto había algo extraño.

Sus labios formaban frases, pero yo no podía oír que decía. Luego hizo todos los movimientos de quitarse la ropa, aunque su ropa seguía sobre su cuerpo. Luego se sentó.

¡Se sentó tranquilamente en el aire!

Asombrado, por no decir aterrado, me acerqué a él y le cogí, me arrodillé y palpé el aire bajo suyo, vi que tenía los pies ligeramente alzados del suelo.

Luego sus brazos se movieron y le cayó la cabeza sobre el pecho, como si hubiera perdido el

conocimiento. No podía seguir allí contemplando aquello, así que le cogí y le zarandeeé suplicándole que despertase.

Abrió los ojos y miró a su alrededor, pero parecía que no me veía.

—Doctor —dijo— Creo que lo ha conseguido.

Pero miraba más allá de mí, a mi izquierda, dirigiéndose quizás a alguna imagen invisible de mí mismo.

Antes de que yo perdiera por completo el control, le agarré de nuevo por los hombros y le dije con angustia al oído:

—Davenport... Davenport... Soy el doctor Schmeling... está usted en el salón de casa de su tía. ¿Puede oírme? ¿Me entiende?

Su pálido rostro se volvió lentamente y su cuerpo temblaba. Los músculos se tensaron una vez más mientras miraba con dificultad hacia mí.

—Le entiendo. Recuerdo. Pero, ¿qué he hecho? No localizo ningún recuerdo de...

—Escuche —dijo con vehemencia—. Quiero que venga usted conmigo a visitar a un íntimo amigo mío, un físico llamado King... este caso no pueden resolverlo ni los psicólogos ni los médicos, estoy seguro. Iremos a verle ahora... ¿está de acuerdo?

—¿Me ayudará?

—Si hay alguien que pueda ayudarle, sólo puede ser King —prometí nervioso.

—Está bien.

Expliqué a la señora Thornton una vaga historia de que su sobrino necesitaba que le examinase en mi consultorio y le metí en mi coche. Cruzamos Londres y fuimos al Instituto de Investigaciones Especiales que dirigía King.

Pronto estuvimos en el despacho de King y le expliqué cuanto sabía. Luego él escuchó la historia de Davenport.

—Habéis hecho muy bien en venir aquí —dijo—. Te lo agradezco, Schmeling, pues sabes que actualmente estoy investigando los diversos grados de conciencia física. Hay varios psicólogos trabajando con nosotros, claro está, y entre todos podremos ayudar al señor Davenport, y de paso —añadió sonriéndome—, obtener algunas informaciones valiosas de los experimentos que quizás tengamos que realizar para hallar una cura.

—Así que voy a ser una especie de conejillo de Indias, ¿verdad? —dijo con aspereza Davenport.

—Sí —contestó King—. Debe recordar usted que cuanto más sepamos sobre su... ejem... trastorno, más fácil será la tarea de ayudarle a readaptarse a la realidad.

Poco después se acordó con la señora Thornton que Nicholas Davenport permanecería en el Instituto hasta que estuviese curado. Prometimos máximo secreto y preferíamos realmente mantenerlo, porque el trastorno de Davenport era tan asombroso que si llegaba cualquier rumor a los voraces oídos de la prensa sensacionalista, nos caerían encima los informadores.

Pasó el tiempo y, por fin, King y su equipo lograron construir un prodigioso ejemplar de máquina capaz de registrar las experiencias de Davenport mientras éste sufría sus ilusiones y de retornarlo, al menos en cierto grado, a la realidad.

Los datos se acumularon, se seleccionaron y se investigaron. Y poco a poco fuimos llegando a ciertas conclusiones respecto al carácter del problema de Davenport.

Davenport no sólo habitaba en un universo privado escasamente relacionado con nuestro común y compartido tiempo y espacio, sino que si se le dejaba por entero dentro de él, comprobamos que adoptaba un rumbo y una forma definidas, como si su existencia tuviera una progresión lógica a través del tiempo y del espacio. Sus experiencias pasadas, presentes y futuras, estaban dispuestas de forma perfectamente ordenada salvo en un detalle: sus



experiencias pasadas existían, a veces, en nuestro futuro, y sus experiencias presentes o futuras existían a menudo en nuestro pasado.

En fin, el caso era que habíamos investigado a Nicholas Daventport y cabía la posibilidad de que fuera sólo un caso raro y único, que no hubieran otros como él. Pero teníamos que ponerlo a prueba... así que me ofrecí voluntario. Por entonces, sus experimentos con la primera máquina, les habían capacitado para crear otra que, si operaba de acuerdo con el principio que ellos habían previsto, podría tener el efecto de lanzarme a lo que empezábamos a llamar "el estado hipnagótico permanente".

La máquina, una obra maestra, producía en el metabolismo humano los efectos controlables de ciertas drogas, como la mescalina, el ácido lisérgico o el adrenolitín, ejerciendo control electrónico directo sobre la mente y sobre el torrente sanguíneo.

Así pues, pasase lo que pasase, seguro que iba a disfrutar de algunas experiencias personales interesantes.

Me senté en la silla mientras enfocaban la máquina sobre el cuerpo. También había un instrumento del tipo que ya he mencionado.

Empezaron las pruebas.

Las ilusiones eran muy claras, de hecho bastante más nítidas que la mayoría de las experiencias ordinarias. Incluían voz, imágenes, acción, olores y mi sentido del tacto, así como un cierto estado de suave éxtasis emotivo que rápidamente podía convertirse en estado suavemente depresivo. Esta confusión, luego empezó a aclararse, y las ilusiones y las impresiones empezaron a formar una pauta definida hasta que sentí que vivía una vida ordenada apenas distinta a la que vivía normalmente, salvo por el hecho de que parecía saber mucho mejor cómo era todo; parecía, si lo prefieres, más familiarizado con todo.

Según supe más tarde, me soltaron luego de mi asiento y me permitieron moverme a mi gusto y me situaron frente a Daventport, que se hallaba en un estado similar.

Aunque le vi con toda claridad, no sentí el menor interés por él, no sentí el menor deseo de acercarme a él ni de interferir verbal o físicamente en su existencia personal. Sin embargo, al cabo de un rato, él se me acercó y me dijo cortésmente:

—Así que es usted también libre, doctor Schmeling. Sin duda nos han puesto en contacto deliberadamente y no sé cómo, pero si nos permiten seguir en este estado, deseo comunicarme con usted en algún periodo en que el tiempo y el espacio del universo sean favorables para otro encuentro... quizás nos hayamos encontrado ya en su pasado y en mi futuro, ¿no cree?

—Aún no —contesté.

¿Te das cuenta del nuevo estado de nuestra existencia? Estábamos viviendo sin estar directamente implicados en lo que eran universos privados separados prácticamente por completo. La naturaleza del tiempo había cambiado, o al menos nosotros habíamos cambiado en relación con la naturaleza del tiempo, ¡y era muy posible que un individuo recordase un encuentro que para otro aún no había tenido lugar! ¡Eramos libres! Eramos absolutamente libres y estoy convencido de que vivíamos lo que es la verdadera y natural existencia del ser humano.

No sé qué extraño azar se produjo en la tierra, que nos llevó por el mal camino. Pero la verdad, quedaba patente y clara. Los torpes tanteos de místicos, filósofos y científicos para desvelar esta revelación, habían sido bloqueados por el mundo en general durante siglos.

Realizamos pruebas similares con grupos amplios. King estaba tan emocionado como yo. No hicimos tentativa alguna de "curar" a Daventport, y en cuanto comprendimos lo que le había sucedido, lo que debe haberles sucedido a miles de pobres "esquizofrénicos" y "víctimas de la locura" encerrados en todo el mundo, aceptamos su estado como normal... y nuestros estados como anormales.

Observando los experimentos con grupos amplios, vimos el paraíso, vimos el infierno, amigo

mío; bandadas de ángeles viviendo una existencia personal pacífica y ordenada, libres de las cadenas de la supuesta uniformidad, de la posición de actores interpretando papeles en una mala obra, hombres reales realizando acciones reales significativas e importantes para su existencia personal.

Aquel estado excluía, además, cualquier interferencia en las vidas de sus semejantes.

Es lo que los políticos han estado proclamando durante años, sin lograrlo nunca.

Gracias al joven Nicholas Daventport, hemos logrado que la humanidad se libere de la esclavitud de la uniformidad. Morirá la tribu, morirá la nación: habrá sólo hombres y mujeres independientes.

Schmeling, estirando su alargada y aguileña cabeza se inclinó hacia mí y apoyó sus dedos largos de uñas cuadradas sobre la tapicería del sillón.

—Libertad —repitió—. ¡Libertad auténtica!

Pero yo no compartía su entusiasmo. En realidad, la idea me horrorizaba. Era imposible, para empezar. Pero la sola idea, aquel concepto irresponsable, bastaba para enfurecerme. Me controlé lo mejor que pude.

—Un buen cuento, Schmeling —intenté sonreír—. Estás en forma. Pero, amigo mío, la idea misma de una existencia tal, resulta pasmosa para un hombre inteligente. La sociedad, tal como la entendemos, se derrumbaría. Sin organización no puede haber civilización, no podría haber edificios ni ferrocarriles, ni siquiera periódicos.

—Pero podríamos tener libros... ¡libros amorosamente producidos por un hombre con su propia imprenta!

—¿Cuántos libros? ¿Y cómo se distribuirían? ¿Cómo conseguiría su tinta, sus tipos, las piezas de repuesto para su imprenta? ¿Y quién los leería?

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso tienen los animales deseos de leer libros, Schmeling?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Claro que tiene que ver... ese estado que te parece tan deseable es una existencia animal, ¿es que no te das cuenta?

—Tienes una visión limitada —dijo él, y pareció relajarse deliberadamente en su sillón—. En realidad, la clase de comunicación a que me refiero no necesita ningún tipo de libros. Es un estado de éxtasis, amigo mío... es el cielo en la tierra. ¡Es lo que nos han prometido durante años!

—Muy bien, no hacen falta libros. Pero el hombre no vive sólo de libros... ¡También vive de pan!

—El individuo encuentra las vitaminas que necesita por... bueno, por una especie de instinto que no puedo explicar.

Lancé una sonora carcajada ante esta afirmación tan ingenua en un físico culto.

—Lo siento, Schmeling, pero nuestra conversación es cada vez más ridícula. Me metí demasiado en tu historia. Olvidemos toda esta charla de "estados perfectos" y "experiencia trascendente", pues de lo contrario acabaremos como dos viejos sacerdotes budistas disputando en un monasterio.

Pero no quiso acceder a mi deseo de dejar el tema antes de que la discusión se enconase y amenazase nuestra amistad.

—No —insistió—. Míralo de este modo: eres un hombre humanitario y liberal, ¿no es cierto? Das al individuo derecho a sostener sus propias ideas siempre que no interfieran

perjudicialmente con otro individuo.

Asentí sin escuchar, en realidad, pues ya me aburría la discusión.

—Las ideas son grandes o pequeñas según el individuo —continuó—. ¿Aceptarías que si criticamos sus ideas según nuestra propia escala de valores, estamos siendo injustos con este hombre?

—Sí.

—Lo mismo que es posible que un número infinito de cosas ocupen el mismo espacio que nuestro planeta, teniendo espacio y tiempo como nosotros pero existiendo asimismo en una serie de dimensiones distintas, así también todo ser humano tiene "dimensiones" individuales propias. Hay muchos casos en que se comparten dimensiones comunes, pero precisamente por ser esto cierto no tenemos más remedio que concluir que en consecuencia se comparten todas las dimensiones! Has de admitir, luego, que el derecho de ese Hombre a ser un individuo es una necesidad tanto física como filosófica. ¡Que el aceptar las dimensiones compartidas como las únicas importantes o "reales" y rechazar las individuales deJ individuo como "antinaturales" o "erróneas" es negar una verdad *física!*

—Vamos, Schmeling. Te has enredado en tu especulación demasiado para que podamos seguir con este asunto. Cálmate, llena esa pipa que yo ya me iré dentro de un momento. He de admitir que nunca esperé oír decir tantos disparates a un hombre de tu inteligencia y tu sentido común. Lo que postulas tú es la anarquía total... un estado odioso para cualquier criatura racional. Gracias a Dios, las cosas no son así.

Miré con curiosidad a Schmeling, que se había relajado del todo y llenaba su pipa como le había propuesto. Rió para sí, como por algún chiste particular.

—Veo que te das cuenta de que tengo razón —dije, sonriendo y levantándome.

—Ya verás tú como la tengo yo —dijo, riendo entre dientes.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, mi querido amigo, hemos construido ya varias máquinas como la que te describí. Grandes. Están situadas en puntos estratégicos del mundo. Dentro de unas horas inundaremos el planeta con sus efectos y empezará la vida real para los seres humanos, la Nueva Era... ¡La era de la salvación!

No pude aguantar más.

Conmovido y alterado al ver un comportamiento tan infantil en una inteligencia tan magnífica, me volví a casa. Pero sin poder liberarme del presentimiento de que lo que me había dicho no era más que la libertad.

Ahora estoy en casa y sentado en mi estudio éstas escribo para notas análisis era en ello lo que mi nutrida esa convicción orden...

## ESPERANDO EL FIN DEL TIEMPO...

Soplaban vientos crudos sobre Tanet-tur-Taac, y el hedor a sal del mar llegaba a la nariz de Suron y la impregnaba día y noche porque las aguas estaban subiendo mientras la luna caía.

Vientos crudos desgajaban las nubes sobre Tanet y a veces llevaban nieve y a veces llevaban lluvia caliente y a veces sólo hacían olas en el mar.

Con el largo pelo flotando al viento, Suron-riel-J'ryec miraba fijamente la luna y tras ella a la estrella Kadel, que en otros tiempos había estado tan lejos de Tanet, el último mundo del Borde. Había varias estrellas grandes en el cielo ahora, y pronto ellas y sus planetas serían un cuerpo inmenso. También Tanet formaría pronto parte de aquel cuerpo.

Desde donde estaba, en la torre más alta de la ciudad, Suron podía ver las montañas distantes y alteró su visión para captar cierta zona concreta con una perspectiva más detallada. Estaba seguro de haber visto moverse algo, allí, de nuevo. Pero el viento revolvió la nieve en las laderas. Quizás hubiera sido eso lo que había visto.

Suron miró tras sí, hacia las esbeltas torres de la ciudad que se llamaba Rion-va-mëy (Esperanza Inevitable), una ciudad que era también una máquina. Suron había construido Rion-va-mëy y había bautizado a la ciudad-máquina diseñada para hacer de Tanet un mundo completamente independiente de su sol, para apartarlo de la fuerza de atracción de la Masa antes de que fuera demasiado fuerte para cruzar el espacio intergaláctico y hallar una galaxia que aún siguiera en equilibrio. Por eso habían elegido para su experimento aquel mundo del Borde, porque era el mundo menos habitable que había en los confines de la galaxia.

Y la galaxia estaba condenada a sufrir un cambio monstruoso en el que nada seguiría como antes.

La galaxia estaba condensándose.

Ellos ya sabían qué iba a suceder, pues sus científicos habían llegado a desentrañar la naturaleza de los cuerpos inmensos y oscuros que yacían en el centro de la galaxia. Megaquasares con una masa tan grande que ni siquiera los fotones podían escapar a ellos, habían empezado a engrosar su masa con todos los cuerpos que penetraban en su campo gravitatorio.

Y ahora, toda la galaxia vacía dentro de aquel campo y todos los soles y sus satélites eran arrastrados inexorablemente hacia allí, mientras los megaquasares se consolidaban en una sola masa, tan inmensa, que no podía inventarse ningún nombre real para denominarla. Los que aludían a ella, no podían darle más nombre que el de Masa.

Suron contempló de nuevo el cielo, mientras el día se iba oscureciendo rápidamente. Su plan había fracasado al hacerse evidente que era demasiado tarde. Rion-va-mëy, era la máquina más perfeccionada que hubiese inventado nunca la humanidad. Podía proporcionar un medio artificial complejo, alterar un planeta tan fácilmente como una nave espacial, pero jamás podría utilizarse para su propósito básico. Lo único que le cabía hacer, era ayudar a Tanet a eludir la inevitable colisión unos cuantos días más.

Apenas funcionaba ya como una ciudad, pues la mayoría de sus ciudadanos se habían ido al comprender que el plan de Suron había fracasado. Se habían ido con la esperanza de llegar a sus mundos natales antes de que sus soles se los tragasen, soles que serían a su vez tragados por otros soles mayores hasta que la Masa se lo tragase todo.

Suron se había quedado, Tanet era ya su mundo. Lo amaba. Y aquél que amaba a Suron se quedó con él.

Al principio, el proceso había sido gradual. Unos cuantos miles de años atrás apenas si había sido perceptible. Hacía mil años, sin embargo, que se había hecho patente lo que se fraguaba. Cien años antes, la Masa había absorbido a la mitad de los soles y planetas de la galaxia y ahora los soles y planetas del Borde iban aproximándose entre sí.

Unos días más, pensaba Suron, e iniciaremos el último viaje hacia el interior. Y en menos de un año, si eran correctas las teorías de los científicos, la Masa se desmoronaría debido a su propia gravitación y se iniciaría de nuevo el proceso entrópico. Nuevas estrellas, nuevos planetas: un nuevo ciclo.

¿Se repetiría a sí mismo el ciclo?, se preguntaba Suron. ¿Estaba programada la galaxia para formarse y reformarse eternamente? ¿Renacería la humanidad y recrearía su historia quizás por millonésima vez?

Desde la cúspide de la torre más alta, con el cuerpo pálido expuesto a los elementos, Suron contemplaba las aguas. Habían alcanzado ya algunas de las estructuras más lejanas. Miró de nuevo hacia la luna que dominaba el cielo. Estaba un poco más cerca que el día anterior; y Tanet estaba un poco más cerca de su sol, y las estrellas estaban reunidas en un grupo algo más compacto.

*Falta poco, pensó.*

Pasó la breve noche. El color del cielo pasó de azul oscuro a violeta y a verde claro y las nubes se alejaron por el horizonte y desaparecieron. Asomó el sol y Suron sintió al instante su calor.

Se oyó un susurro detrás de Suron.

—Así que no sirvió de nada.

Mis'rn-bur-Sen, colocó una mano suave sobre el brazo de Suron.

—El sol está más cerca, Suron.

Suron se volvió y sonrió a su marido.

—Soñé con la humanidad. ¿Qué fue lo que no sirvió de nada?

Mis'rn se acercó a la balaustrada. Su piel era transparente como la de Suron y mostraba las venas y órganos de su cuerpo hermafrodita. El cálido viento ondulaba su pelo claro.

—Toda la lucha, y el dolor, y la muerte. Todos los esfuerzos de quienes aspiraban a ayudar al género humano a lograr la tranquilidad y la seguridad, que tan recientemente conseguimos. Todo inútil, Suron. La humanidad ha sido engañada. Cuando triunfaba sobre su condición, sobre la mortalidad, sobre el entorno, la naturaleza aún sigue gastando sus bromas, aún logra hallar un medio de destruirnos.

Suron sonrió y dijo:

—Una visión un poco antropomórfica del universo. ¿No nos basta saber que la humanidad triunfó al fin, que logró alcanzar lo que los antiguos habían llamado "un estado de gracia"? ¿No es el afecto que nos tenemos, una especie de recompensa por tantos milenios de lucha?

Mis'rn inclinó la cabeza.

—Quizás —dijo.

La torre tembló. Se oscureció el cielo al llegar nuevas nubes barriendo el horizonte. El estruendo del mar ahogó el rumor del viento. Suron puso la punta de un largo dedo sobre la balaustrada y trazó un círculo.

Un campo de fuerza formó una cúpula invisible sobre la torre y el azotar del viento y el aullar del mar quedaron bloqueados. Suron y Mis'rn se miraron fijamente, en el nuevo silencio.

—Pero nuestros hijos han muerto —dijo al fin Mis'rn.

Hacia unos cincuenta años que ambos habían dado a luz al hijo del otro, simultáneamente.

Los dos vastagos habían permanecido en el planeta en el que habían nacido y los dos estaban ya consumidos.

Suron había aceptado este hecho sin amargura, pero Mis'rn, cuyo temperamento se complementaba con el de Suron, aún se afligía. Y por eso Suron confortaba ahora a su marido. Expresaba sin palabras su comprensión y Mis'rn comunicaba sin palabras su gratitud. La torre volvió a estremecerse.

—¿Cuál fue tu sueño sobre la humanidad? —preguntó Mis'rn.

—No recuerdo las imágenes, sólo el ambiente. Yo estaba allí y soñaba y luego despertaba y, Mis'rn, me sentía feliz.

—Has compartido eso conmigo. Ojalá pudiese tener un sueño así. Pero todos mis sueños, cuando los tengo, son de conflictos y desastres.

Suron señaló hacia las montañas.

—Después de mi sueño, creí ver moverse algo allá, en las laderas. Quizás formase parte del sueño.

—Eso creo. Somos los únicos que quedamos en Tanet. Y aquí no hay animales. De eso se encargaron nuestros ancestros.

—Sin embargo, sentí el impulso de ir a las montañas... a mirar.

—Es demasiado peligroso, Suron. Toda la energía de la ciudad se está utilizando para resistir la fuerza de atracción de nuestro sol y para impedir que la luna nos caiga encima. Si sales de su radio de acción, quizá no pudiera protegerte.

—Lo sé.

Suron cogió una mano de Mis'rn y susurró algo.

Fueron transportados inmediatamente al corazón mismo de la torre, a una estancia de luz suave y cambiante, que irradiaba elementos nutritivos en sus organismos. Luego, hicieron el amor de un modo tierno y dulce... apenas sin tocarse, mientras se movían por la habitación en un gracioso y emocionante ballet.

Y la torre tembló una vez más y la luz parpadeó, un instante antes de reanudar sus transformaciones.

Mis'rn detuvo su danza y Suron vio los rastros de una emoción olvidada que empezaban a surgir en su rostro. La emoción era miedo.

—Hemos de aceptarlo, Mis'rn —dijo—. Bautizamos esta ciudad con el nombre de Esperanza Inevitable, porque era inevitable que tuviésemos esperanza. Pero ahora esa esperanza está muerta. Hemos de aceptarlo.

—No puedo —murmuró Mis'rn—. El sueño ayudó a nuestros ancestros de este modo cuando no podían tolerar las implicaciones de la realidad. Por eso dormían.

—Lo intentaré.

Suron trazó un signo determinado sobre la pared de luz cambiante, y el aire del centro de la estancia cuchicheó y susurró y apareció un lecho.

Mis'rn se dirigió hacia el lecho y se tendió en él, mirando, desde allí, a Suron.

—Cierra los ojos —dijo Suron, y Mis'rn los cerró—. Yo vendré a despertarte —prometió.

Y Suron volvió a lo alto de la torre, pestañeando ante la intensa luz. Hizo que la cúpula se oscureciera para poder contemplar el paisaje.

En las montañas se había fundido la nieve. El mar se movía inquieto alrededor de las torres más bajas. El monstruoso sol cruzaba el cielo.

Suron centró los ojos de modo que la ladera de la montaña pareció acercarse. Cuidadosamente, inspeccionó cada roca amarillenta, cada sombra de un negro intenso, todas

las hendiduras. Pero sólo se movían las sombras por la rápida carrera del sol por el cielo.

Y luego, cuando Suron dirigió su mirada a las lomas más altas, vio una sombra que se movía en dirección opuesta y que desaparecía tras uno de los largos colmillos de roca que un temblor reciente de tierra había cortado del cuerpo principal de la montaña.

Así que era cierto, había allí una criatura viva. ¿Un hombre?

Suron estaba seguro de que ningún hombre podía sobrevivir bajo el calor a menos que llevara ropa protectora adecuada.

¿Un visitante, entonces, de uno de los mundos internos?

Imposible. Ninguna nave espacial podía soportar las inmensas fuerzas gravitatorias que existían ya en el espacio. Y no había ningún receptor de materia en funcionamiento en Tanectur-Taac.

Suron se preguntó si la criatura habría venido de una galaxia próxima.

Tomó una decisión. Sin dejar de mirar fijamente hacia la ladera, esperó con toda calma a que llegase el oscurecer.

Ahora la oscuridad era ya completa en Tanet, pero cuando el sol llegó al extremo del horizonte y la luna empezaba a asomar su masa monstruosa sobre las cimas de los montes y el cielo se volvía de un azul intenso y las estrellas hacían su aparición de nuevo, Suron dejó Rionva-mey, la ciudad-máquina de Esperanza Inevitable.

Sobre la espalda desnuda, llevaba un equipo de campo de fuerza ligero que le protegería contra los elementos y le serviría de medio de propulsión sobre las rocas.

Se elevó unos centímetros del suelo, voló contra el viento, mientras las nubes se espesaban y el cielo se oscurecía, trayendo las primeras nieves del anochecer.

Suron aumentó la temperatura de su cuerpo para contrarrestar el frío, y los copos de nieve que caían sobre sus hombros desnudos, se fundieron inmediatamente.

Tras él, la ciudad había cambiado de color. Ahora tenía un peculiar tono anaranjado. Suron sabía que sus recursos estaban casi agotados. El mar cubría aún más las torres, y las que quedaban, habían empezado de nuevo a balancearse y a estremecerse.

Suron llegó al pie de las laderas de las montañas y empezó a ascender.

El cielo se volvió de una púrpura intenso y el viento rasgó las nubes, de modo que la luna pudo verse otra vez. Estaba aún más cerca. Suron tuvo casi la sensación de que si alzaba una mano podría tocarla. Dominaba el paisaje.

Mirando al frente, creyó ver la sombra móvil, cerca de la cima de la montaña. Aumentó su velocidad.

Llegó a la cima. El viento era ya tan fuerte que se vio obligado a utilizar más potencia para que no le desplazase de su condición. La luna parecía amenazar aplastarle. Parecía llenar todo el cielo.

Justo debajo de él, surgió un cuadrúpedo antropeide de detrás de una roca. Se aferraba a la ladera, el cuerpo peludo cubierto de nieve, el pelo alisado por el viento. Sus ojos inteligentes miraron a Suron y Suron lo identificó.

Se le escapó un grito de sorpresa.

El antropeide movió la cabeza y le observó receloso. Abrió la boca y habló, y el aullar del viento ahogó sus palabras.

Suron descendió por la ladera hacia la criatura.

El ser retrocedió y desapareció. Suron vio que la roca ocultaba una fisura de la ladera... una

cueva.

Entró en la cueva sin vacilar.

Llegó luz. La cueva era artificial. Era una habitación o quizás una más de una serie, y su contenido había sido destrozado y dispersado por los temblores de tierra. La criatura estaba plantada sobre sus cuatro piernas en medio de la habitación, rodeada de desperdicios y sentada en una silla de extraña forma. Miraba muy seria a Suron.

—Creí que tu especie estaba extinta —dijo Suron, luego añadió ceñudo: —¿Entiendes mi lengua?

La respuesta fue clara, firme, musical:

—La entiendo. Mi especie fue... extinguida. La destruyó la tuya hace mucho tiempo.

—No lo sabía —dijo Suron.

—Había vegetación y belleza. Había paz. Hace eras, tu gente llegó con fuego y quemó toda la belleza, asesinó a todos los míos. Yo me oculté en las profundidades de la tierra. Luego tu gente se fue. Nunca pude descubrir por qué destruyeron nuestro mundo.

—¿Cómo aprendiste nuestra lengua?

—Un viajero —dijo la criatura, señalando con una mano. Suron vio un cráneo. Era el cráneo de un hombre pre-hermafrodita. Debía tener siglos.

—¿Le mataste tú?

—Murió. Eramos amigos, creo.

—¿Y él no sabía por qué quemaron vuestro planeta?

—Hablaban de una guerra. Dijo que este mundo probablemente ocupase una importante posición táctica... algo parecido. Dijo que si hubieran sabido de nosotros quizás no lo hubiesen quemado, pero supusieron que criaturas que caminaban con cuatro patas no eran inteligentes... como si tuviera algo que ver.

—Mis ancestros hacían en otros tiempos diferenciaciones entre seres que razonaban como ellos y otros de carácter menos inquisitivo,

—Los que estaban contentos fueron destruidos.

—Así fue, sí. Pero tú sobreviviste todos estos años.

—Sí... al parecer, para morir con los que me robaron la felicidad. ¿Se debe esta catástrofe a otra de vuestras acciones?

—No lo creo. Yo me llamo Suron-riel-J'ryec.

—Yo soy Mollei Coyshkaery. ¿Cuál es entonces la causa de esto?

Suron se lo explicó.

La criatura antropoidea pareció animarse.

—Así que nadie ganó. Lo que nos pasó a nosotros os está pasando a vosotros.

—Con una diferencia: no quedará nadie para recordar a la humanidad, cuando desaparezca.

—Se lo tiene merecido.

—Supongo que sí.

—Tú no eres como mi amigo —dijo Mollei señalando el cráneo—. Eres más tranquilo... tienes un aspecto distinto.

—Nuestra raza había empezado a evolucionar hacia especies completamente distintas. Eramos casi inmortales, lo mismo que tú. No teníamos conflictos entre nosotros ni enemigos que nos amenazasen. Dedicábamos nuestro tiempo a adaptarnos a lo que veíamos. Habríamos evolucionado aún más, pero —Suron hizo una pausa— habíamos aprendido el hábito del amor, y habíamos olvidado el hábito del odio.



—Yo aún no he aprendido a odiar —dijo Mollei—. Y ahora ya es demasiado tarde.

—Lo siento.

—¿Crees que es bueno odiar?

—Creo que es bueno conocer todos los sentimientos —el cráneo atraía de nuevo la mirada de Suron.

Mollei se sacudió la nieve derretida de la piel. De pronto, soltó con expresión meditabunda:

—Antes había música. Hace tanto que no oigo música.

—Quizás vuelvas a oírla.

—¿Qué quieres decir?

—Hay quien cree que la galaxia pasa por un ciclo perpetuo de nacimiento, muerte y renacimiento... que su historia se repite una y otra vez con diferencias sólo secundarias.

—Pero eso significa que volveré a conocer el dolor. Tus palabras no me traen ningún consuelo, Suron-riel-J'ryec.

—Admito —dijo Suron con un suspiro— que la idea también es aterradora.

—No parece afectarte lo que está a punto de suceder.

—Es inevitable, Mollei Coyshkaery.

La caverna se balanceó. A pesar de su campo de fuerza, Suron se vio lanzado contra la pared. Con él se desplazaron objetos. El cráneo chocó contra la pared y se fragmentó. Mollei intentó salvarse, pero quedó atrapado justo debajo de Suron, gritando de dolor e intentando incorporarse. Caían piedras del techo. Un gran estruendo lo llenó todo, mientras la caverna seguía estremeciéndose. Luego, todo volvió a quedar quieto.

Suron descendió hasta el ángulo que formaban el suelo y la pared, donde estaba tendido Mollei. Su mirada expresaba dolor. Era evidente que tenía algunos huesos rotos.

—Ha sido el peor de todos —murmuró Mollei—. Me pregunto qué lo provocaría...

—Ha caído ya la luna. Creo que a cierta distancia de nosotros.

—¿Qué significa eso?

—Significa que dentro de poco tu planeta se hundirá en su sol, casi en el mismo instante en que el sol se una a otras estrellas. Estamos desplazándonos todos hacia el centro, Mollei. Unas cuantas horas después de morir, nuestra galaxia no será más que una masa. Después, se cree que la masa explotará y la galaxia empezará de nuevo.

—La muerte llega rápido —balbució la criatura—, pero la vida tarda tanto tiempo en formarse...

—¿Vendrás conmigo a Rion-va-méy, mi ciudad? —preguntó Suron—. Hay allí medios para aliviar tu dolor.

—Estoy muñéndome —dijo Mollei—. Déjame morir solo.

—Como quieras.

Suron buscó la entrada de la cueva, pero había quedado bloqueada al caer la luna. Volvió junto a la criatura agonizante.

—Parece que estoy atrapado.

Mollei se incorporó sobre un codo y señaló una entrada.

—Hay varias salidas. Quizás alguna no esté bloqueada.

—Gracias.

—Adiós, Suron-riel-J'ryec.

Suron se dio cuenta de que empezaba a debilitarse la potencia de su campo magnético. Cruzó el oscuro umbral y ensanchó los ojos para poder ver en el negror de la sala contigua.

Había allí cuadros y artefactos de todas clases. Se dio cuenta de que Mollei había utilizado el sistema de cuevas como museo: un monumento a su raza asesinada. Suron experimentó lo que imaginó podría ser sentido de culpabilidad.

Se abrió paso a través de varias cámaras similares, deteniéndose sólo a contemplar un relieve muy antiguo que parecía indicar que la raza de Mollei había tenido en otros tiempos enemigos indígenas... era una escena de guerra. Las criaturas simiescas expulsaban triunfalmente a un tipo de gente asexual similarmente armadas.

Y luego vio una hendidura en el techo por la que entraba luz.

Suron aumentó la potencia y subió hasta el techo, cruzó la hendidura y salió a la superficie del planeta.

Gimió cuando la luz golpeó sus ojos y se los tapó con las manos. Sabía que le quedaba poca potencia en su campo magnético, pero aumentó la intensidad del campo aún más y se aisló del calor asfixiante y de la luz lo más que pudo.

Miró hacia abajo, hacia la montaña, y luego hacia el mar.

El mar hervía. Nubes de vapor rodeaban lo que quedaba de Rion-va-mëy. Inmensas fisuras negras se abrían en la montaña. Empezó a descender todo lo rápido que se atrevía.

La pantalla que cubría su cuerpo, temblaba. Suron sabía que si se estropeaba, moriría... moriría con peores sufrimientos y mucho más deprisa de como habían muerto sus ancestros, de piel más gruesa.

Cruzó sobre una grieta recién formada y, mientras la cruzaba, el extremo más alejado de él empezó a pandearse y a ensancharse más y más. Inundó sus oídos un estruendo monstruoso. Todo el planeta se estremeció.

Con una sensación de pánico creciente, llegó por fin al otro lado.

Una de las torres cayó y luego, otra se balanceó y se desplomó también. Suron se dio cuenta de que al fin la máquina se había estropeado.

El cielo se hizo aún más brillante y parecía que el calor calcinaba su piel. La superficie del lejano mar burbujeaba ya y pudo oír el silbar de sus aguas al convertirse en vapor.

La pantalla volvió a fallar y los pies de Suron golpearon las ardientes rocas.

La torre más alta, que aún seguía en pie, se hallaba a cierta distancia. Vio que uno de los grandes haces de energía que habían mantenido unido el planeta, se pandeaba y luego se quebraba como cuando se corta un alambre de acero. Las diversas secciones saltaron en el aire vibrando y retorciéndose y luego cayeron. Se desplomó otra torre en el mar hirviente.

Suron se sintió mareado. Se le nubló la vista. Se dio cuenta de que iba a morir muy pronto, sin poder regresar a la habitación donde yacía dormido Mis'rn.

El caos absoluto le rodeaba, una confusión aterradora de rocas volando y de remolinos de vapor.

Ya no podía ver Rion-va-mëy. Quizás había desaparecido para siempre la ciudad de Esperanza Inevitable. El sol se hizo aún mayor. Suron gritaba de dolor. Luego, sin cejar en su avance se desmayó.

—iSuron!

Hacía más fresco. Abrió los ojos y vio los de Mis'rn-bur-Sen. Había en ellos ansiedad.

—Suron. ¡Estás vivo!

—Sí, estoy vivo. Pero debería estar muerto.

—Desperté y te busqué. Me di cuenta de que te habías ido a la montaña. Cogí una nave y te busqué hasta hallarte sin sentido. Te traje a nuestra torre.

—¿Entonces sigue aún en pie?

—Por poco tiempo. He desviado hacia ella toda la energía que quedaba.

—Creí que estabas dormido, marido mío.

—Algo me despertó... imagino que fue la luna al caer, o la sensación de que estabas en peligro. O quizás ambas cosas. Tuve sueños profundos, Suron... sobre la humanidad.

—¿Y te angustiaban? —Suron se levantó del lecho e intentó mantenerse de pie sobre el suelo tambaleante. La luz de las paredes ya no cambiaba de color. Era de un verde claro continuo.

—Me consolaron, Suron. Es mejor morir amando a la humanidad que odiándola.

Suron asintió con un cabeceo.

—Mollei estará ya muerto.

—¿Mollei?

—Encontré en la montaña a una criatura, Mis'rn. El último habitante indígena de Tanet-tur-Taac. Nuestros ancestros destruyeron a los suyos con fuego. Destruyeron toda la vegetación del planeta. El sobrevivió durante siglos y sin embargo nunca conoció el odio... sólo la inseguridad y el desconcierto. No sabía por qué matamos a su pueblo.

—¿Lo sabes tú?

—Sólo sé que la humanidad mató a muchas otras razas al extenderse por la galaxia.

—¿Y ahora tú odias a la humanidad?

—No. Pero comprendo el desconcierto de Mollei. Pues ahora la humanidad está destruida. Probablemente seamos los últimos que siguen vivos. Y pronto habremos muerto.

—Pero nos destruye una naturaleza irracional.

—¿Y no fue esa fuerza la que eliminó a los habitantes de este planeta?

—Les matamos nosotros.

—Sí. Pero puede que sólo nos imaginemos que realmente lo hicimos. Utilizamos nuestros pensamientos para justificar acciones que teníamos que realizar de todos modos...

Mis'rn cabeceó. Se trasladó a uno de los dos lechos y se tumbó en él.

—Es cierto que no conquistamos nada —dijo—. Y ahora estamos conquistados.

—Nos conquistamos a nosotros mismos. Y una vez logrado eso, morimos.

—¿Crees que ése fue el objetivo de nuestra existencia?

—Jamás pensé que nuestra existencia tuviese un "objetivo". Y sin embargo nuestros ancestros creían en ello. Que habíamos nacido para aprender a amar y que haciéndolo nos integrábamos con el universo.

Mis'rn cerró los ojos.

—¿Por qué no dejas entrar un poco de luz, Suron, para que podamos ver una vez más este mundo?

Suron tocó la pared y trazó un signo. El muro exterior se hizo opaco y luego transparente y la luz cegadora inundó la estancia. Con ella llegó el calor, pero esta vez le dieron la bienvenida.

Suron ocupó su lugar en su lecho y se tendió. Extendió la mano y tocó la de Mis'rn.

—Y ahora vamos a dormir —dijo. Y se durmieron en amor.

Y entonces Suron y Mis'rn soñaron con la humanidad.

Soñaron con todo lo que había luchado por ser, con todo lo que había logrado ser, con todos sus fracasos. Y era un sueño de amor.

Soñaron con las estrellas y los planetas de su galaxia y con los que habían abandonado el planeta Tierra hacía muchos milenios, con los que habían explorado y destruido y se habían embrutecido por creer que el conocimiento proporcionaba amor y tranquilidad.

Y pareció que soñaban la historia toda de la galaxia, desde su nacimiento hasta su muerte, que presenciaban la formación de cada estrella y de cada planeta, que vivían la vida de toda criatura individual que había alcanzado la existencia en aquellos planetas.

Y en sus sueños acabaron comprendiendo que el Tiempo era una idea sin sentido y que la Muerte no significaba nada y apenas muy poco la Identidad.

Y mientras ellos soñaban ardió la última torre y Tanet-tur-Taac cayó en el rugiente corazón de su sol. Luego este sol se unió a la Estrella Kadel y un centenar de soles más se agruparon para formar un globo ardiente y único.

Fue el último fuego que fugazmente ardió en la oscuridad. Luego, también él cayó en la Masa.

Y donde había habido una galaxia hubo sólo tinieblas.

Pero ya empezaba a sucederle algo a la Masa, empezó a implosionar bajo su propio inmenso peso.

Quizá Suron y Mis'rn o algo que había sido ellos siguiese soñando, al menos hasta el momento en que empezasen a reaparecer relámpagos de luz y la galaxia empezase a renacer tal como podrían renacer también Suron y Mis'rn, una eternidad después.

Pues Tiempo nada significaba y nada significaba Muerte e Identidad significaba sólo un poco.